3 1761 07803008 7

PAGINAS DESCONOCIDAS

LS
B3985p

PÁGINAS DESCONOCIDAS

DE GUSTAVO ADOLFO BECQUER

RECOPILADAS POR

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA

II VOLUMEN

188266.
10-3-24.

ENACIMIENTO
SAN MARCOS, 4
MADRID

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

IMPRENTA LATINA - RODRÍGUEZ SAN PEDRO, 19 - TEL. 11-26 J.

P R O L O G O

INFATIGABLES en nuestra labor de sacar de la obscuridad y el olvido toda la obra de Becquer, que hasta hoy estaba perdida en viejos periódicos y en archivos particulares, damos a la luz este segundo volumen, que tiene el doble interés de darnos a conocer un nuevo aspecto del poeta: Becquer, crítico literario y político. Hay en las «Revistas» que semanalmente y casi durante un año publicó, páginas tan espontáneas y jugosas, que Fígaro, príncipe de los críticos, hubiese firmado con orgullo.

También publicamos, con otras de sus primeros tiempos, una poesía que el poeta hizo para encabezar con ella sus rimas, *y que dedica «A Elisa». ¿Quién sería esta Elisa, para la que su inspiración soberana tejió un collar de rimas inmortales?*

Invisible para tus visionarias pupilas, ¡oh, poeta dolorido!, la pálida vampiresa siempre caminaba a tu lado. Su marfileña y fría mano acariciaba tu romántica melena y sus labios exangües siempre tenían un beso, largo y silencioso para tu frente. Beso insaciable que iba absorbiendo poco a poco el aroma de tu rosa interior.

Bruja vampiresa, ahijada de la luna, de cuyos verdes rayos te embriagas en la noche para después convertirlos en besos de muerte y dolor. Eres la amada única de los soñadores, de los poetas. Para ti fueron los últimos acordes de Chopin, cuando a la claridad muriente de la tarde, sentado ante el viejo clavi, sintió que su vida se extinguía como una débil luz. Para ti dijo Verlaine sus bellas canciones paganas en las que ríen, en un claro bosque de laureles, un coro de ninfas rosadas, y en las que suena eternamente la melodiosa flauta de Pan. Tú, virgen del infortunio, pusiste la pistola en la mano de Larra; de un fatal conjuro de tu boca maldita nació el canto de Espronceda a la amada muerta. ¡Cuántos ruiseñores a los que cegaste primero para hacer más bello su canto de agonía, dejaron de cantar por tu culpa!

Y con un gran dolor, abatido por la ráfaga de infortunio que arrastra sus ilusiones —amarillas hojas de su jardín interior—, llena de negras sombras el alma, pasa Becquer por la vida y pasa derramando un tesoro de rimas *bellas, diáfanas, como diamantes, como lágrimas... El silencio, el trágico silencio que le rodea, él le rompe con acariciantes palabras musicales!*

¡Tomad—dice a las gentes—, a cambio de vuestro desdén, de vuestra indiferencia, de vuestra envidia, yo os regalo el aroma de la flor de mi alma para que perfume la monotonía de vuestras vidas vulgares; yo os ofrendo mis rimas *para que vuestras mujeres sientan, en el fondo del pecho, esa inexplicable emoción que vosotros no fuisteis capaces de hacerlas sentir! ¡Yo os regalo todo mi tesoro y todo mi desprecio también!*

Hay hombres que a través del tiempo, cuando ya la muerte guarda en su seno las pequeñas miserias, los defectos inherentes a la vida carnal, van poco a poco convirtiéndose en símbolos; sus vidas, ¡tan lejanas!, se desprendieron de la realidad, y ya sólo las

vemos reflejadas en sus obras, en sus hechos cumbres que merecieron la admiración del mundo, en la leyenda que los envuelve.

Y entonces comienza su verdadera vida.

Becquer es para nosotros un símbolo. En él se personifica el dolor del genio ante la hostilidad e indiferencia de las gentes; la lucha del hombre superior al que ahoga la pequeñez del medio en que vive. Becquer es la encarnación de esa melancolía infinita que florece en todas las almas sensibles, el muerto espejo en el que todos los tristes ven reflejado su dolor.

Incomprendido por sus contemporáneos, ni siquiera tuvo la íntima satisfacción de ver sus obras recogidas en las páginas de un libro. El periódico, la revista de efímera vida, fueron los únicos que acogieron en su seno los frutos de su genio. Fué necesario que la muerte besase su frente para que la gente reaccionase, y teniendo por colaboradora a la pública caridad, dos de sus mejores amigos publicaron en unos pequeños volúmenes una pequeña parte de su extensa labor.

La envidia, que no perdona a nada ni a nadie que consiga sobrepasar el nivel normal, persiguió al poeta durante su vida y le siguió y le sigue persiguiendo después de

muerto. Sin sólidos argumentos para combatirle, dijeron que imitaba, que plagiaba a Heine. Núñez de Arce llama despectivamente a las rimas *suspirillos germánicos. Pero como la verdad se impone siempre, las envidiosas voces se perdieron en el vacío, cayeron de su pedestal muchos falsos ídolos, y Becquer, el taciturno cantor de las golondrinas, ocupa el más preciado lugar de nuestro santuario interior.*

Fiesta espiritual es este libro que hoy llega a tus manos, lector... Léelo con el mismo fervor con que nosotros lo compusimos. Es una nueva estrella que brilla en el cielo de su gloria. Una nueva llama...

.....

.....

Y el poeta empieza...

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA

R I M A S

Flores tronchadas, marchitas hojas
arrastra el viento;
en los espacios tristes gemidos
repite el eco.

. . . . . .

Entre las nieblas de lo pasado,
En las regiones del pensamiento,
gemidos tristes, marchitas galas
son mis recuerdos.

Es el alba una sombra
de tu sonrisa,
y un rayo de tus ojos
la luz del día;
pero tu alma
es la noche de invierno
negra y helada.

Errante por el mundo fuí gritando:
¿La gloria dónde está?
Y una voz misteriosa contestóme:
Más allá... más allá...
En pos de ella seguí por el camino
que la voz me marcó,
hallela al fin, pero en aquel instante
en humo se trocó.
Mas el humo, formando denso velo,
se empezó a remontar:
y penetrando en la azulada esfera
al cielo fué a parar.

A ELISA

Para que los leas con tus ojos grises,
para que los cantes con tu clara voz,
para que llenen de emoción tu pecho
hice mis versos yo.
Para que encuentren en tu pecho asilo
y los des juventud vida, calor,
tres cosas que yo no puedo darles,
hice mis versos yo.
Para hacerte gozar con mi alegría,
para que sufras tú con mi dolor,
para que sientas palpitar mi vida,
hice mis versos yo.
Para poder poner ante tus plantas
la ofrenda de mi vida y de mi amor,
con alma, sueños rotos, risas, lágrimas,
hice mis versos yo.

Negros fantasmas,
nubes sombrías,
huyen ante el destello
de luz divina.
Esa luz santa,
niña de ojos negros,
es la esperanza.
Al calor de sus rayos
mi fe gigante,
contra desdenes lucha
sin amenguarse.
En este empeño
es, si grande el martirio,
mayor el premio.
Y si aún muestras esquiva
alma de nieve,
si aún no me quisieras,
yo he de quererte.
Mi amor es roca
donde se estrellan tímidas
del mal las olas.

Yo soy el rayo, la dulce brisa;
lágrima ardiente, fresca sonrisa;
flor peregrina, rama tronchada;
yo soy quien vibra,
flecha acerada.
Hay en mi esencia, como en las flores,
de mil perfumes suaves vapores;
y su fragancia fascinadora
trastorna el alma de quien adora.
Yo mis aromas doquier prodigo,
y el más horrible dolor mitigo;
y en grato, dulce, tierno delirio
cambio el más duro, cruel martirio.
¡Ay!, yo encadeno los corazones,
mas son de flores mis eslabones.
Navego por los mares,
voy por el viento;
alejo los pesares
del pensamiento.
Yo dicha o pena
reparto a los mortales
con faz serena.

Poder terrible, que en mis antojos
brota sonrisas o brota enojos,
poder que abrasa un alma helada,
si airado vibro
flecha acerada.
Doy las dulces sonrisas a las hermosas,
coloro sus mejillas de nieve y rosas;
humedezco sus labios, y a sus miradas
hago prometer dichas no imaginadas.
Yo hago amable el reposo, grato, halagüeño,
o alejo de los seres el dulce sueño.
Todo a mi poderío rinde homenaje,
todos a mi corona dan vasallaje;
soy amor rey del mundo, niña tirana
ámame, y tú la reina
serás mañana.

LA FERIA DE SEVILLA

No hace mucho que ocupándonos. aunque incidentalmente de la Semana Santa en Sevilla, dijimos que el notable movimiento de adelanto que se advierte en esta hermosa ciudad de Andalucía ha impreso a sus solemnidades religiosas un sello especialísimo, merced al cual, si bien han ganado bajo el punto de vista de la ostentación y la riqueza, han perdido, y no poco, del carácter tradicional que guardan aún en otras poblaciones de menor importancia. Respecto de su célebre feria, puede repetirse algo semejante. Entre los verdaderos conocedores de las costumbres andaluzas en toda su pureza, entre los que buscan con entusiasmo las escenas y tipos y recogen con afán los cantares y giros pintorescos del lenguaje que, revelan la genialidad propia de un pueblo tan digno de estudio, nunca se borrará el recuerdo de aquellas renombradas ferias de Mairena y Ronda,

de las cabalgatas a la Vigen del Rocío o la vuelta de las hermandades del Cristo de Torrijos, cuando desembocaban en tropel por el histórico puente de barcas entre la nube de polvo que doraba el sol poniente, o a la luz de las antorchas, que reflejaban su cabellera de chispas en el Guadalquivir; vistosos grupos de majos a caballo, llevando las mujeres a las ancas, o multitud de carretas colgadas de cintas y flores, con su obligado acompañamiento de guitarras, palmas y cantares.

Las ferias, de origen popular, se crearon espontáneamente, y la costumbre, arraigada por la tradición, mantenía su concurrencia; sus anales registran los más altos hechos de la gente de bronce; en sus reales tuvo origen la celebridad de las ganaderías más famosas; en ellas, en fin, como en teatro propio de sus hazañas y gallardías, se daban a conocer los cantadores y los valientes. Un caballo inglés, un *Rogs-Karr*, un sombrerito Tanchon o cuaquier cosa de este jaez hubiera sido en ellas un verdadero fenómeno. Pero pasó el reinado de la calesa, del cual, y sólo como documento histórico, se conserva alguna desvencijada y rota en las antiquísimas cocheras de las Gradas. El calesero cuya descripción sirvió de tema a tantas festivas plumas,

y cuyo tipo fué modelo de tantos pintores, no fuma ya su cigarro sentado de medio ganchete en la vara, cantando y jaleando el jaco al son del alegre campanilleo, que hacía olvidar el calor, el polvo y la fatiga del camino. Estacionado en la plaza de San Francisco, con un sombrero de copa lleno de apabullos, una levita rancia y un corbatín de suela, lee hoy *La Correspondencia* en el pescante de un simón. El movimiento social lo ha convertido en cochero de punto.

Sobre las ruinas de las tradiciones típicas y peculiares de Andalucía, de sus renombradas ferias, sus características diversiones y pintorescas zambras, se ha levantado la feria de Sevilla, que obedeciendo a un pensamiento ecléctico, quiere reunir y armonizar lo que se va con lo que viene, la tradición con las nuevas ideas. La feria de Sevilla es muy moderna, es, propiamente dicho, una feria oficial. Creada de la noche a la mañana por la voluntad del Municipio, nada le faltó ciertamente desde el primer día, y desde entonces acá viene ganando respecto a lujo, conocimiento y comodidades. Tiene, sin duda, todo lo que constituye una feria de las más renombradas; tiene algo más tal vez: por teatro un prado inmenso, cubierto de un ta-

piz de verdura finísima e iluminado por un sol de fuego que todo lo dora y abrillanta; por fondo la accidentada silueta de Sevilla con sus millares de azoteas y campanarios que coronan la catedral y el giraldillo; por actores una multitud alegre y ruidosa ávida de placeres y emociones, que duplica a veces la numerosa población de la ciudad. No obstante, parece que la falta algo. Allí hay vendedores y traficantes de todo género, productos de diversas industrias, muestras de las mejores ganaderías, gitanos de todas las provincias de España, tabernas y buñolerías en montón: se compra, se vende y se cambalachea; se toca, se come y se bebe; hay palmas, cantares y borracheras más o menos chistosas, pero todo ello como adulterado y compuesto con la mezcla del elemento que llaman elegante y que algunos, tratándose de esta clase de fiestas, se atreverían a calificar de *cursi*. En efecto, no busquéis ya sino como rara excepción el caballo enjaezado a estilo de contrabandista, la chaqueta jerezana, el marsellé y los botines blancos pespunteados de verde; no busquéis la graciosa mantilla de tiras, el vestido de faralares y el incitante zapatito con galgas; el miriñaque y el hongo han desfigurado el traje de la gente

del pueblo, y en cuanto a los jóvenes de clase más elevada que en esta ocasión solían llevar la bandera del tipo sevillano, obedecen en todo y por todo a los preceptos del último figurín. Hasta las hijas de los ricos labradores que viven en los pueblos de la provincia encargan a Honorina, o hacen traer de París, los trajes que han de llevar en Sevilla durante las ferias. Junto al potro andaluz trota el *ponney* de raza; al lado del coche de colleras, con sus caireles y campanillas, pasa la carretela a la *grand Dumont* con sus postillones de peluca empolvada; tocando al tendujo donde se bebe la manzanilla en cañas y se venden pescadillas de Cádiz y se fríen buñuelos, se levanta el lujoso *café-restaurant* donde se encuentran *paté de foie-gráss*, trufas dulces y helados exquisitos; el piano, con su diluvio de notas secas y vibrantes, atropella y ahoga los suaves y melancólicos tonos de la guitarra; los últimos y quejumbrosos ecos del polo de tóbalo se confunden con el estridente grito final de una cavatina de Verdi.

No obstante estos inarmónicos detalles, que sólo pueden apreciar bien los que conocen a fondo el país y sus ya degenerados tipos, como cuestión de visualidad y de alegría, la

feria de Sevilla no tan sólo no desmiente, sino que supera la fama de que goza, fama que se acrecienta de día en día y de la que son claro testimonio la infinidad de viajeros que acuden a ella procedentes de todas las provincias de España y de las más principales naciones europeas.

II

La gran afluencia de forasteros que se nota en Sevilla por esta época convierte la cuestión de alojamientos en una verdadera dificultad: aunque se multiplican prodigiosamente las casas de hospedaje y desde la popular posada hasta el aristocrático hotel rivalizan en la resolución del problema, que consiste en encajonar doce donde apenas caben cuatro, todavía no bastan y los apuros y trastornos que de aquí resultan, todos vienen a resolverse en un alarmante menoscabo del bolsillo. Los únicos que, merced a la benignidad del clima y a sus patriarcales costumbres, encuentran zanjados desde luego todos estos inconvenientes son los forasteros proce-

dentes de los lugares circunvecinos, que en numerosas tribus se instalan en los zaguanes de las casas o toman las aceras por colchón, esperando la primera luz del día para levantarse.

Sin duda alguna las horas más alegres de la feria son las primeras de la mañana. Apenas comienza a rayar el alba, las mujeres se apresuran a regar y barrer las calles del tránsito; cada balcón es un jardín; la luz viene creciendo y dorando las veletas y los miradores; hay un olor de flores y de tierra húmeda que embriaga; se siente un aire fresco y vivificador que se aspira con deleite.

A medida que aumenta la claridad, se hace mayor el movimiento de la multitud que comienza a invadir las calles, y se ven bandadas de jóvenes que con la guitarra al hombro y la bota bajo el brazo, se dirigen al prado de San Sebastián, mientras por otra parte cruzan numerosos y alegres grupos de muchachas con vestidos claros y ligeros, que llevan por todo adorno un manojo de rosas y alelíes en la cabeza.

La aristocracia tiene el buen gusto de no emperejilarse desde tan temprano y acudir al punto de cita en traje de *negligé* siempre más cómodo y gracioso; algunos llevan su

condescendencia hasta resucitar el sombrero redondo y la chaquetilla torera, y lo que es más raro, suele verse tal cual muchacha perteneciente a una clase distinguida bajar al prado, vestida al uso del país, sobre un caballo, con jaez de caireles.

El panorama que ofrece el real de la feria desde la puerta de San Fernando es imposible describirlo con palabras y apenas el lápiz lo podría reproducir en conjunto. Hay una riqueza tal de luz, de color y de líneas, acompañada de un movimiento y un ruido tan grandes, que fascina y aturde. Figuraos al través de la gasa de oro que finge el polvo, su llanura, tendida y verde como la esmeralda, el cielo azul y brillante, el aire como inflamado por los rayos de un sol de fuego que todo lo rodea, lo colora y lo enciende. Por un lado se ven las blancas azoteas de Sevilla, los campanarios de sus iglesias, los moriscos miradores, la verdura de los jardines que rebosa por cima de las tapias, los torreones árabes y romanos de los muros. La catedral, en fin, con sus agujas airosas, sus arbotantes fortísimos, sus pretiles calados y la Giralda por remate, que parece un navío de piedra al anclar sobre los rojizos tejados de la ciudad. Por otra parte, y extendiéndose hasta

perderse de vista, se descubren millares de tiendas de campaña, formadas de telas vistosas y empavesadas con banderas y gallardetes de infinitos colores; largas filas de casetas vestidas de pabellones blancos y adornadas con cintas y ramos, delante de las cuales fríen los gitanos los obligados buñuelos y desde donde se eleva el humo de las sartenes en penachos azules; diseminadas aca y allá, fondas improvisadas, cafés al aire libre, tabernas, sombrajos, puestos de flores, de frutas, de juguetes y baratijas, entre los que se distinguen, procurando llamar la atención, saltimbanquis que tragan espadas desnudas, ciegos que cantan jácaras, farsantes que enseñan monstruos vivos, circulando por medio de una inmensa multitud de gentes que van y vienen sin cesar y de los cuales unos se agrupan a la puerta de un tendujo a oir un jaleo, otros se sientan a la ronda para despachar la pitanza, estos se pasean, aquellos se requiebran, los de más allá riñen, presentando el conjunto más abigarrado y movible que puede imaginarse.

En estas horas de la mañana, que, como dejamos dicho, son las más animadas de la feria, tienen lugar las ventas, trueques y transacciones que son su objeto principal.

Abandonando el punto en que se agitan los que sólo tratan de divertirse, se encuentran descansados rellanos y suaves laderas donde pueden admirarse grupos pintorescos de la gente de campo, con los trajes característicos del país, y magníficas muestras de las mejores ganaderías andaluzas. En este sitio, en vez de elegantes tiendas y vistosas buñolerías, se descubren esos sombrajos hechos de tres palos y una estera de palma, propios de los cortijos; entre los rediles donde se apiñan millares de ovejas, se ve a los pastores encender la lumbre y hacer tasajos una res para aviar el almuerzo. Los vaqueros, sobre caballos del país, acosan, garrocha en mano, las vacas y los toros, y los reunen o los separan a fin de que los compradores los examinen a su gusto; los dueños de las yeguadas asisten a la prueba de los potros, y entre esta reunión de gentes que hablan y gesticulan ponderando las excelencias de los animales, circulan, salpicamentando los diálogos con sus chistes y ocurrencias, multitud de gitanos, que esquilan un borriquillo o pulen y aderezan un penco, que, gracias a su *palique,* encajarán como una ganga a algún inocente.

Poco a poco el sol se remonta, y a medida

que se deja sentir la abrasadora acción de los rayos van disminuyendo la concurrencia, la animación y la bulla. Los forasteros pobres toman nuevamente las aceras por cama y duermen la siesta a la sombra de los monumentos históricos. Las muchachas de la ciudad vuelven encarnadas como amapolas, cubiertas de sudor y de polvo, pero satisfechas y alegres a buscar el fresco de sus patios; los paseantes unos se refugian en los cafés y las fondas y otros entran en las tiendas de campaña propias o de sus amigos, donde encuentran dispuesto un opíparo almuerzo, servido con todos los perfiles del más refinado gusto.. Los vendedores tienden el sombrajo y se acuestan al pie de la mesa; las gitanas apagan la lumbre de los anafes, los ganaderos dan orden de que se retiren los rebaños que se alejan lentamente al son de la esquila de los guiones, y reina un silencio extraño, interrumpido sólo por el monótono canto de los grillos y las chicharras; silencio que cuando el sol está en lo más alto del cielo recuerda el de la hora de la siesta en Sevilla, que tanto se parece a una noche con luz.

III

Cuando el sol suspendido sobre las lomas de San Juan de Aznalfarache hiere la ciudad con sus oblicuos rayos y prolonga sobre la llanura que la rodea la sombra de sus murallas y sus torres, la multitud comienza nuevamente a dar señales de vida encaminándose al prado de San Sebastián. La brisa de la tarde, que se levanta del río, refresca la atmósfera con su soplo húmedo y cargado de perfumes; los dependientes del Municipio apagan el polvo de los paseos y comienza lo que podríamos llamar el segundo acto de la comedia. La decoración es la misma, pero los actores han cambiado de traje y de aspecto. La feria de la tarde es la feria de la elegancia y el buen tono. Las figuras que se destacan en primer término pertenecen a la aristocracia o a esa otra clase más modesta que hace esfuerzos desesperados por seguirla pisándola los talones. El pueblo acude como espectador.

Cuantos carruajes se han encontrado en

la ciudad y en algunas leguas a la redonda se ponen en movimiento, desde la elegante victoria al desvencijado alquilón. A veces y como un fantasma evocado de otra edad, aparece una calesa. La animación y la vida, antes diseminadas por todos los ámbitos del prado se concentran ahora en tres o cuatro puntos. En el paseo de las gentes de a pie, donde arrastran las elegantes de cortos medios sus largas colas por delante de una quíntuple fila de curiosos sentados en sillas; en el paseo destinado a los carruajes, por donde circulan todo género de vehículos confundidos y mezclados con multitud de jinetes; a lo largo de las hileras de puestos de juguetes, estación de los padres de familia, las amas de cría y los niños; alrededor de las tiendas de campaña de propiedad particular, a cuyas puertas, y como en son de parada, se sientan los dueños vestidos de punta en blanco y en posturas académicas. No es fácil dar idea al aire de afectada animación y buen tono que reina en esta segunda parte del espectáculo. La gente del pueblo anda como encogida por entre aquellas oleadas de seda y de blondas sin comprender qué objeto guía a los que se reunen como ellos a cantar, beber, bailar y divertir-

se, y se limitan a solo dar vueltas gravemente alrededor de un punto al compás de una música militar que toca piezas de ópera con solos de cornetín y duos de clarinete y figle.

Pasa al fin la hora del crepúsculo, entra la noche, comienzan a brillar las luces, desfilan los paseantes compuestos, se alejan los coches, desaparecen los jinetes, las buñoleras levantan el grito las tabernas se llenan de parroquianos la gente menuda vuelve a apiñarse y a ir y venir gozosa entre aquella obscuridad que se presta a todo género de expansiones, y tornan a oirse voces, pitidos, pregones, risas, requiebros, palmas, músicas y cantares.

En tanto que se reanuda el hilo de la fiesta popular, la elegancia que ha desaparecido entre bastidores cambia por tercera vez de traje para asistir a las *soirées* y a los bailes. Estos tienen lugar en las lujosas tiendas que el Casino y los diferentes círculos de Sevilla disponen al efecto en el mismo campo de la feria. No hay para qué decir que son de etiqueta rigurosa. Frac negro y corbata blanca; hombros desnudos, cola inconmensurable, tules, gasas, blondas y pedrería.

Los carruajes llegan unos tras otros a depositar su elegante y perfumada carga en el

vestíbulo de las tiendas; los lacayos se llaman con el apellido o título de sus señores y abren y cierran las portezuelas haciendo grotescos saludos. Todo aquello recuerda algo el vestíbulo del teatro Real una noche que canta la Patti. Luego avanza la noche, las luces se van apagando; los vendedores, roncos de vocear y beber aguardiente, se esconden otra vez bajo los puestos como el caracol en su concha; las gitanas recogen los trebejos y soplan los candiles; los incansables caballos del tío vivo dejan de dar vueltas y cesa su acompañamiento de bombo y corneta de pistón; el último acorde de la música de los bailes se desvanece temblando; entre la obscuridad brilla alguna luz solitaria y perdida como una estrella; por el suelo se distinguen confusamente montones de gentes tendidas que dan a la llanura el aspecto de un campo de batalla. Es la hora en que el peso de la noche cae como una losa de plomo y rinde a los más inquietos e infatigables. Sólo allá, lejos, se oye el ruido lento y compasado de las palmas y una voz quejumbrosa y doliente que entona *las tristes* o las seguidillas del Tillo. Es un grupo de gente flamenca y de pura raza que alrededor de una mesa coja y de un jarro vacío cantan *lo hondo* sin acompañamiento de

guitarra, graves y extasiados como sacerdotes de un culto abolido, que se reunen en el silencio de la noche a recordar las glorias de otros días y a cantar llorando como los judíos *super fluminem Babiloniae.*

LA SEMANA SANTA EN TOLEDO

Al tratar de las solemnidades religiosas con que en estos días conmemora la Iglesia la pasión y muerte del Redentor del mundo, ocurren naturalmente los nombres de Toledo y Sevilla, ciudades ambas famosas, así en España como fuera de ella, por la magnificencia y el aparato que en sus templos y catedrales despliega el culto católico.

Algunos escritores, concretándose particularmente a las ceremonias y cofradías de la Semana Santa, han intentado hacer comparaciones entre las de una y otra ciudad; pero es lo cierto que, si bien en ellas puede hallarse un notabilísimo contraste, de ningún modo cabe la comparación: tan diverso es el espectáculo que ofrecen y el sello especial que las caracteriza.

Sevilla, población floreciente y próspera, en la cual el espíritu moderno ha llevado a cabo las más radicales transformaciones, imprime a

estas solemnidades un sello propio de animación, novedad y lujo, que inútilmente buscaremos en la vetusta capital de la monarquía goda. Sus célebres cofradías, más bien que la continuación de las tradiciones, son una restauración con todos los accidentes propios de este género de obras. Habiendo atravesado al par que las demás de España una larga época de decadencia, han salido de ella, merced, no tanto al fervor religioso que las dió vida como al espíritu de especulación y vanidad que las mantiene en el grado de esplendor en que se hallan. La Semana Santa de Toledo, con sus escasas y pobres cofradías, es, por decirlo así, la última palabra de la tradición, que, ya decadente, guarda, no obstante, en sus destrozados vestigios el carácter y color de la edad en que tuvo su origen.

Los que han tenido ocasión de visitar ambas ciudades en esta época del año y las han estudiado con alguna detención, no podrán menos de sentir y apreciar como nosotros el contraste que resulta de la aproximación de sus recuerdos.

Sevilla la llana, donde la primavera que se anticipa al calendario llena ya el aire de luz y perfumes, con su blanco caserío, sus celosías verdes, sus balcones enredados de ma-

dreselva y su cielo azul con un sol de fuego que derrama la claridad a mares; Sevilla la alegre y la bulliciosa, con su plaza Nueva, guarnecida de una guirnalda de naranjos en flor; la muchedumbre que se agita en su ámbito, y por entre la cual desfilan, al compás de las músicas, aquellos miles de elegantes y perfumados penitentes de todos hábitos y colores, blancos, negros, rojos y azules, repartiendo a las niñas dulces de sus canastillos y arrastrando luengas colas de terciopelo o de seda; las andas cubiertas de flores y de luces, las imágenes cargadas de oro y pedrería, los coros de ángeles engalanados de plumas, flecos y oropel, las cohortes romanas con airones de papagayo, armaduras de hoja de lata y calzas de punto color de carne como los saltimbanquis o los bailarines; todo, en fin, lo que en ella se agita y reluce y suena durante esos días clásicos, ofrece un conjunto en que se mezcla y confunde lo profano con lo religioso, de manera que tiene a intervalos el aspecto de una ceremonia grave o la vanidad de un espectáculo público con sus puntas y ribetes de bufonada.

El fondo que a estas ceremonias presta Toledo es, desde luego, muy distinto y de más propio carácter. Asentada sobre las escarpa-

das rocas que rodean el Tajo, retorciéndose entre peñascos y ruinas, envuelta aun en las opacas nieblas del invierno, o azotada por los vendavales, sus calles sombrías, tortuosas y empinadas, sus denegridos torreones, sus vetustos muros y las musgosas paredes, restos imponentes de iglesias derruídas o monasterios abandonados, dan una tinta melancólica y grave al severo cuadro que ofrece esta solemnidad. En el tránsito de sus cofradías rara vez se aglomera esa muchedumbre ruidosa e inquieta que acude a todo género de reuniones más por lucir las galas y ver y ser vista, que llevadas de la curiosidad, la devoción o el entusiasmo. Las largas hileras de penitentes negros y los guardadores del sepulcro vestidos de hierro, pasan silenciosos con sus cruces, sus pendones y sus alabardas, deslizándose por entre los anchos salientes de sombra de los edificios como una procesión de gentes de otra edad evocados en la nuestra merced a un misterioso conjuro.

Desde que el camino de hierro ha puesto la ciudad imperial casi a las puertas de Madrid, aumenta de año en año y de una manera sensible el número de viajeros que acuden en esta época a presenciar las ceremonias y cofradías que han hecho célebre su

Semana Santa. No obstante, en otro país cualquiera sería este número mucho mayor, atendido que al interés que la solemnidad religiosa ofrece, se une el de visitar una población tan llena de recuerdos históricos y monumentos del arte, que no sin razón se ha llamado la Roma española.

Sirve, en efecto, de magnífico prólogo, y prepara convenientemente el ánimo a la representación del sublime drama el espectáculo de aquel montón de ruinas y monumentos en que se ve trazado a rasgos todo el gran período histórico que abarca el desarrollo de la idea cristiana. En derredor de los muros, y al través de las calles de Toledo, el arte nos va explicando la historia escrita por él en páginas de piedra, que hablan a un tiemmo a la razón y al sentimiento.

Los vestigios del circo romano recuerdan los tiempos de los primeros mártires, cuya sangre fué la última a empapar la arena antes teñida con la impura de los gladiadores paganos y desde aquel punto santificada.

Una piedra colocada sobre la tierra removida, humilde sepultura de una virgen que murió por la fe de Cristo, sirvió más tarde de cimiento a la Basílica de Santa Leocadia, la cual, aunque con otra forma, con la mis-

ma advocación, permanece aún en pie desde los primeros siglos de la Iglesia, allí donde se elevaban fábricas suntuosas, de las que con dificultad se encuentra el rastro entre las ortigas y los cardos silvestres de la desolada llanura. Los muros de Wamba, la misma Basílica y los cíclopes cimientos de palacios derruidos, traen a la memoria el pasado esplendor de la monarquía goda. cuyos reyes, prelados y próceres echaron el cimiento en sus famosos concilios del código más perfecto de su época, patentizando así el poderoso influjo de la nueva idea que había convertido en grandes pueblos aquellas hordas semisalvajes, que después de hacer girones el imperio romano, se lo repartieron como un botín de guerra. Huellas de la sangrienta y porfiada batalla que durante siglos sostuvieron en nuestro país los soldados de la cruz y los sectarios de Mahoma se ven por todas partes. Aquí los templos en que al través de la dominación sarracena guardaron incólumes los muzárabes el sagrado depósito de la fe de sus mayores; allá mezquitas convertidas en iglesias católicas, y harenes moriscos transformados en austeros claustros; más lejos, monumentos que, como la puerta de Valmardon y el Cristo de la Luz, nos hablan de

la reconquista. Un sinnúmero de edificios, monasterios y fundaciones piadosas aparecen a los ojos del que conoce la historia de su fundación, como otros tantos arcos de triunfo que recuerdan un hecho heroico o una señalada victoria, descollando entre todos ellos el magnífico San Juan de los Reyes, erigido después del combate en que, como en un juicio de Dios, se decidió de la sucesión al trono de Castilla, y que con sus grillos y cadenas entrelazados en los sillares del ábside, pregonan los altos hechos de la recuperación de Ronda, Málaga y Granada. La Catedral, por último, prodigio del arte que cinco generaciones levantaron como testimonio del levantado espíritu que las animaba, de la medida de lo que es capaz un pueblo que espera y cree, y con la conciencia de su inmortalidad emprende obras que aspira a hacer eternas, realizando las palabras del Evangelio: «La fe hace andar las montañas.»

Los viajeros que acuden a Toledo durante la Semana Santa, visitan casi todos con infalible entusiasmo, aunque pocos con verdadero provecho, los puntos más notables de la población, viéndoseles cruzar en grupos por sus calles, hasta que, llegada la hora prefijada, buscan sitio a propósito para ver desfilar las

cofradías. Estas se reducen en la actualidad a dos, de las cuales una recorre la ciudad el Jueves Santo y la otra el Viernes. El dibujo publicado en las columnas de «El Museo», y cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas, representa con gran escrupulosidad en los detalles, los cuales conservan el carácter extraño del original, el grupo de guerreros guardianes del Santo Sepulcro que acompañan a la segunda de las mencionadas cofradías. Después que han desfilado los penitentes, a quienes llama el vulgo *mariquitas negras*, y detrás de las andas sobre las que se ve representado por figuras de talla de regular mérito y tamaño natural el *Descendimiento de la cruz*, se ven los armados, que, en número de veintiséis, y revestidos de corazas, cascos y coseletes, forman una escuadra que precede, rodea y sigue a las andas donde José de Arimatea y Nicodemus sostienen la urna. De estos guerreros, cuyas magníficas armaduras pertenecen a diferentes épocas, aunque en su mayor parte son del siglo XVI, los unos llevan lanzas con enormes hierros, y los otros que hacen de jefes, estoques y rodelas; acompañan al capitán y al abanderado que lleva el estandarte arrastrando por el suelo en señal de luto, un niño que

viste una armadura milanesa grabada de oro y al cual llaman paje.

El viajero que conducido en el tren de Madrid cambia por completo de decoración en menos de tres horas, y se encuentra en el Zocodover con tan extraña procesión de figuras que parecen arrancadas de un tapiz antiguo, nada de particular tiene que la encuentre algo fuera de época, y pareciéndole poco menos que ridículos los penitentes con sus altas caperuzas negras, los rostros cubiertos por el antifaz y las inmensas colas tendidas por el suelo, los soldados de la escuadra, que más bien que guerreros vestidos de sus arreos de batalla parecen, vistos a la luz del día, maniquís ambulantes que arrastran aún trabajosamente, y como por escarnio, las colosales piezas de hierro de las arrinconadas armaduras de otra raza membruda y gigantesca. Hasta las imágenes de las andas pueden parecer a un purista en las artes, de un realismo tal, que casi degenera en lo grotesco. No lo extrañamos, volvemos a repetir. Cuando se cambia súbitamente de atmósfera, el pulmón experimenta cierta fatiga, hasta acostumbrarse. La inteligencia vive en un medio intelectual que no puede tampoco cambiarse de improviso sin que experimente alguna

perturbación. Hoy, que tanto se habla de libertad de cultos y de iglesias nuevas con ritos más sencillos y severos; hoy, que casi todos miran adelante y casi ninguno vuelve la vista atrás de buena fe, no para retroceder por donde se ha venido, sino para saber a ciencia cierta, por la comparación de lo andado, en qué punto del camino se encuentra la sociedad española, al llegar del centro en que bullen y se agitan todas las nuevas ideas, ¿cómo no ha de parecernos natural que asome a los labios una sonrisa de compasión ante el espectáculo que la vieja Toledo ofrece en estos días a la curiosidad de los viajeros empapados en el espíritu práctico y positivista de su siglo? Pero cruzad durante algunas horas por las revueltas calles de la población, hasta que, a pesar vuestro, os empapéis en la atmósfera de gravedad melancólica que hace respirar sus ruinas; aguardad a que el día comience a caer, a que las dentelladas crestas de las balaustradas ojivales de la Catedral se dibujen obscuras sobre el cielo del crepúsculo, y en la gótica torre suene el toque de oraciones en la colosal campana cuyo tañido truena y zumba como una voz apocalíptica, y ved esa misma procesión cuando de vuelta al templo cruza por una de las calles características de la

ciudad. Las sombras envuelven el fondo, el resplandor de las hachas arroja sobre los muros la fantástica silueta de los penitentes, cuyos pasos se sienten en el silencio con un rumor semejante al del agua que cae y resbala sobre las hojas: las imágenes de las andas se dibujan confusas y semejan gentes vivas que miran y ven con sus ojos de vidrio, causando la impresión de algo que, semejante a la visión del sueño, flota entre el mundo real y el imaginario: el Cristo del descendimiento se balancea suspendido en el aire, las ropas de los que la bajan se agitan al soplo del viento: la ilusión es completa. No se trata ya del arte puro que se eleva a las regiones de la estética y del idealismo, sino de otra cosa que va a herir profundamente las fibras de la multitud y a buscar en ellas la vibración del sentimiento con medios apropiados en genialidad y en carácter. Por último, se ve lanzar chispas de luz de las armaduras, y se oyen crugir los hierros al compás de los pasos. Aquellas armaduras estuvieron acaso en Granada, Italia y en Orán; bajo aquellos coseletes salieron corazones llenos de fe, de entusiasmo y de patriotismo. ¡Parece que los hombres que las ceñían han dejado el lecho de piedra donde duermen a la sombra de los

altares, para cruzar una vez más las estrechas calles de Toledo, donde aún podrían reconocer las portadas y los escudos de sus casas solariegas! La imaginación se remonta desde aquella apariencia de realidad al ancho espacio en que campea y domina como dueña y señora, y reconstruye todo el pasado y lo siente y lo admira en lo que tenía de admirable.

Considerada bajo este punto de vista la Semana Santa de Toledo, no admite parangón con ninguna otra.

EL MONASTERIO DE VERUELA

La fundación de este célebre monasterio, del cual ya hemos tenido ocasión de hablar, se debe al famoso príncipe de Aragón don Pedro Atarés, señor de Borja. Refieren las crónicas, y en la localidad se conserva aún la tradición de esta maravilla, que sorprendido el piadoso magnate por una horrible tormenta en las faldas del Moncayo y en lo más intrincado y espeso del monte, creyendo su hora llegada, se encomendó tan de veras a la Virgen, a quien profesaba tan particular devoción, que la Divina Señora, movida por sus ruegos, descendió a la tierra, calmó la tempestad, y después de significarle el deseo de que se erigiese allí un monasterio en memoria del milagro, desapareció, dejando, en el lugar que ocupaba, la santa imagen que le prestó nombre.

La fábrica, una de las más suntuosas e imponentes que se conservan de su época, co-

menzó a elevarse en 1146, quedando terminada en 1151. En su traza y disposición puede estudiarse uno de los monumentos que más interés ofrecen en la historia de las transiciones arquitectónicas. El templo, cuya portada es bizantina, ofrece en el interior más de un ejemplar del arco apuntado, y en el claustro que fué la parte que se concluyó últimamente, y que es un primero y rudo ensayo de estilo ojival, se notan muchos detalles y líneas que conservan el carácter del gusto románico, que empezaba a desaparecer.

Habitado por religiosos de la orden del Cister, una de las más ricas y que más monumentos han dejado en nuestro país de su inteligencia y buen gusto por las artes, el monasterio de Santa María de Veruela, creciendo de día en día en importancia, sufrió en épocas posteriores modificaciones muy notables, pudiéndose decir que cada siglo ha dejado en él una hermosa muestra de su arquitectura. Entre estas nuevas edificaciones, la que contribuyó a darle el extraño carácter entre religioso y guerrero que aún conserva, fué la que llevó a cabo el abad don Lope Marco, al cual se deben las altísimas y fuertes murallas que lo circundan, la magnífica

galería del gusto renacido, llamado *de los azulejos,* y algunas otras importantes obras que más tarde se completaron con la construcción del claustro nuevo, el palacio abacial y varias dependencias y oficinas.

La vista general del edificio, que hoy ofrecemos a nuestros lectores, da una idea de sus grandes proporciones y del carácter particular que ofrece la parte de fábrica construída en los siglos XVI y XVII. Los detalles del claustro antiguo, en donde se encuentran las tumbas de los hijos del fundador, y en cuyo suelo descansó largos años bajo una losa humilde el mismo don Pedro Atarés, dan a conocer la extraña mezcla del estilo ojival y el románico, cuya misteriosa fusión tenía lugar en los momentos en que comenzó a construirse.

Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Becquer.

EL MONASTERIO DE VERUELA

(ENTERRAMIENTO DEL FUNDADOR Y SUS HIJOS)

Al ofrecer a mis lectores algunas vistas del monasterio de Veruela, célebre por su antigüedad y su magnificencia, en Aragón, donde se encuentran tantos otros edificios del mismo género, dignos del estudio y la admiración de los inteligentes, notamos que el famoso don Pedro Atarés, a quien se debe, dispuso al morir que sus restos fuesen colocados en una humilde sepultura, en el dintel de la puerta que da ingreso al templo desde el claustro.

En efecto: después de recorrer las extensas alas del claustro procesional, severa y sencilla muestra del arte gótico en su primer período, bañada en la media luz misteriosa que pasa al través de las piedras blancas y transparentes, que en vez de vidrio, cubren el vano de las ojivas de la luna, y contrastando, merced a su forma especial que recuerda el género a que pertenece la igle-

sia y a la ornamentación bizantina que engalana con las descarnadas líneas de los pilares y los arcos apuntados que a ella conducen, se encuentra la puerta que da paso al Santuario, y en el dintel, una losa ancha y obscura, sin otra figura o inscripción que una espada toscamente labrada en el hueco. Esta losa, desgastada en parte y rota, cubre el enterramiento del poderoso príncipe que edificó a Santa María de Veruela, y fué tronco de la ilustre casa de los Borjas, tan célebre en la historia de nuestro país y la de Italia a donde pasaron algunos de sus descendientes.

Cerca de la sepultura de don Pedro y en una fosa cubierta con una piedra no menos sencilla y humilde, fué enterrada su esposa, nobilísima dama que edificó a sus espensas la catedral de Tarazona; y más tarde, y a medida que fueron muriendo sus hijos, varones famosos en las armas, que peleando con don Jaime en Valencia, hicieron célebre el sobrenombre de los Borjas, con que les apellidaban en el ejército, vinieron a buscar su último asilo al lado de sus progenitores y a la sombra de la santas bóvedas del templo obra gigantesca de su familia, la cual, durante siglos, había de pregonar a las generaciones la piedad y munificencia de los que le

edificaron. En un ángulo del claustro se encuentran reunidas estas antiguas sepulturas, dignas de estudio por más de un concepto. Religiosamente conservadas durante la estancia de los monjes, guardaron intacto su sagrado depósito por espacio de muchos siglos, pero en nuestra época han sido violados más de una vez, esparciendo al aire las cenizas que contenían y deteriorándolas de una manera lastimosa.

Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Becquer, compañero de su hermano en sus románticas peregrinaciones por la España desconocida.

DESDE MI CELDA

(INÉDITA)

(CARTA LITERARIA)

Monasterio de Veruela, 1864.

Por fin, después de haber vuelto, por un momento, a ese mar sin fondo de la lucha diaria, me encuentro otra vez en el seno de la madre naturaleza. Otra vez he sido testigo de esa pequeña novela de viaje que para vosotros escribí y que vió la luz en las columnas de *El Contemporáneo* (1), y cuyo último capítulo son los altos muros de este vetusto monasterio, por los que trepa libremente la hiedra y el jaramago, y cuyo silencio sólo es turbado por la eterna canción del agua y del viento.

(1) El poeta se refiere a la primera de las *Cartas desde mi celda,* que se publicó en *El Contemporáneo.*

Mis papeles, que esta gente respeta como cosa de hechicería, se encuentran en la misma forma que los dejé, cubiertos por una espesa capa de polvo. La carpeta de dibujo donde igual que en las cuartillas, voy dejando las impresiones de cada momento, espera también la caricia del lápiz, que en el tiempo de mi ausencia la dejó descansar. Todo, en fin, está como el día que lo abandoné para ir a perderme, solamente por un instante, en el torbellino de la lucha que a vosotros arrastra y al cual yo, por causa de mi mala salud, tuve desgraciadamente que abandonar.

Después que la lugareña que fielmente me sirve, puso sobre la tosca mesa de pino el último plato del almuerzo, y mientras el café se hacía en el rojo hogar, he salido a dar un pequeño paseo por los alrededores del monasterio, este monasterio que fundó la fe de don Pedro Atarés y que de tantos bellos fantasmas ha poblado mi fantasía.

Todo es silencio, soledad y olvido en estas veneradas ruinas. La fe que como llama viva, levantó esta oración de piedra, hoy, poco a poco, se extingue y apaga en los pechos. Este siglo positivista y burgués sólo rinde culto al dios dinero y es su romanza preferida el sonido del oro acuñado. Pero, en fin, amigos

míos, el café, ese negro brebaje que alimenta mis nervios cansados, me espera en la taza, y mientras le bebo sorbo a sorbo, trazo estos renglones que serán un eco de mi voz y una vibración de mi espíritu en vuestra tertulia del Suizo, de la que tanto me acuerdo en esta espantosa soledad.

LA VOZ DEL SILENCIO

(INÉDITA)

(TRADICIÓN DE TOLEDO)

En una de las visitas que como remanso en la lucha diaria hago a la vetusta y silenciosa Toledo, sucedieron estos pequeños acontecimientos que agrandados por mi fantasía traslado a las blancas cuartillas.

Vagaba una tarde por la estrechas calles de la imperial ciudad con mi carpeta de dibujo debajo del brazo, cuando sentí que una voz como un inmenso suspiro pronunciaba a mi lado vagas y confusas palabras; me volví apresuradamente y cuál no sería mi asombro al encontrarme completamente solo en la estrecha calleja. Y, sin embargo, indudablemente una voz, una voz extraña, mezcla de lamento, voz de mujer sin duda, había sonado a pocos pasos de donde yo estaba. Cansado de buscar inútilmente la boca que a mi

espalda había lanzado su confusa queja, y habiendo ya sonado la hora del Angelus en el reloj de un cercano convento, me dirigí a la posada que me servía de refugio en las interminables horas de la noche.

Al quedarme solo en mi habitación y a la luz de la débil y vacilante bujía, tracé en mi álbum una silueta de mujer.

Dos días después, y cuando ya casi había olvidado mi pasada aventura, la casualidad me llevó nuevamente a la torcida encrucijada teatro de ella. Empezaba a morir el día, el sol teñía el horizonte de manchas rojas, moradas, caía grave en el silencio la voz de bronce de las horas. Mi paso era lento, una vaga melancolía ponía un gesto de duda en mi semblante.

Y otra vez la voz, la misma voz del pasado día, volvió a turbar el silencio y mi tranquilidad. Esta vez decidí no descansar hasta encontrar la clave del enigma, y cuando ya desconfiaba de mis investigaciones, descubrí en una vieja casa, de antiquísima arquitectura, una pequeña ventana cerrada por una reja de caprichoso y artístico enrejado. De

aquella ventana salía indudablemente la armoniosa y silente voz de mujer.

Era completamente de noche, la voz-suspiro había callado y decidí volver a mi posada, en cuya habitación de enjabelgadas paredes y tendido en el duro lecho, ha creado mi fantasía una novela que, desgraciadamente.. nunca podrá ser realidad.

Al día siguiente un viejo judío que tiene su puesto de quincalla frente a la vieja casa en que sonó la misteriosa voz, me contó que dicha casa está deshabitada desde hace mucho tiempo. Vivía en ella una bellísima mujer acompaña de su esposo, un avaro mercader de mucha más edad que ella. Un día el mercader salió de la casa cerrando la puerta con llave y no volvió a saberse de él ni de su hermosa mujer. La leyenda cuenta que desde entonces todas las noches un fantasma blanco con formas de mujer vaga por el ruinoso caserón, y se escuchan confusas voces mezcla de maldición y lamento.

Y la misma leyenda cree ver en el blanco fantasma a la bella mujer del mercader avaro.

Voz de mujer que como música celeste, como suspiro de un alma enamorada viniste a mí, traída por la caricia del aire, lleno de aromas de primavera. ¿Qué misterio hay en tus palabras confusas, en tus débiles quejas, en tus armoniosas y extrañas canciones?

Madrid, Noviembre de 1862.

ESTATUA DE SANTA TERESA

Uno de los más distinguidos individuos de nuestra aristocracia, el señor marqués de Portugalete, ha hecho construir para su habitación un magnífico palacio en los solares del Buen Retiro, inmediatos a la Puerta de Alcalá, reuniendo en él bellísimas obras del arte moderno, debidas e nuestros primeros pintores y escultores.

Entre ellas figura la estatua de Santa Teresa, hermosa y elegante escultura que honra a su autor, el joven artista, don Elías Martín, y al arte español contemporáneo.

Al ver esta preciosa estatua, no se dirá ciertamente que nuestra época se niega a reflejar en sus obras aquel espíritu religioso, aquel sentimiento de piedad sublime que inmortalizó en sus producciones a tantos de nuestros antiguos artistas.

Cierto que el sentimiento místico ha perdido su carácter generalizador. Los tiempos

pasan y con ellos las ideas y las formas que revisten.

Ya no se alza en cada calle una iglesia y un convento; en cada esquina un Cristo esculpido o una imagen alumbrada por mal lucientes faroles; ya no encontramos a cada paso un fraile de aspecto triste y enfermizo que parece vivir a su pesar en el mundo, y que cruza por él ajeno a los dolores y alegrías de los otros mortales. El arte se ha hecho menos dramático y espontáneo, bajo el punto de vista religioso; pero está más conforme con las manifestaciones de nuestra propia naturaleza, y a veces sin dejar de ser humano es tan conmovedor y no menos grandioso.

Nuestros antiguos artistas hacían irradiar la luz de una eterna aspiración al cielo en los rostros de sus santos y vírgenes; pero esta luz fulgurante devoraba la belleza física. Ofrecían a Dios en sus obras sacrificada la materia, y el cuerpo humano era para ellos como un vaso de tosca y despreciable hechura fabricado para contener la delicada y riquísima esencia de la piedad cristiana. Mirad los Cristos y las Dolorosas del divino Morales; veréis en ellos algo de una naturaleza extraordinaria; veréis en aquellas caras de marfil y en aquellos cuerpos hechos de ma-

nojos de huesos algo que es sublime, pero con la desconsoladora sublimidad del rostro de un moribundo.

Al interpretar el sentimiento religioso, el señor Martín ha evitado este escollo, y su estatua da completa idea de esa feliz unión del sentimiento antiguo y de la forma moderna. Está llena de espíritu, al propio tiempo que de elegancia y sencillez. Las líneas de esta composición son tan felices, que parecen las únicas convenientes para esta figura. Son las líneas de la verdad trazadas por la inspiración.

No puede expresarse en nuestro concepto de un modo más sentido aquellos *éxtasis* que la piedad bañaba con la pura luz de una sublime melancolía el rostro de Santa Teresa, cuando en su solitaria celda y reclinada en el monástico sitial, quemaba las alas de su alma en el fuego del amor divino, melancolía sublime que imprimía al propio tiempo en su pálido y bello semblante el sello del dolor que el espíritu sentía dentro de la prisión de carne, que le estorbaba ascender completa y libremente al dichoso lugar de sus visiones celestiales.

Tan acertado en el pensamiento como en la forma, el señor Martín ha creado con su cincel una estatua que se contemplará siem-

pre con interés por el público y que siempre merecerá los elogios de los inteligentes.

Reciba nuestros plácemes por tan notable obra su distinguido autor, y recíbalos también el señor marqués de Portugalete, cuyo amor a las artes y exquisito buen gusto claramente se han revelado en la adquisición de esta obra y de tantas otras como adornan el magnífico palacio de su residencia.

REVISTAS CONTEMPORANEAS

Se compara por algunos la vida a una larga cadena cuyos eslabones de diversos metales son los años.

Admitida la exactitud de la comparación, natural es que nos preocupe la duda de si el que vamos a añadirle será de hierro o de oro.

Si la Providencia al determinar el curso de los sucesos siguiese la regla heráldica que prohibe poner un metal sobre otro de la misma clase, ya tendríamos un dato para nuestras investigaciones. La calidad del año que nace podría colegirse por la del que muere. Pero en cuestión de años, viene observándose de muy antiguo que buenos y malos suelen darse por rachas como los colores en el juego.

En esta incertidumbre cada cual consulta el barómetro que cree más seguro para calcular el tiempo que nos aguarda.

Los que opinan que el jefe del vecino im-

perio tiene aun en sus manos los destinos de Europa y la paz o la guerra del mundo, esperaban impacientes para fijar su criterio, la gran recepción de primero de año. La recepción ha tenido lugar; la esfinge de las Tullerías ha hablado al fin: sólo falta un Edipo que descifre su enigma.

Napoleón cree en la paz: al menos así lo ha dicho. Al oirle es seguro que más de una mefistofélica sonrisa habrá vagado por los finos labios de sus diplomáticos oyentes.

Las seguridades del César francés han hecho, no obstante, en algunos el efecto de un Iris tendido sobre el nebuloso cielo de la política. Verdad es que otros niegan la exactitud de los pronósticos imperiales y aseguran haber oído en lo alto del Vaticano palabras temerosas que predicen grandes y próximos cataclismos. ¿Quiénes estarán en lo cierto? Al tiempo, gran maestro de verdades, dejamos el encargo de despejar la incógnita.

Entre tanto, y siguiendo el deseo natural en el que recoge una herencia tratemos de ver si es buena o mala la que al morir nos ha legado el año de 1865.

Si tendemos la vista por Europa, encontramos que casi todos los países se hallan preocupados en la resolución de algunos de

esos importantes problemas que afectan directamente a la vitalidad de las naciones.

La Francia imperialista siente que se bambolean sus obras, aflojándose los lazos con que ha querido hacerlas solidarias de su fortuna: la silueta de Grant comienza a dibujarse amenazadora para el trono de Méjico en el porvenir de los Estados Unidos, a cuya jefatura parece llamado, y el rey *galantuomo* se encuentra impotente ante los conflictos que a cada paso le crea el partido de acción, el cual se olvida de Solferino para no acordarse más que de Aspromonte.

En Inglaterra el fenianismo por un lado, y la insurrección de la Jamaica por otro, han dejado tan profunda huella en el espíritu público, agitándolo en diversos sentidos, que los radicales, dueños al fin del poder, tras una larga lucha parlamentaria, dudan y no se atreven a plantear la más pequeña de las importantes reformas que prometieron en la oposición.

Y lo que decimos de estas dos grandes naciones, que por la actitud en que se encuentran y los medios que poseen, se han llamado con razón los dos platos de la balanza política del mundo, se hace extensivo en mayor o menor escala a las demás potencias importan-

tes. Por fortuna, el espíritu de incesante actividad que anima a los pueblos y que puede decirse que es el secreto de su conservación, ni se desalienta ni se asusta, y a pesar de la general inquietud, y de los funestos vaticinios, rompe la atmósfera de preocupaciones que lo envuelve y tornasola con un rayo de esperanza y vida las tempestuosas nubes que se amontonan en su horizonte. ¡Gloria al genio del siglo, que al través de las convulsiones, los trastornos y el pánico de la sociedad, marcha con paso seguro y sin apartar los ojos de la meta a que se dirige a la conquista de las grandes verdades y a la realización del triunfo de la inteligencia!

A él se debe el grandioso proyecto de la próxima Exposición Universal, donde compitiendo en lucha gigantesca las artes y la industria del mundo, al par que se ofrece el magnífico espectáculo de la más hermosa fiesta de la civilización, podrán abrirse nuevos veneros a la riqueza y al tráfico, estrechando las relaciones de los pueblos.

A él se debe la perforación del istmo de Suez, problema insoluble hasta que ha venido a resolverlo la generación actual, que según las últimas noticias verá dentro de un brevísimo término, confundidas las aguas de dos

mares, y abierto al comercio de Europa ese camino de Oriente tanto tiempo soñado por nuestros navegantes.

A él se debe, en fin, el generoso impulso a que obedecen los soberanos, convocando en Constantinopla las Conferencias sanitarias, verdadero acontecimiento científico que derramará la luz sobre esa enfermedad terrible y misteriosa que guarda aún el secreto de su deletéreo influjo.

Esta misma lucha entre el espíritu de actividad y vida, y el marasmo y el temor que engendran las preocupaciones de la doble crisis política y financiera por que atraviesa Europa, podemos observarla en España.

El estado de la Hacienda, las luchas de los partidos, la paralización y el luto que ha dejado en pos de sí el cólera, contribuyeron por un instante a detener el natural movimiento, dando pie a los augures de desdichas para trazar cuadros lamentables del porvenir que nos aguarda. No obstante, el país despierta poco a poco de su letargo. Al patriótico llamamiento del comercio de Madrid, que en una Memoria luminosa expone a grandes rasgos los motivos de su momentánea decadencia, e indica los medios de remediarla se han apresurado a responder, adhiriéndose al pensamiento, pri-

mero el Círculo Mercantil de Barcelona, y después los de todas las ciudades más importantes de España. En los centros industriales y artísticos también se nota una actividad desusada debida a la reciente circular de la comisión nombrada para disponer el envío de nuestros productos a la exposición universal de París.

Los teatros, que bajo tan malos auspicios comenzaron sus tareas, se ven ya concurridos por un público numeroso. El Real, a fuerza de ir pasando ante los ojos de los espectadores una interminable serie de cantantes de segundo orden como figuras que cruzan por el lente de una linterna mágica, ha conseguido sacar a salvo una tiple. Pero no contento todavía con este éxito el señor Caballero, sigue impávido el itinerario del que podríamos llamar *Viaje alrededor de un cantante de punta.*

En el Circo, la lindísima comedia del señor Rubí titulada *Física experimental,* continúa llamando la atención del público, y mientras el Príncipe, que teniendo en cuenta la aristocrática sociedad que concurre a sus localidades, podremos llamar la sucursal del regio coliseo, sin abandonar los preparativos para las anunciadas representaciones del *César* y el *Hernán Cortés,* saca a luz las gloriosas

obras de nuestros inmortales poetas antiguos, la Zarzuela, ansiosa de ofrecer alguna novedad, contrata la compañía de cuadros plásticos de Mr. Farriol, que con tanta aceptación ha recorrido las primeras capitales de nuestras provincias.

Por último aún no se han desvanecido los rumores de las pasadas fiestas; aun suenan en el oído los ecos del tambor que acompaña los cantos populares, cuando ya comienza a percibirse la alegre algarabía del Carnaval, que se acerca a nosotros agitando su cetro de cascabeles y llamando con su voz destemplada y chillona a los adoradores de Terpsícore.

Lástima grande será que los lamentables sucesos que han venido de improviso a turbar el orden público, detengan el desenvolvimiento de tantos intereses y la realización de tantas esperanzas, saliéndonos a recibir en el dintel del nuevo año con su enojoso cortejo dein quietudes, preocupaciones y temores.

Por su parte *El Museo Universal* que con este primer número entra en el décimo año de su publicación, ajeno en un todo a las luchas y a las pasiones políticas, procurará seguir ese movimiento de adelanto que nota a su alrededor difundiendo el gusto hacia el estudio de las ciencias y las artes, delicadas flo-

res del ingenio humano, cuyo cultivo inclina a los hombres al amor de la paz y de los saludables progresos.

A fin de conseguirlo, continuaremos en el discurso del año que comienza trabajando con la misma fe que en los precedentes dándonos por muy satisfechos si merced a la variedad de los asuntos, al interés de los artículos especiales y la perfección de las ilustraciones, logramos que, como hasta aquí, ocupe un lugar distinguido en la consideración del público.

Ora fijemos los ojos en el espectáculo que ofrece nuestro actual estado de cosas, ora los volvamos fuera hacia lo que sucede en otros países, de todos modos se nos antoja empresa bastante ardua escribir una revista que interese a la generalidad de sus lectores.

Como presentíamos, la complicación de los lamentables sucesos que se iniciaron en la última semana ha venido a desviar la atención pública de los asuntos de nuestro dominio, propios por su carácter de un periódico de la índole de *El Museo* que aun en circunstancias normales, apenas toca al pasar ligeramente por cima de ellas las ardientes cuestiones de nuestra política interior.

¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué se dice? ¿Sabe usted algo? He aquí las únicas palabras que se han oído durante los últimos días; la fórmula usual de salutación en todos los círculos; el prólogo y el epílogo de todas las con-

versaciones. Mientras ha durado lo que pudiéramos llamar el período álgido de la gran cuestión del momento, cada ciudadano español ha sido una interrogación ambulante.

Acontecimientos análogos a éste han producido en otras épocas una honda sensación acompañada de temores, de esperanzas, de afectos graves, en fin, que han agitado el espíritu público de una manera seria y profunda; el presente, más bien que otra cosa, puede asegurarse que ha obtenido un éxito de curiosidad sin ejemplo. ¡Húndase el mundo, parecían decir los curiosos, pero sepamos de qué modo se hunde y estaremos tranquilos! Como en la representación de una de esas comedias de enredo, en que el autor se complace en burlar la perspicacia de los espectadores, ocultando los resortes a que obedecen sus personajes, el público sólo se ha manifestado impaciente por conocer el desenlace de la fábula.

En esta situación anormal, la hoja volante de un periódico de noticias, el extraordinario de *La Corespondencia* o el suplemento de la *Gaceta* con los últimos partes recibidos por el telégrafo, consiguen que se echen a un lado como cosa de escasa importancia y poco momento el libro más interesante, el semanario

más instructivo, la lectura más deleitosa. Al oir los discordes gritos con que la turba de chicuelos que se derrama como un río que sale de madre por las calles de la coronada villa, anuncia la última novedad, el erudito levanta la vista del empolvado infolio que hojeaba, tratando de indagar los secretos de otras edades para saber lo que pasa en la suya; el sabio abandona el telescopio con que medía las profundidades del cielo para inquirir lo que sucede en la tierra; el artista desciende un momento del mundo ideal de la poesía para entrar en el de la prosa, y todos a una voz preguntan, saliendo del retiro de su gabinete: ¿Qué hay?

El Museo, que no frecuenta los círculos oficiales ni los de los novelistas políticos; *El Museo,* cuyas prensas no aguardan impacientes la última *fila* para servirla palpitante aún a los consumidores, poco o nada podrá decir a los que, amantes de ese género de actualidades, le salgan al paso con la pregunta estereotipada en todos los labios. ¿Les extractaremos, por ventura, los partes telegráficos del órgano oficial del Gobierno? ¿Quién no los ha leído ya? ¿Quién lo ignora? ¿Les hilvanaremos en la forma más dramática posible las mil y mil absurdas noticias que circulan, pro-

ducto de la fantasía de los noveleros de oficio que en estas ocasiones se despachan a su gusto? Tanto vale abrir el libro de *Las mil y una noches* o el más moderno de *Las mil y una barbaridades* y leer cualquiera de sus capítulos.

Lo repetimos: para satisfacer a ciertos curiosos, las publicaciones como la nuestra no son las más abonadas. Sin embargo, hay algunos a quienes, como a nosotros, aflige el espectáculo de estas pequeñas miserias de la vida interior de todos los países; personas que siguen con interés el movimiento general de la política del mundo, por cuanto ofrece un provechoso estudio y una saludable enseñanza, pero que no es gusta fijarse en estos enojosos pormenores; personas, en fin, que, abstraídas en la contemplación de las cosas grandes, de los problemas sociales y científicos que la humanidad trata de resolver, viven en una atmósfera más serena, y no desvían un momento su atención del asunto que les preocupa para ver el motín que pasa por debajo de sus balcones. Pocas son estas personas, pero para ellas escribimos, repitiendo al comenzar nuestra tarea la famosa divisa: *¡Qui m'aime me suive!*

Y para apartar más por completo la aten-

ción de lo que pasa a nuestro alrededor, trasladémonos de un salto del lado de allá de los mares para venirnos aproximando poco a poco al punto de donde partimos.

En Chile la cuestión española se mantiene *in statu quo*: han tenido lugar algunas ligeras escaramuzas entre las tripulaciones de varios botes de los buques de nuestra escuadra y las de otros de los chilenos; pero las hostilidades no se han roto en forma, por más que se ha echado a volar por algunos esta noticia; antes por el contrario, si hemos de dar crédito a la carta escrita por Mr. Bright al presidente de la Asociación de fundidores de cobre de Birmingham, en Inglaterra, se espera con gran confianza un próximo arreglo del conflicto. Cierto es que el partido demagógico hace esfuerzos increíbles para impedirlo, y hasta amenaza con una guerra civil; pero el Gobierno de Chile, no encontrando apoyo en el Brasil, Buenos Aires, Montevideo y Nueva Granada, que, por el contrario, le aconsejan la paz, tendrá que optar por este último extremo. La cuestión queda, pues, en el mismo estado de espectativa en que se encontraba, estado especial en que ha entrado igualmente la del Paraguay con la aceptación por ambas

partes beligerantes de un armisticio de dos meses.

En Méjico, por el contrario, a juzgar por los rumores que circulan a última hora, se encuentran en el principio del fin, el cual no tardará mucho si sale cierta la noticia de haber estallado una sublevación en la capital del imperio. Napoleón, preocupado en la actualidad con el estado de alarma en que se encuentran los hombres de negocios de Francia, a los cuales no satisface la reciente Memoria de Mr. Fould, que en vano procura ocultar con flores los bordes del precipicio, tendrá que atender a esta nueva complicación política, complicación en la que no dejarán de tomar parte, desempeñando un principal papel, los Estados Unidos, donde las ideas vertidas por Grant en sus discursos se acogen con evidente entusiasmo.

París, *el cerebro del mundo inteligente*, como le llaman sus admiradores, se preocupa también de esta cuestión; pero, a pesar de todo, no le falta tiempo para discutir cosas más fútiles, y aún no se ha extinguido el eco de las acaloradas polémicas a que dieron lugar las representaciones de *Enriqueta Marechal*, cuando he aquí que sale a la palestra un nuevo asunto de controversias. Verdi tra-

ta de escribir una ópera con el mismo argumento del famoso drama de Schiller titulado *Don Carlos.*

Ocupándose de la comedia de los hermanos Goncourt, ha dicho Kar, cerrando el debate con su lacónica sentencia: «Admito la fotografía en el teatro. *Enriqueta Marechal* es una prueba acabada del nuevo género; pero, ya que sois fotógrafos, no os deis tono de artistas.»

Un distinguido crítico francés, a semejanza del reputado novelista, ha concluído la cuestión que se agitaba en torno a la futura ópera de Verdi con estas frases: «El *Don Carlos* de Schiller, el *Don Carlos* de la leyenda no existe. La crítica y los recientes estudios históricos lo han matado. Su resurrección sería un contrasentido hasta en el teatro de la Opera.»

He aquí lo que más inmediatamente ocupa la atención de ciertos círculos, mientras en otros consultan llenos de sobresalto el horizonte de la política.

Afortunadamente, en este continuo vaivén de los sucesos, cuando el horizonte se nubla en un punto, la tormenta que parecía próxima a estallar en otro se desvanece como por ensalmo.

La situación de Italia ofrece un ejemplo palpable. Mientras en Florencia se complican los asuntos, merced a la doble oposición de la Cámara a la cual no satisface de ningún modo el Gabinete con tanto trabajo constituído después de la última crisis, en Roma la aceptación por parte de Pío IX de los recursos con que el Gobierno de Víctor Manuel se brinda a levantar en una razonable proporción la abrumadora carga de la deuda pontificia, ha abierto nuevos horizontes a la esperanza de algunos, que confían ver armonizados en un término más o menos próximo los intereses de la Iglesia y del nuevo reino italiano.

En Nápoles, al menos, debe tenerse fe en un desenlace feliz de la cuestión magna, cuando sus hombres más eminentes se ocupan en primer término de la organización definitiva de la Academia de ciencias morales y políticas creada últimamente en aquella ciudad, promete ser una de las más notables de la península itálica, y a la cual el ministro de Estado ha pedido la dirección científica para un viaje de circunnavegación que va a emprenderse por cuenta del Gobierno.

Hasta qué punto se realizarán estas esperanzas, no nos atrevemos a pronosticarlo,

por más que en política nuestra divisa sea el conocido *Nihil admirare.*

Y en verdad que pocas cosas podrán ya parecernos imposibles en este terreno, cuando vemos que se habla como de asunto corriente en Turquía de sacar a la venta pública los bienes de las mezquitas; esto es, de llevar a cabo en uno de los países más fanáticos del mundo una medida económica semejante a nuestra desamortización eclesiástica, y cuando desvanecidos, al parecer, los insuperables obstáculos que a ellos se oponían, vemos la nacionalidad húngara renacer vigorosa, armonizándose con la política de Austria, cuyos emperadores van a ser solemnemente coronados en Pesth.

En presencia de estos acontecimientos inexplicables, esperemos, a pesar de todo, que tanto fuera como dentro de nuestro país las cosas tomen un camino diferente del que anuncian las fatídicas señales con que se ha inaugurado el año; esperemos que la apertura de los elegantes salones de la sociedad madrileña la animación de los teatros, la aparición de las obras literarias que se disponen y el movimiento y la vida propios de la corte en la época que atravesamos, vendrán a hacer

más fácil nuestra tarea, ofreciéndonos alguna novedad agradable.

Hoy, con decir a nuestros lectores que en algunos puntos se han constituído ya las Juntas provinciales que han de disponer cuanto concierne al envío de los productos españoles a la exposición universal de París, que en otros se organizan bajo nuevas bases las Comisiones encargadas de la conservación de los monumentos artísticos, y que en Madrid la escasa atención que el público presta a cuanto no atañe a la política, se divide entre la Harris, que cada noche alcanza un nuevo triunfo en la *Sonámbula* y la compañía de cuadros plásticos de Mr. Farriols, que ha conseguido ser recibida con aplauso en la Zarzuela, podemos poner punto al catálogo de las novedades de esta semana, una de las más llenas de emociones y acontecimientos, y, sin embargo, la más estéril para nuestra revista.

Hay un adagio muy conocido que dice que no hay mal que por bien no venga. Lo que respecto a la cuestión de Chile y el apresamiento de *La Covadonga* sucede, viene, en cierto modo, a justificar el adagio. Que el triste suceso que ha llenado de indignación todas las almas verdaderamente españolas ha sido un mal, no hay para qué afanarse en probarlo: tratemos de averiguar ahora los bienes que a consecuencia de este mal nos han venido. Por lo pronto, el interés que esta cuestión tiene en sí misma, avivado por tan notable incidente contribuye de una manera eficaz a que se fijen los ojos en aquellos apartados países, desviándolos un punto de las pequeñeces y las miserias de nuestras luchas políticas. Si a esto se añade que, merced a la traidora agresión de los chilenos, se han roto como por encanto las redes diplomáticas en que los representantes de las potencias

mediadoras tenían envuelto el asunto, devolviéndonos, sin ningún género de responsabilidades, toda nuestra libertad de acción, fuerza será confesar que se inclina de nuestro lado la balanza. El encontrarnos para obrar de aquí en adelante en un terreno tan franco y despejado bien vale cualquier sacrificio,

La unanimidad de opinión que se observa en todos los partidos respecto a la conducta que ha de observarse con Chile para vengar con usura el agravio hecho a las armas españolas y el sentimiento íntimo de nuestra superioridad sobre un país que sólo por medio de la alevosía ha podido conseguir un pequeño y fácil triunfo, afirman en nuestro ánimo el convencimiento de que por nuestra parte ha de tener la cuestión un desenlace honroso.

No debe suceder así a los chilenos, los cuales se apresuran a gozar de su victoria con todo género de ridículas demostraciones previendo que no ha de durarles mucho la alegría.

La explosión de cómico entusiasmo que en aquella república ha producido la inesperada captura de *La Covadonga* raya en lo inverosímil. Chile, y permítasenos lo vulgar de la comparación, se encuentra con esta pequeña ventaja como niño con zapatos nuevos;

la lectura de sus periódicos, que pregonan la nueva en estilo rimbombante y describen los transportes de júbilo a que el país se ha entregado, causa a un mismo tiempo indignación y risa. Ha habido fiestas e iluminaciones, *Te Deum* y repique de campanas, salvas de artillería y arcos de triunfo. El Senado se ha reunido para votar solemnemente una recompensa nacional en favor de Mr. Villians, del extranjero a quien debe su reciente gloria, especie de Otelo rubio que combate por cuenta de Chile, como el amante de Desdémona por la de la república veneciana. En el teatro de la capital se ha hecho una función patriótica de cuadros vivos, en que la *Esmeralda* aparecía como el terror de los mares y el león de España humillado a los pies de sus enemigos: cuadros que, si bien son un inocente desahogo, tienen la falta de conocerse a tiro de ballesta que es chileno el pintor. Por último, como trofeo glorioso, han colocado en la Catedral la bandera de nuestro buque, Si todo esto se hace a propósito de la captura de una goleta, ¿cómo creen en Chile que deberán significar su júbilo las naciones cuando reciben nuevas de una victoria como la de Lepanto? Por nuestra parte, el día que sepamos que la escuadra española ha bombar-

deado a Valparaíso, ha echado a pique la *Esmeralda* y rescatado *La Covadonga*, ha lavado, en fin, en sangre el agravio que nos han inferido, nos limitaremos a leer la noticia en el periódico oficial o en la *Correspondencia*, diciendo: «Cuestión concluída»; y no haremos tantos extremos ni daremos a las cosas la importancia que no tienen.

Y este desenlace, único que podrá satisfacer las generales aspiraciones del país, no tardará mucho. Bien puede, pues, Chile apresurarse a realizar todo el programa de sus estrépitosas demostraciones, antes de que los sucesos se precipiten en su daño, porque los vientos que corren y el horizonte que sobre sus negocios se descubre nada bueno anuncian. Se dice que las potencias mediadoras juzgando que en las nuevas circunstancias que han surgido nada tienen que hacer, tratan de significárselo a ambas partes beligerantes. Se dice asi mismo que Inglaterra sabedora de la estratagema indigna del capitán Willans, trata de pedir explicaciones a los que tan escandalosamente han abusado de la confianza que inspiraba su pabellón. Se añade, por último, que, excepto el Perú, todas las demás repúblicas de América han repetido su declaración de estricta neutralidad, en res-

puesta a las reiteradas instancias de Chile, que por segunda vez pugna en balde para formar contra nosotros una poderosa liga.

Las noticias que acerca de los movimientos de nuestra escuadra se reciben por diferentes conductos, no presentan tampoco la cuestión bajo un aspecto muy favorable para la causa de nuestros contrarios. Primeramente, un periódico francés habló de un reñidísimo combate entre *La Resolución* y varios buques chilenos combate en el que nuestros marinos llevaron lo mejor de la jornada. Después, y con referencia a cartas del Callao, recibidas en nuestros puertos por algunos particulares, se ha asegurado que la fragata de hélice *Blanca,* que sostenía el bloqueo de Caldera, fué atacada por tres vapores chilenos y cuarenta lanchas y chalupas bajo el mando del capitán Willians. Según las correspondencias de donde tomamos estas noticias, la *Blanca,* después de una empeñada lucha, obtuvo el más brillante triunfo, echando a pique dos buques de los que le atacaron y dispersando a los demás con grandes averías. Los buques que atacaron a nuestra fragata con tan poco éxito, parece que han sido *La Esmeralda, La Covadonga,* al mando de Tompson, y el *Antonio Vargas,* vapor de cuatro cañones de poderoso

calibre recientemente construídos en Inglaterra.

Ignoramos si las noticias recibidas por el periódico francés y las que por otro conducto se han tenido en España se refieren a dos encuentros diferentes, o, como estamos más inclinados a creer, a uno mismo, aunque aparezcan trocados los nombres del buque que lo ha sostenido. De cualquier modo que sea, si se confirma oficialmente podemos darnos por satisfechos del principio de la segunda parte de esta cuestión, que promete ser más rápida, más animada y gloriosa que la primera.

Entre tanto, la política extranjera se desenvuelve lentamente en el exterior, manteniéndose casi todas las cuestiones en el mismo estado en que se hallaban cuando tratamos de ellas en nuestra última revista. El discurso del emperador Napoleón al abrir las Cámaras francesas, aunque ha tocado diferentes e importantes asuntos, sólo respecto a Méjico ha hecho nuevas declaraciones. Después de repetir que espera que la paz del mundo no ha de turbarse por ahora, promete que en un término próximo saldrán las tropas francesas del territorio mejicano, para lo cual tomará medidas eficaces que aseguren los intereses de la Francia en aquellos países.

Alguna más animación que en los que se ocupan exclusivamente de la política se nota en los círculos científicos. En una conferencia pública celebrada en Nueva York, Mr. Collin, director del telégrafo ruso americano, ha dado algunos pormenores interesantes sobre esta gigantesca empresa, que, venciendo todo género de obstáculos, marcha rápidamente a su término. El hilo telegráfico, merced al cual la palabra del hombre, llevada en alas de la electricidad, podrá dar instantáneamente la vuelta al mundo, ha de partir de Nueva York, y, atravesando todo el Oeste de los Estados Unidos, el estrecho de Beringh, la Rusia asiática y la Europa, vendrá a terminar en San Petersburgo. Cuando Mr, Collin hubo concluído de desenvolver a grandes rasgos la historia de los trabajos más principales de esta colocal empresa, para dar una idea del inmenso territorio que ha de recorrer el telégrafo ruso americano, dijo que el sol brillaría sobre la línea veintiuna horas y doce minutos diarios.

En Londres se agita la idea de organizar para la primavera próxima una exposición de horticultura, que, saliendo de los estrechos límites que suelen darse a estas exposiciones, admita a la concurrencia de los premios a

todos los países. Al mismo tiempo deberá reunirse un Congreso botánico, en el cual se discutan las cuestiones que han de surgir de la comparación de los productos de climas y métodos diferentes. Esta exposición, cuya empresa patrocinan la reina y el príncipe de Gales, aspira a perpetuarse celebrando sucesivamente en Londres, París y San Petersburgo un concurso anual. Falta hace que se realice este pensamiento, y que nuestros expositores, que en los diversos ramos de las artes y la industria no pueden luchar con otros países, lleven sus productos a una exposición en que lograrían obtener más lisonjero éxito.

Entre nosotros, los fantasistas políticos y los inventores con diploma, de patrañas de grueso calibre, están de pésame. Como suele decirse, muerto el perro se acabó la rabia. Terminados los sucesos que daban pábulo a sus diarias novelas, y restablecida la tranquilidad en los ánimos, concluyó su misión. Madrid ha vuelto a coger el hilo de sus interrumpidas tareas. Los diletantis vuelven a preocuparse de la próxima llegada de Tamberlik, y discuten acerca de si hará su debut con el *Guglielmo* o los *Hugonotes*. Los literatos acogen con avidez los rumores que nuevamente circulan sobre la representación

del *César*, de Ventura de la Vega, asuntos cuyas altas y bajas comienzan a hacerse célebres.

Infinitos son, pues, los cálculos que se hacen y las esperanzas que se fundan sobre el porvenir, tanto respecto al movimiento artístico e industrial, como a novedades literarias. Mientras la época de la realización de estos vaticinios se aproxima, fuerza será contentarnos con lo poco que da el presente.

La Zarzuela, que ha sido la primera en lanzarse en el camino de la novedad, nos ha ofrecido dos en un acto, titulada una *El rábano por las hojas* y la otra *Gibraltar en 1890*. Ambas son producciones ligeras y de escasas pretensiones, y en tal concepto las recibió con agrado el público. *El rábano por las hojas* adolece, no obstante de un gran defecto: su autor, que en otras obras ha demostrado que sabe tener gracia sin apelar a chistes de cierta clase, tomando en ésta una cosa por otra, aunque sin apercibirse, ha cogido también por las hojas el rábano en cuestión. Respecto al juguete titulado *Gibraltar en 1890*, nos parece poco lisonjero para España, que sólo en sueños pueda suponerse posible la recuperación de aquella plaza, y eso por

los medios sobrenaturales que emplea el protagonista de la zarzuela.

A última hora, el nacimiento de un nuevo infante anunciado a la población con las salvas de ordenanza ha contribuído a que la opinión pública torne a ocuparse de la política interior, en la cual, una vez restablecida su majestad la Reina, los noticieros aguardan significativas variaciones.

MERCED a una semana de días serenos y luminosos que se han adelantado a la estación de las flores como un lisonjero programa de la primavera, el Carnaval, que se aproxima seguido de su cortejo de bailes, bromas y placeres, ha ha conseguido variar de una a otra revista la fisonomía de la carte.

Verdad es que en este espacio de tiempo las cuestiones políticas más interesantes se han mantenido en el mismo ser y estado en que las dejamos, y aquí, como en todas partes, para conservar vivo el interés que al iniciarse inspiran, es necesario que un asunto ofrezca a cada momento combinaciones más nuevas y extrañas que las del kaleidoscopos. La política general sigue su curso, concentrándose todo su interés en los debates del Senado, donde la oposición ha presentado la batalla al Ministerio en la cuestión de Italia. La cuestión de Italia, o mejor dicho, la cues-

tión del pontificado, a la que tan estrechamente se encuentra unida, es, sin duda, una de las más arduas y graves de las que nuestra época parece llamada a resolver; y, sin embargo, la opinión pública no se muestra tan preocupada de la discusión que a propósito de ella se ha empeñado como la magnitud del asunto requiere. Esta aparente contradicción se explica. Al lado de esa inmensa cuestión que se desarrolla con lentitud, cuya profundidad no es dado mesurar a todos, cuya historia es ya muy larga y cuyo desenlace no es fácil prever, ha surgido otra de momento más viva, más palpitante, más comprensible, una cuestión de honra y de intereses de actualidad: la cuestión de Chile, en fin, que con sus inesperados accidentes y los contradictorios juicios a que da lugar, tiene el privilegio de ocupar en primer término la atención de todos los círculos sociales. A cada cual le llega su hora. Primero el interés de negocios tan graves como los de América palideció y se puso en olvido al lado de los trastornos políticos interiores. Después nuestras diferencias con Chile y el Perú han venido a desviar la atención de cuestiones tan vitales como la de Italia, la de Hacienda y de orden público. Mañana no sabemos cuál será

el punto culminante en que el país fijará sus ojos, pues como indicamos al comenzar nuestra revista, la falta de nuevos acontecimientos tiene en la actualidad al público como en suspenso, y con predisposición para ocuparse con más ahinco del carnaval, que llama a nuestras puertas, que de los buques chilenos armados en corso y de las futuras proezas de nuestra marina. Pasará el carnaval, vendrá el miércoles de ceniza, y con el *memento homo* la memoria de nuestra situación nada lisonjera: entonces con el pico del *dominó* nos enjugaremos una lágrima y volveremos a preocuparnos de la política analizando y tratando de escudriñar en su obscuro porvenir. Y ruede la bola.

Entretanto en la semana que concluye hemos podido oir en boca del señor ministro de la Gobernación la noticia *oficial* de la salida de varios buques corsarios. Los que todo lo ven color de rosa afectan no darle importancia al suceso y limitan el número de estos buques a dos o tres, mal equipados y de peores condiciones marineras. Los que por el contrario se complacen en levantar en el aire y sobre cualquier asunto un maravilloso castillo de suposiciones, pintan todos los mares del globo cuajados de fragatas acorazadas,

blindadas y con espolones, de las cuales cada una tiene ochenta o más bocas de fuego, amen de una no pequeña cantidad de torpedos y máquinas infernales que han de reducir a pavesas nuestra escuadra, nuestros buques y nuestros puertos. En un justo medio dicen que consiste la virtud y en éste precisamente es en el que debemos colocarnos para juzgar con tino de las contradictorias opiniones que circulan. Desde luego la llegada a Madrid de nuestro representante en el Perú y del consul del Callao nada bueno augura: pero sea la que quiera la causa del viaje de nuestro tros agentes diplomático y consular en aquellas regiones, causa sobre la cual el gobierno ha creído necesario usar de una prudente reserva, sean los que fueren los medios a que las dos repúblicas americanas hoy unidas recurran para combatirnos, nosotros tenemos gran fe en el patriotismo de nuestra nación y en los grandes recursos de que en un caso extremo puede disponer para sacar a salvo su dignidad y su honra.

La conducta de la provincia de Málaga, que por medio de sus representantes se ha ofrecido espontáneamente a ayudar al gobierno con recursos extraordinarios para la guerra, estamos seguros que a ser preciso, la segui-

rían todas las demás provincias de España.

Del extranjero seguimos careciendo de noticias de verdadera importancia. El único acontecimiento que ha logrado fijar un tanto la atención fuera de nuestro país ha sido la retirada del representante de Rusia de la corte de Roma. El emperador Alejandro, disponiendo que el barón de Meyendorff vuelva a San Petersburgo para ser sustituído por otro personaje cerca del Pontífice, ha querido dar una pública satisfacción al jefe de la Iglesia Católica, que tanto en este concepto como en su calidad de soberano, merecía más respeto que el que le demostró en su última y ya célebre conferencia el diplomático ruso.

En París se decía que como sello a la reconciliación del emperador con su augusto primo volvería éste a encargarse de la presidencia de la próxima exposición universal; pero a última hora se ha asegurado que la reconciliación no es tan completa, o al menos importa aparentarlo así que permita este arreglo. Algunos periódicos franceses anuncian que este importante cargo se conferirá a nuestra ilustre compatriota la emperatriz Eugenia. El tino y la discreción que la esclarecida dama española demostró en el desempeño de los negocios políticos durante la

regencia interina, la hacen acreedora a esta muestra de especial confianza. En una exposición universal, que en suma no es sino una gran fiesta a la que se invita a todos los países, parece natural que la señora de la casa haga los honores a los convidados.

Al mismo tiempo que de este incidente que ha surgido a propósito de la exposición universal, exposición que como hemos dicho en otras ocasiones preocupa mucho a los franceses por creer que a ella va unido un pensamiento político, se discute anticipadamente en los círculos literarios de París acerca de dos obras, las cuales, aun cuando todavía no se han dado a la luz, ya interesan al público y son objeto de grandes controversias. Una es el nuevo libro de Renan la *Vida de los apóstoles*: la otra el segundo tomo de las *Meditaciones religiosas* de Guizot. La primera está ya impresa y sin embargo no se publica, según algunos por miedo a un tropiezo semejante al del editor de *Los evangelios anotados* de Proudhon: la segunda se halla en prensa y se aguardan con ansiedad los primeros ejemplares. Ambas y cada cual bajo su punto de vista, están llamadas a preocupar por largo tiempo el mundo religioso, literario y científico.

También entre nosotros, y aunque en más modesta y reducida órbita, han causado sensación y se han ocupado con elogio los periódicos de dos nuevos libros. Las *Inspiraciones* del conocido y popular poeta don Ventura Ruiz Aguilera y las *Horas crepusculares* de la señorita doña Isabel Villamartín, cada cual en la línea que le corresponde, son dos obras dignas de las alabanzas que se le tributan. Aquélla es el fruto de una inteligencia y de un sentimiento exquisitos en su más brillante período: es la realidad. Esta es el primer ensayo de una imaginación ardiente y de un corazón joven: es la promesa. De las dos diríamos alguna palabra más en nuestra revista, si en este mismo número de *El Museo* no se ocupara ya otro de hacerlo respecto a la del señor Aguilera y si por nuestra parte no pensáramos tratar aparte la de la señorita Villamartín.

El teatro asimismo nos ha ofrecido una novedad, que si bien de escasa importancia bajo el punto de vista literario pues los trabajos de este género no aspiran a conseguirla, no carece de cierto interés como espectáculo entretenido y agradable. Aludimos a la *Revista de un muerto,* del señor Alba, representada en el coliseo de la Plazuela del Rey.

El éxito de esta obra, aunque bueno, ha sido inferior al de la que con parecida idea se hizo en el año de 1865, y la verdad es que el asunto no se ha presentado con tanta novedad e interés.

En el Príncipe la representación de *Súllivan* a beneficio de Romea ha tenido por espectadores a cuanto de más distinguido encierra Madrid en damas elegantes y personas inteligentes. El actor favorito del público consiguió un nuevo triunfo en esta obra, donde a tan grande altura se levanta en el desempeño de una de sus más hermosas y características creaciones. Nosotros damos el parabién al gran actor y nos le damos a nosotros mismos al ver que, a despecho de los crueles sufrimientos que le han aquejado, aún puede dar muchos días de gloria a la escena española, cuyo porvenir se presenta tan obscuro para el momento en que le falten los pocos buenos actores que todavía mantienen su brillo.

Los *dilletanti,* con el debut de la señora Galletti tienen por ahora en qué entretener sus ocios, disputando acerca del mayor o menor mérito de esta cantante, mientras llega el tan anunciado, deseado y suspirado Tamberlik. La Galletti ha debutado en *Norma*. Cual-

quiera creerá que esta es la ópera que mejor canta, que es lo que suele llamarse su *caballo de batalla,* puesto que con ella se estrena. Pues nada menos que eso. Nosotros creemos que ni a la tesitura de su voz ni a sus condiciones conviene. De estos errores se ven muchos entre los artistas. No obstante, el público la ha aplaudido en algunos moomentos y la ha aceptado con placer. Con este puntal ya puede mantenerse por algunos días el ruidoso teatro de Oriente.

Una revista de Carnaval parece indispensable que salga disfrazada de modo que no la conozcan sus habituales lectores. No teniendo a mano un dominó y una careta que ponerle a estas líneas invertimos el orden de los asuntos, y así como siempre comenzamos por lo más serio para concluir con lo más alegre, hoy daremos principio a nuestro resumen semanal por lo más fútil haciendo punto en lo más grave. Y algo es algo.

En la anterior revista dijimos que la perspectiva del Carnaval y la hermosura del tiempo habían cambiado por completo la fisonomía de la corte. A última hora el tiempo hizo fiasco: el cielo, antes sereno y limpio, se cubrió de nubes; al aire perfumado y tibio, propio de primavera, sustituyó el cierzo frío y delgado como la hoja de un puñal de Albacete: pero el impulso estaba dado, y el Car-

naval no ha sido por eso menos alegre y ruidoso que de costumbre.

Rompió la marcha inaugurando por decirlo así el período carnavalesco, el baile dado en el Conservatorio por la asociación de damas de la Beneficencia. Los salones del Conservatorio han estado bastante concurridos, y la reunión fué tan escogida como cabe en lo posible cuando se trata de una sociedad en la cual no se exigen más requisitos para ser presentado que tener ganas de gastar 40 reales, Entre muchas elegantes damas, a quienes a pesar de su disfraz conocimos, circulaban por lo tanto alguna que otra muestra de ese *demi monde*, o *quart de monde*, que en Madrid se introduce en todos los círculos apenas ve la puerta entreabierta. Pero el Carnaval tiene algo de fácil y tolerante respecto a las costumbres; la careta autoriza ciertas derogaciones por parte de las gentes más rígidas; y luego... se presentan tan pocas ocasiones de hacer una obra de caridad bailando un schottis-polka que no tan sólo no extrañamos la boga de estas o parecidas fiestas. sino que por el contrário, las aplaudimos. No todos comprenden la caridad de un mismo modo; no a todos es dado practicarla en lo que tiene de más enojoso y áspero: bueno es,

pues, allanar el camino armonizándola con otro placer que el que las almas privilegiadas encuentran en el fondo de la caridad misma.

Al baile del Conservatorio han seguido los del Real, la Zarzuela y Capellanes. No hay para qué decir que en todos se han notado animación y concurrencia, En el segundo o tercer baile podrán las sociedades encargadas de esta clase de especulaciones ganar o perder según el humor de las gentes y las circunstancias del momento: pero en el primero ¿cuál es tan torpe que no tiene a mano un par de docenas de ninfas alquiladas y de jóvenes de más humor que dinero que hagan bulto, merced a algunos billetes gratis? Sabido el secreto de los primeros bailes de la temporada, no nos ha extrañado, pues, encontrar en ellos el personal conocido. En el teatro de la ópera, al compás de su magnífica orquesta, dirigida por Bonetti, hemos visto walsar, amén de todo el escuadrón femenino de entre bastidores, bailarinas, coristas y figurantas, una multitud de esas beldades de clasificación dudosa: vanguardia encubierta de un género de *damas* popularizadas por la pluma de Dumas hijo y la música de Verdi, que hacen esfuerzos increíbles para aclimatarse en nuestro país por más que las

rechacen nuestro carácter y nuestras costumbres.

Algún que otro dominó de seda, por cuyos anchos y flotantes pliegues asoma una mano aristocrática y pequeña calzada de un guante perfumado y finísimo dejaba, sin embargo, adivinar la presencia en los salones de el Real de una reducida parte del sexo bello verdaderamente elegante y distinguido de la corte.

Estas discretas tapadas, de las cuales podríamos decir en confianza y al oído de un amigo el nombre de algunas, y varias personas conocidas, que formaban corro entre los individuos del sexo feo que se agrupan en el centro del salón, han impreso este año como en los pasados su sello especial y característico a los bailes del teatro de la plaza de Oriente.

Jovellanos manteniendo su tradición respecto a máscaras, se ha mostrado asimismo alegre, ruidoso y todo lo expansivo que permiten el disfraz y la careta. Sobre el indispensable fondo de personajes equívocos pertenecientes a ambos sexos, ha ofrecido su risueña galería de figuras propias de estos bailes de medio carácter. Sentadas alrededor de la sala han podido, pues, verse muchas *viudas*

de intendentes (requisito forzoso de toda pupilera), acompañadas de sus tiernos pimpollos; y circulando en grupos, muchos estudiantes de todo género de derechos y carreras, inclusa la más célebre de la corte. De Jovellanos a Capellanes la decoración varía y han variado igualmente los actores. Desde la modistilla a las nocturnas paseantas de la, con tanta razón, llamada calle de Peligros: desde los abonados a los Andaluces a los toreros que se estacionan en las cuatro esquinas, lo más florido de la gente del bronce, de la perpetua diversión, de la eterna jarana y del escándalo eterno, ha tenido representación en el local que reune el raro privilegio de dar a un tiempo acogida a todo género de personas. En efecto, lo más característico del teatro de Oriente y la Zarzuela los que acaso salen de un salón aristocrático o han pasado la tarde en el Canal, han venido en esta ocasión, como vienen siempre, a pagar el tributo de un momento de la noche a Capellanes.

En el Prado, y durante los primeros días del Carnaval, la multitud ha sido inmensa y la animación y el bullicio tan grandes como si en nada tuviéramos por el momento en que pensar más que en disfrazarnos y di-

vertirnos. El pueblo es como los niños: con la misma facilidad llora que se consuela, mostrando a veces juntas las lágrimas y la risa. En los días en que la terrible epidemia azotaba a Madrid, parecía imposible que el tiempo pudiera borrar las hondas huellas que había dejado. Cuando más tarde los trastornos políticos preocuparon hondamente la atención pública, era de esperar que por muchos meses todos se ocuparían de la probable resolución de un obscuro problema planteado y no resuelto. Más tarde, el desca abro sufrido en Chile, llenó de santa y patriótica indignación las almas y debía creerse que nadie apartaría los ojos de este asunto hasta ver su desenlace. Sin embargo, llega el Carnaval, los lutos se esconden, las preocupaciones se disipan, los proyectos bélicos se aplazan y el país transformado de la noche a la mañana de grave y preocupado en alegre y bullicioso, puede exclamar a su vez: *Europa, ¿me conoces?*

El miércoles de Ceniza, ayudado del diluvio de agua que han arrojado las nubes, ha venido a cerrar el período de locura, trayéndonos el enfadoso bagaje de nuestras antiguas preocupaciones al ponernos la ceniza en la frente. —*Polvo eres y en polvo te has de*

convertir! Este lúgubre estribillo con que termina la Iglesia la canción báquica comenzada por el Carnaval, viene a concluir con un imponente acorde de Miserere la atronadora sinfonía de los placeres mundanales.

Después de los excesos y los gastos extraordinarios que inevitablemente traen consigo todas estas grandes fiestas, la primera idea seria que se ocurre es la de reparar por medio de la economía el desequilibrio del bolsillo; y esta preocupación, particular a cada individuo trasciende a la pública oponión y forma una atmósfera. Nada más natural, por lo tanto, que la primera cuestión puesta sobre el tapete en materias políticas sea la cuestión de Hacienda, pronunciándose todos en favor de las economías en el presupuesto. En el Senado las oposiciones presentaron el combate al ministerio en los asuntos de Italia; en las Cortes se trata de hostilizarle en una larga serie de encuentros y escaramuzas a propósito de las tantas veces anunciadas economías. El Gabinete asegura que se encuentra animado de los mejores deseos respecto a este particular: nosotros lo creemos; pero ha debido sucederle lo que a aquel grande de España, que, conociendo su ruinosa situación, y después de decidirse a to-

mar una medida radical reduciendo el total de sus gastos al de los ingresos, dió una vuelta por su casa y no encontró que suprimir más que una ensalada en la comida y un farol en el patio. Las economías realizadas en el presupuesto hasta ahora no equivalen a más. Y cuidado que por nuestra parte no creemos que las economías, que son el a b c de la ciencia, bastan por sí solas a salvar una situación. Podrán a lo sumo, servir para atravesar más fácilmente un período dado, para resolver un conflicto de momento, pero no para prosperar y desenvolverse un país.

Del Pacífico se han recibido noticias por la Mala inglesa, las cuales se reducen a decir que nada ocurre de particular. Esto mismo debiéramos repetir en nuestra revista; pero la verdad es que el no haber ocurrido nada, en el terreno en que ya se encuentra la cuestión, no deja de ser bastante. También se ha hablado en los círculos políticos de una nota que el general Lamármora ha enviado al Gobierno de España, protestando en nombre del de Víctor Manuel contra el espíritu de ciertos documentos relativos al reconocimiento de Italia, publicados con motivo de la discusión del discurso de la corona. La

trascendencia de esta cuestión es bastante grande, toda vez que al complicarse podrá hacer que resulte inútil un paso diplomático que ha dado margen a muchas discusiones, y en el que algunos partidos fundaban lisonjeras esperanzas.

Estos asuntos y algunas que otras noticias contradictorias, acerca de los corsarios, ocupan por el momento la atención de los círculos políticos, mientras los aficionados a otro género de novedades hablan de las próximas reuniones particulares, que se anuncian para la Cuaresma, y del nuevo drama *Doña Leonor de Pimentel,* estrenado en el teatro de Variedades por la Civili. Después del beneficio de Valero, en el que este eminente actor consiguió un nuevo y ruidoso triunfo con *La carcajada,* la representación de la obra del señor Valcárcel ha sido, sin duda alguna, el suceso más notable que en la última semana han ofrecido los teatros. *Doña Leonor de Pimentel* dista mucho todavía de ser una obra perfecta en su género. Fáltale a su autor experiencia de la escena y el conocimiento profundo del carácter de la época que trata de resucitar, condición la segunda que cada día se hace más indispensable en los dramas históricos. No obstante, algunos rasgos felices

diseminados en la obra, la galanura del estilo y la pasión con que están escritas ciertas escenas, contribuyen a que se califique esta producción de un feliz ensayo que deja presentir grandes triunfos al joven poeta que lo ha acometido. La ejecución de la obra por parte de la Civili justifica los aplausos que le prodiga el público haciendo olvidar en parte la desigualdad del cuadro de actores que la acompaña y la escasez de recursos y de aparato escénico del teatro en que actúa.

Ultimamente, la Facultad de Medicina de la Real Camára ha puesto en conocimiento de la presidencia del Consejo de ministros la enfermedad y la muerte del infante don Francisco de Asís y Leopoldo, cuyo cadáver, después de haber sido expuesto al público en una de las salas del Palacio, será conducido con la pompa y ceremonias de costumbre al panteón de El Escorial.

El invierno se resiste a abandonarnos. En balde la primavera, con el calendario en la mano, aduce sus derechos a la presente estación; el frío, refugiándose en las últimas trincheras, despliega todo su aparato de nieves y granizos de lluvias y vientos, y quema los tempranos retoños de los árboles y arroja al suelo a sus adelantadas flores. La Cuaresma, ya bastante triste de por sí misma, con este aditamento de nubes y temporales nos tiene metido el corazón en un puño. Por fortuna, los teatros por un lado, y las reuniones particulares por otro, ofrecen un refugio a la buena sociedad madrileña, que se ve privada de asistir a sus paseos favoritos. La vida activa de la corte se ha reconcentrado en el interior de sus círculos especiales.

Tratemos de penetrar en algunos para trazar en un par de rasgos nuestra periódica revista.

Entre las fiestas musicales celebradas en los salones que tienen hoy el privilegio de reunir a lo más *fassionable* del gran mundo, debemos colocar desde luego la que ha tenido lugar últimamente en casa de la señora condesa de Montijo. El *Stabat Mater*, de Rossini, una de las más espontáneas y melódicas inspiraciones del célebre maestro italiano, ha sido interpretado en la reunión del domingo de un modo tan correcto y con una unidad y un buen gusto tales que han sobrepujado a la ventajosa idea que los concurrentes tenían formada de antemano de esta *soirée* musical, juzgando por el nombre de las conocidas y elegantes aficionadas que tomaron parte en ella.

Las letras han tenido asimismo en la pasada semana ocasión de ser objeto de plácemes entre el círculo de sus apasionados. La Real Academia Española ha reforzado sus filas con un nombre célebre en nuestras discusiones parlamentarias, y que ha brillado y brilla aún en el foro como una de sus glorias. Aludimos al señor don Antonio Aparisi, elegido por voto unánime de los individuos de aquella respetable corporación para ocupar el sitio que ha dejado vacante, a su muerte, el ilustre marqués de Pidal. Sean las que fueran

las ideas políticas del señor Aparisi, nosotros felicitamos con toda sinceridad a la Academia por haber hecho recaer su elección en un hombre de corazón sano, de convicciones arraigadas y profundas, y cuyos méritos y extraordinarios talentos no pueden ponerse en duda.

La reunión literaria que ha tenido lugar en el gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional para hacer entrega del premio otorgado en el último concurso no ha sido menos satisfactoria para cuantos tuvimos el gusto de concurrir a ella. Presidía el acto el señor ministro de Fomento, asistiendo, a más del señor Silvela, director de Instrucción pública, y de algunas otras personas notables por su posición oficial, otras muchas conocidas por sus obras en la república de las letras. No hemos leído aún el libro del señor Alenda *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España;* pero, a juzgar por el asunto, y creyendo que para merecer la distinción que ha merecido deberá reunir las condiciones que un trabajo de esta índole exige, no dudamos que su lectura abrirá un ancho campo y ofrecerá datos preciosos para los estudios de trajes, usos y costumbres de nuestro país, así como de las artes y la literatura, que

tanto han contribuído siempre al mayor lucimiento de tales fiestas. En esta misma reunión, y después que el señor Harzenbusch dió cuenta en una luminosa memoria de los trabajos llevados a cabo en el ramo de bibliotecas y archivos, don Cayetano Rossell dió a conocer algunas de las cartas inéditas de don Leandro Fernández de Moratín cuya colección se ha mandado publicar por el ministerio de Fomento. Cuantos admiran la gracia, las dotes de observador profundo y la pureza de lenguaje que adornan al clásico autor de *El sí de las niñas* y *El Café*, están de enhorabuena con la publicación de estas epístolas, en las cuales Moratín trata los más variados asuntos con el estilo ameno, ligero y cómico que tan bien sienta a este género especial de literatura y que es seguramente el que con más facilidad manejaba.

Respecto a política también se nota alguna animación, y podemos decir como la criada de *El marqués de Caravaca*, de Ventura de la Vega, *¡Se charla, se charla, se charla!* En efecto, se charla en las Cámaras, se charla en los salones de conferencias, se charla en los casinos y en los cafés y en las esquinas, y mientras en estos corros y corrillos cada cual arregla el país a su modo y deja en pañales

al mismo Nostradamus. Respecto a profecías, los acontecimientos siguen su curso. Qué curso siguen estos acontecimientos es lo que no nos atreveremos a decir. *El Museo,* quizás cometiendo una indiscreción, se ha aventurado a guna vez a alargar el cuello y a meter un poco la cabeza por la entreabierta puerta de la política. Después de haberle dado repetidas veces, como vulgarmente se dice, con la puerta en los hocicos, ha decidido la enmienda, sentándose en el dintel para descansar un momento, y, una vez descansado, tomando el rumbo para otra parte.

El caso es que la semana anterior la política extranjera, única en que por un exceso de longanimidad se nos permite echar de vez en cuando un cuarto a espadas ha ofrecido tan poco asunto para nuestra revista, que será preciso hablar a nuestros lectores de otra cosa.

En París, por ejemplo, tanto o más que de los discursos de la Cámara, se habla en la actualidad de la llegada del abate Litz, el cual ha ido a dirigir personalmente el ensayo de su magnífica misa.

En Roma, después de haberse celebrado la tradicional ceremonia de la bendición de *La Rosa de Oro,* todo el mundo se deshace en con-

jeturas acerca del destino que se dará este año al simbólico presente con que Su Santidad obsequia al soberano que más se ha distinguido en la defensa de los intereses católicos.

Desde el curioso asunto jurídico que llama la atención en Londres, entablado por una señora particular que, fundándose en títulos valederos trata de que se la reconozca como miembro de la misma familia real inglesa, hasta el extravagante fenómeno ocurrido en un punto de América, donde otra individua ha dado a luz en un solo parto a tres hijos varones, cada cual de una raza y de un color distinto, raro es el país que no ha ofrecido alguna cosa notable.

Sin embargo, la más notable es, y seguirá siéndolo aún muchos días, la coincidencia geológica que ha podido observarse últimamente por los que se dedican a este género de estudios. Al mismo tiempo que un movimiento volcánico ha hecho aparecer un nuevo islote en las costas de Grecia, el capitán de un buque que navega en los mares de Australia da cuenta de la desaparición de uno de los puntos señalados en la carta marina de aquellas regiones.

Unas veces con los sacudimientos de la tie-

rra, coincidiendo con la erupción de un volcán, en puntos lejanos entre sí; otras con estas inmersiones y apariciones que ofrecen cierta analogía en el fenómeno que las produce, nunca faltan a la ciencia arduos y difíciles problemas que resolver. De Francia, y por orden de su Gobierno, ha salido una comisión de hombres eminentes, con rumbo a Grecia, para estudiar esta cuestión. Veremos qué sacan en limpio.

Ahora, y trasladándonos a nuestro país desde la región objeto de esos estudios, diremos, según costumbre, algunas palabras sobre teatros para terminar la revista.

En el Real sigue Tamberlik recogiendo aplausos en *La Africana;* el nombre de *César* continúa apareciendo en los carteles del Príncipe; el teatro de Jovellanos es el único que acaba de ofrecer una novedad, si novedad puede llamarse al arreglo de una bufonada escénica que ya hemos visto antes de ahora representada en Madrid por una compañía de actores franceses.

Titúlase este arreglo *Los cómicos de la legua,* y como puede inferirse del asunto, mucho más sabiendo que toman parte en él Caltañazor y Arderius, creemos excusado decir

que es perfectamente a propósito para reir un rato.

Cuando en todos los terrenos se encuentran tantos motivos para afligirse, no nos parece completamente inoportuna la aparición de una obra que sólo aspira a regocijar el ánimo, aunque sea a fuerza de disparates. Los disparates tienen también su mérito. No todo el que quiere disparata con gracia, por más que muchos prueben a hacerlo. Testigo el pobre Olona, que en su género, bueno o malo, pero indudablemente divertido, sigue siendo inimitable.

SIGUE el termómetro en pugna con el calendario. La primavera llega y el invierno no desaparece: de aquí resulta una anarquía estacional tan incómoda como insalubre.

De vez en cuando el sol rasga las nubes, la tierra, estremecida de placer bajo la impresión de sus besos de luz, se dispone a revestirse con sus más espléndidas galas; los árboles se cubren con sus primeras y transparentes hojas; los insectos de oro y de colores, revolotean zumbando en torno a la flor de los tempranos almendros, y los habitantes de la coronada villa salen a disfrutar de las delicias primaverales a la Castellana o al Retiro; pero de pronto cambia la decoración: las nubes se amontonan, el viento Norte se desencadena y lo que comenzó en idilio acaba en catarro. El almanaque, inflexible como el destino, sigue su marcha al través de estas bruscas variaciones y marcando impávido las estaciones y

las solemnidades con la exactitud de un cronómetro nos lleva insensiblemente del Carnaval a la Cuaresma, de la Cuaresma a la Pascua hasta llegar el día de San Silvestre, en que deja el puesto a otro año y a otro *cicerone* que con la misma imperturbabilidad continúa la tarea.

Siguiendo su itinerario nos encontramos hoy en la *Semana de Dolores,* que puede llamarse propiamente el dintel de la *Semana Santa.*

A medida que se aproxima la época en que la Iglesia conmemora los augustos misterios de nuestra redención, nótase una especie de recogimiento gradual, que de día en día va haciéndole más perceptible. La concurrencia a los teatros disminuye; el interés de los negocios públicos se debilita; hasta la actividad y el movimiento individual parece que se disponen a entrar en un período de quietud y de reposo. La meditación es hija de la calma y el silencio. ¿Y quién habrá tan incrédulo o tan indiferente que, como cristiano y como filósofo, no se sienta embargado, aun a su pesar, por las graves ideas que en estos días solemnes asaltan la imaginación? Los rumores de la vida política, la inquietud febril de la lucha de los intereses terrenales y el

ruidoso tráfago de la actividad humana, como las olas que vienen a morir en la orilla del mar, vienen en estos instantes a morir y a apagarse a las puertas del templo, que despliega todas sus pompas para cautivar y absorber el ánimo de los fieles. Cna de las más grandes misiones del arte ha sido en todas las épocas levantar el espíritu por medio de sus obras a regiones elevadas, predisponiéndole a la concepción de cierto género de ideas. El catolicismo se ha valido de él como de un poderoso intérprete para llegar hasta el fonda del alma por medio de los sentidos.

En estos días más que nunca puede apreciarse hasta dónde contribuyen a la majestad y a la imponente belleza del culto las sublimes creaciones del arte cristiano. Considerada bajo este punto de vista, la Semana Santa de la corte no es la que ofrece más poderosos atractivos; pero la facilidad de las comunicaciones va generalizando tanto la costumbre de asistir a esta solemnidad en otros puntos célebres por el esplendor y la grandiosidad de sus ceremonias religiosas, que la mayor parte de la buena sociedad madrileña se divide entre Toledo y Sevilla, que con algunas capitales de provincia importantes justifican la fama que gozan en este concepto.

Las circunstancias que dejamos apuntadas han contribuído a que en la semana última encontremos pocas novedades de qué ocuparnos.

La cuestión de Chile ha ofrecido, no obstante algún entretenimiento a la curiosidad pública. Según las últimas noticias recibidas, de las repúblicas del Ecuador habían hecho un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los enemigos de España. En cambio de este suceso, que después de todo carece de importancia verdadera, pues el Ecuador sólo puede ofrecer a sus nuevos aliados estériles simpatías, la Mala del Pacífico nos ha traído una nueva favorable a nuestros intereses. La fragata peruana *Amazonas* y el vapor *Loa* han naufragado. Ignóranse aún los pormenores de este siniestro, del que, sin embargo, no puede dudarse, habiéndose recibido la noticia por diferentes conductos: sólo sabemos que el Gobierno peruano ha hecho prender a los capitanes de estos buques para abrir una información facultativa. No siempre la fatalidad ha de prestar ayuda a nuestros enemigos. El desastre de la *Amazonas* y el *Loa* viene a compensar en cierto modo la desgracia que nos hizo perder uno de nuestros más hermosos buques enfrente de las islas Chinchas.

Respecto a pérdidas casuales, puede decirse que estamos en paz y jugando. En la cuestión de honra algo se ha hecho, entregando a las llamas las embarcaciones mercantes apresadas; pero todavía esperamos que nuestra marina hará todo lo que exigen de ella sus gloriosos antecedentes y la esperanza que el país entero funda en su valor y heroísmo.

Los asuntos de política extranjera, que afectan más directamente a otras naciones, aunque a paso de tortuga, también van adelantando algo en su desenvolvimiento. Ya tenemos en campaña un candidato para el trono de los Principados, vacante por la forzosa abdicación del príncipe Couza. El emperador de Rusia propone para esta prebenda al duque de Leutchtemberg, que en la actualidad se encuentra en Italia. Los representantes de los diversos países que han tomado parte en las conferencias celebradas en París para arreglar este complicado negocio, no creemos que acordarán todos sus simpatías al candidato ruso, pues en pormenores de mucha menos entidad no han podido aún ponerse de acuerdo. Y lo que acontece en París respecto de la cuestión de los Principados del Danubio en la conferencia política, se reproduce en Constantinopla con motivo del itinerario de

las caravanas de la India en el Congreso sanitario. Si sólo hubieran asistido médicos a esta reunión salvadora, todavía juzgaríamos muy difícil que la ciencia, aun siendo ciencia, lograse ponerse de acuerdo consigo misma por medio de sus representantes; pero habiendo interpelado los diplomáticos con los doctores, el resultado de todo será seguramente el contenido del libro que leía Hamblet: *¡Palabras, palabras, palabras!*

En efecto: el Congreso sanitario discute aún acaloradamente sobre la marcha de las caravanas y los medios de precaución convenientes, y ya los peregrinos del Ganges comienzan a ponerse en movimiento y el cólera se cierne sobre algunos puntos del litoral del Mediterráneo. Mientras los médicos entran en acaloradas polémicas sobre el principio morboso generador del terrible azote, los diplomáticos han tenido tiempo de deslizar en medio de la discusión algunas frases alusivas a intereses políticos de este o aquel país, ocultas bajo el manto de la filantropía, y he aquí lo bastante para que las conferencias científicas, de las cuales tanto esperaba la humanidad, terminen, según la gráfica expresión del vulgo como merienda de negros.

El *bill* de reforma electoral presentado a

las Cámaras británicas promete asimismo ser objeto de largas y acaloradas controversias por parte de los representantes del país. Desde luego, el proyecto de reforma sólo hace aplicación de los nuevos derechos a Inglaterra excluyendo la Escocia y la Irlanda. Estas restricciones, a más de aumentar la exasperación de los países a que se refieren, son acogidas con evidente disgusto entre los radicales, a quienes no impone la obligación de callar el interés del Gobierno. Por su parte los conservadores han celebrado un *meeting* con asistencia de todas las notabilidades del partido en el cual se acordó presentar la batalla al Gabinete en ambas Cámaras. Acerca del resultado de la campaña parlamentaria que se inaugura con el *bill* de reforma se hacen muchos comentarios, no faltando quien se anticipe a predecir la derrota del Gabinete.

Estas levantadas y luminosas discusiones del Parlamento inglés y las que actualmente tienen lugar en la Cámara francesa a propósito del debate sobre libertades públicas, ocuparán en primer término y durante algunas semanas la atención de los que siguen con interés el curso de la política extranjera.

Dejando nosotros este terreno por ahora, y

volviendo los ojos a nuestro país para terminar la revista ocupándonos de algo menos árido y enojoso que los asuntos políticos, vamos a decir dos palabras acerca de las novedades literarias y científicas de que hemos tenido conocimiento durante la semana última.

Pocas son estas novedades, aunque algunas de ellas de verdadero interés. La Junta de Archivos y Bibliotecas ha acordado la formación de un museo arqueológico donde se reunan y custodien los tesoros que poseemos de este género, casi abandonados y esparcidos sin orden en diferentes establecimientos públicos. La importancia de esta determinación creemos inútil encarecerla, pues aunque nos parece que viene un poco tarde, y cuando ya los traficantes y especuladores han hecho desaparecer los objetos dignos de estima, así en muebles, armas y medallas, como en pinturas, códices y trajes de que tan rico era hace pocos años nuestro país, todavía reuniendo lo que se conserva y haciendo adquisiciones por medio de personas inteligentes, podrá formarse un museo de grande utilidad para el estudio de escritores y artistas. Y ahora que de museos hablamos, parécenos ocasión oportuna de dar, por último, cuenta a nuestros

lectores de la aparición del *Catálogo provisional historial y razonado del Museo Nacional de Pinturas,* formado por don Gregorio Cruzada Villaamil. Sólo teniendo conocimiento de la falta de datos y noticias acerca del origen y procedencia de estos cuadros, falta con que ha tenido que tropezar desde luego el señor Cruzada al emprender su tarea puede apreciarse debidamente la diligencia exquisita, la perseverancia y el buen acierto con que la ha llevado a cabo. El Catálogo del Museo Nacional, por el orden con que en él se encuentran clasificadas las producciones de las diferentes escuelas que lo componen, por las noticias biográficas de los autores que contiene, y el tino con que, aunque ligeramente, se juzgan sus principales obras puede servir de materia importante para la historia de la pintura española, sobre la cual tan poco se ha escrito aún a pesar de la merecida fama que goza entre nacionales y extranjeros.

El velo de los altares se ha rasgado; las campanas voltean en las torres y celebran la Resurrección de Cristo entonando un himno de júbilo al vencedor de la muerte. En las puertas de abril, del mes favorito de la primavera, nos encontramos con la Pascua florida. De la tristeza, la quietud y el silencio hemos pasado como por encanto al regocijo, a la actividad y el ruido. Las campanas han dado la señal rompiendo el aire con su alegre armonía. En las ondas de luz, de sonidos y de perfumes que llegan en este momento hasta nosotros, debe haber algo de aquel encanto inexplicable e irresistible de que se siente poseído Fausto en una de las primeras escenas del poema de Goethe, al oir la misteriosa músoca de las campanas de la vetusta catedral gótica que saludan el alba el día de la Resurrección.

El tiempo, por su parte, no ha contribuído

poco a completar los seductores detalles del cuadro. Compadecido de nosotros y para darnos a entender que no porque se entretenga a despedir cariñosamente al invierno pierde un día de jornada en el camino que le conduce al verano, se ha plantado de un salto en la primavera. Y henos aquí gozando de todas las delicias que proporciona la corte con sus mañanas frescas y alegres que llaman con un rayo de sol a la ventana de los perezosos, convidándoles a ir al Retiro, donde ya florecen las primeras lilas, y con sus tardes serenas y templadas que reunen en el Prado, en la Castellana y en Recoletos a lo más elegante y escogido de la sociedad madrileña.

Absortos en la presente felicidad sólo nos asalta de cuando en cuando un temor. ¿Durará esto mucho? El tiempo que para hacer resaltar mejor la bondad de sus días hermosos viene agobiándonos a fuerza de contrastes ¿renunciará por completo a esos efectos teatrales que cuando menos se espera hacen sufrir al termómetro un bajón de catorce o quince grados? Difícil nos parece, porque como dice el adagio, el que malas mañas ha, tarde o nunca las olvida. No obstante, la desconfianza que abrigamos respecto a este caprichoso árbitro de nuestra salud y nuestros

placeres, no nos impedirá darle un voto de gracias por el interregno que nos ha concedido.

Merced a su benevolencia, los fieles han podido acudir como de costumbre a visitar los templos sin grave detrimento del vestuario de gala, y las procesiones y cofradías han salido a las calles sin temor de que un chubasco las desordene o desluzca. Respecto a Madrid aunque el temporal hubiese impedido esta última parte de la solemnidad religiosa, seguramente que no sería muy de lamentar la pérdida del espectáculo. Es cosa olvidada de sabida que en cuanto al mérito de las imágenes y el lujo y la pompa de cofradías y procesiones, la coronada villa apenas puede sostener la comparación con la última de las capitales de provincia de España.

No sucede lo mismo en lo que concierne al decorado y ornamentación de las iglesias pues si bien no se hallan monumentos tan majestuosos e imponentes por sus colosales proporciones como los de las catedrales de Toledo y Sevilla o el no menos artístico y grandioso de San Lorenzo del Escorial, el buen gusto y la acertada disposición de los que se ven en los templos de la corte suplen a la falta de magnitud y de grandeza, que no per

mite a veces la pequeñez del recinto en que se levantan.

La más notable y clásico de la Semana Santa de Madrid es, pues, la tarde del Jueves Santo en que la población en masa, cumpliendo uno de los preceptos de la solemnidad, visita los monumentos de las diferentes iglesias. En ese día las damas elegantes truecan las caprichosas *toilettes*, propias del Real, y el distinguido sombrero francés de rigor en la Castellana, por la sencilla y severa falda de glasé negro y la graciosa y tradicional mantilla española y colocadas a la puerta de los templos consiguen de sus admiradores que, siquiera por un momento, hagan de la Caridad fórmula de galantería.

La devoción en primer término y la curiosidad en segundo atraen un inmenso número de personas a las iglesias cuyo camino señala un cordón de gentes que van y vienen sin cesar. Como en los años anteriores la capilla del Obispo donde se admiran en esta época los apreciables lienzos de Villoldo, ha sido una de las más frecuentadas, llamando igualmente la atención la del Hospital general y la parroquia de San Ginés por los elegantes y artísticos monumentos que en ellas se han colocado nuevamente.

Pero como todo pasa en este mundo, la Semana Santa con sus esplendores religiosos, sus austeras penitencias y su silencioso recogimiento ha pasado también, volviendo las cosas a seguir su curso regular y ordinario. Como es natural, al fijar de nuevo la vista en los asuntos objeto de nuestra preferente atención, encontramos un sinnúmero de novedades de toda especie. De estas novedades unas las constituyen sucesos realizados, otras se componen de proyectos y planes para un cercano porvenir. En política sobre todo hay materia para escribir no una revista sino algunos volúmenes. Y eso que no entra en nuestro ánimo ocuparnos de lo que pasa de puertas adentro.

Por de pronto, según las últimas noticias que encontramos en correspondencias dignas de crédito y a juzgar por el carácter que presenta la tan debatida cuestión de los ducados alemanes, se hace inminente la guerra entre Prusia y Austria. Esto al menos dicen la mayor parte de los periódicos extranjeros, y del mismo modo opinan políticos experimentados y sagaces en esta clase de negocios. Sin embargo, a nosotros se nos antoja que esta vez como siempre las dos grandes potencias alemanas se limitarán a cambiar algunas diatri-

bas en las hojas oficiales, a hacer algunos equilibrios diplomáticos, quitar el polvo a las armas de los parques y como el valentón del famoso soneto de Cervantes mirarse de soslayo y marcharse sin hacer nada.

Algo más seria nos parece la agitación que se deja sentir en toda Italia a medida que se aproxima el plazo estipulado en el convenio de 15 de septiembre para el completo abandono de Roma por la guarnición francesa: agitación que se ha manifestado bien a las claras con pretexto de la anulación del acta de Mazini.

Elegido el célebre triunviro por uno de los distritos electorales de Italia, para ocupar un escaño en el Parlamento, la Cámara ha anulado el acta cerrándole las puertas de la representación nacional. El partido de acción conociendo que de día en día pierde terreno en las esferas oficiales, acusa al Gabinete de haber cedido en este asunto a la influencia de las Tullerías, y en un *meeting* celebrado en Florencia los oradores han ido tan lejos por este camino que hubo momentos en que se temió seriamente por la conservación del orden. Al *meeting* de Florencia parece que seguirán otros muchos en diversas localidades de la península, y los exaltados asociando los

nombres de Garibaldi y Mazini y tremolando la bandera con el lema de *Italia una y Roma la capital,* no dudamos que darán mucho que hacer al Gobierno de su país y a los Gabinetes extranjeros que ya comienzan a preocuparse de esta formidable cuestión.

En Inglaterra, por el contrario, los vientos soplan de diferentes cuadrantes. Por espacio de algunos años los radicales hicieron de la reforma un ariete poderoso para batir en brecha a los Gobiernos conservadores: en la Cámara, en la Prensa, en las reuniones públicas, se presentaba este paso como una necesidad para todos los intereses: pero he aquí que el jefe de la parcialidad que más alto proclamaba la conveniencia de la ampliación de ciertos derechos, sube al Poder y cuando intenta poner en práctica su idea, se encuentra con una oposición compuesta de partidarios tan decididos y numerosos como los que un día logró reunir en torno a su estandarte. ¿Era ficticia la atmósfera que se hizo en todo el país por los radicales al iniciar estas medidas? ¿Han cambiado de tal modo las circunstancias que lo que antes fué necesidad apremiante ahora ahora podría calificarse de aventurado y atrevido? He aquí un problema que los periódicos ingleses se afanan inútilmente por

resolver; pero entre tanto es un hecho que la reforma encuentra cada día mayores obstáculos en su camino y que los que más claro ven en la cuestión no dudas de que el Ministerio se encuentra como vulgarmente se dice entre la espada y la pared, esto es, en la alternativa de retirar el *bill* de la Cámara o retirarse él mismo de la gestión de los negocios públicos.

Mientras el Gabinete británico se decide por una ú otra cosa retirémonos nosotros del terreno de la política para apuntar dos noticias pertenecientes al círculo de las artes y la literatura.

La Real Academia de San Fernando ha nombrado su socio correspondiente al ilustrado canónigo lectoral de la catedral de Córdoba señor don Vicente Cándido López. Cuantos se interesen algo por el esplendor de las artes españolas y vean con gusto difundirse en todas las clases sociales el inteligente respeto y la piadosa veneración hacia los monumentos que nos han dejado otros siglos como testimonio de su grandeza, no podrán menos de aplaudir elección tan acertada. En efecto, el señor don Vicente Cándido López, dando un ejemplo digno de imitarse ha emprendido la restauración de la célebre mezquita cor-

dobesa, hoy convertida en templo cristiano con un acierto y una inteligencia dignos de los mayores elogios. Merced a su ilustrada iniciativa y a su actividad incansable, los entusiastas de la arquitectura árabe podrán admirar en toda su pureza y esplendor una de sus más hermosas muestras en un templo que la ignorancia y la incuria habían afeado y deslucido hasta el punto de ser objeto constante de crítica y desdoro para nuestro país, del cual daba malísima idea a los extranjeros que de continuo lo visitan.

Así como la Academia de San Fernando se ha reunido para acordar esta acertada muestra de distinción a una persona que por tantos títulos la merece, la Sociedad de bibliófilos ha celeprado una importante sesión en la Biblioteca Nacional, bajo la presidencia del señor don Cayetano Rosell, en la cual se ha decidido dar a luz la colección completa de las obras del inmortal poeta de las flores y las ruinas, del clásico Roja. Esta colección, en la cual habrán de comprenderse todas sus producciones, así las publicadas como las que aún se conservan inéditas, ha de contribuir a hacer más popular el nombre del ilustre poeta sevillano, prestando al mismo tiempo un verdadero servicio a las letras castellanas y a los

muchos admiradores de tan celebrado autor.

Para terminar nuestra tarea diríamos algunas palabras acerca de los teatros si en la última semana las fiestas religiosas no hubieran reducido a cero las novedades de este género. Afortunadamente proyectos para el porvenir no faltan y en las revistas próximas podremos desquitarnos.

En dos sucesos culminantes se ha fijado la atención pública durante la última semana. La dimisión de Ríos Rosas y el combate de algunos de nuestros buques del Pacífico con los de la escuadra aliada de Chile y el Perú.

El primero de estos acontecimientos, aunque lenta y trabajosamente, ha llegado al fin a su desenlace, y los comentadores de oficio han dicho sobre él su última palabra. Acerca de las noticias recibidas del teatro de la guerra, se han emitido muchos pareceres contradictorios hasta tanto que los partes oficiales del jefe de las fuerzas españolas han hecho luz en el asunto.

El encuentro, objeto de tan diversas opiniones, parece que tuvo lugar del siguiente modo: Las fragatas *Blanca* y *Villa de Madrid*, mandadas por los capitanes de navío señores Topete y Alvar González se destacaron de la escuadra en busca de víveres. Con este ob-

jeto, tocaron en algunos puntos donde esperaban encontrarlos en abundancia. De vuelta de su expedición, y después de haberse aprovisionado, tuvieron aviso los capitanes de ambos buques de que la mayor parte de las escuadras chilena y peruana se hallaba en uno de los puertos de Chile, a donde se habían refugiado para ponerse al abrigo del ataque de nuestras fuerzas. Efectivamente, poniendo el rumbo al sitio que les habían indicado, hallaron en el puerto de Abatao a la fragata *Apurimac,* de cuarenta cañones; las corbetas *Unión* y *América,* de diez y seis; la *Covadonga,* de tres, y varios vapores y lanchas cañoneras. Estas fuerzas, protegidas por los bajos y escollos peligrosísimos que rodean el lugar en que estaban fondeadas, y por dos fuertes, en los cuales se habían artillado los cañones de la *Amazonas* y del *Tumbez,* presentaban un aspecto formidable. La *Blanca* y la *Villa de Madrid,* cuyos jefes han tenido ya lugar de distinguirse en otras ocasiones, y que en ésta han dado una nueva y brillante muestra de su decisión y energía, no dudaron un instante en empeñar la lucha. Despreciando el fuego, bastante vivo al comenzar el combate, se aproximaron cuanto les fué posible a la escuadra contraria, y asestándole

sus cañones después de tres o cuatro horas de una empeñadísima lucha, teniendo que sufrir las andanadas de los fuertes que cruzaban sus fuegos a la embocadura del estrecho y de las piezas de los buques chilenos y peruanos, entre las cuales las había de gran calibre, lograron romper la línea enemiga, causándoles considerables destrozos. Terminada la lucha por haber sobrevenido la noche, y por haberse refugiado los buques contrarios al fondo del puerto, inaccesible por los bajos y escollos que le rodean, en los cuales se perdieron no ha mucho el *Amazonas* y un vapor chileno, las fragatas *Blanca* y *Villa de Madrid*, que sólo habían sufrido ligeras averías, viraron de bordo, haciendo rumbo a alta mar.

Tal es, según de la relación de los periódicos extranjeros y de las cartas confidenciales se desprende, la verdad de los sucesos ocurridos. Los partes oficiales de los periódicos de Chile confirman igualmente la exactitud del anterior relato, pues si bien exageran las cosas en su favor, en la frialdad con que están redactados, se conoce a tiro de ballesta que la impresión que el suceso ha producido no es la más satisfactoria.

No obstante el aire de verosimilitud que presta a esta noticia la conformidad de las

diferentes relaciones que de ella se han recibido, el prolongado silencio de la *Gaceta* dió lugar a temores y tristes conjeturas que nosotros creímos siempre destituídos de todo fundamento. Si es verdad que el combate de Chile, a juzgar por lo que de él nos dice la *Gaceta,* no ha sido tan decisivo como fuera de esperar, siempre, por las condiciones desventajosas en que se hallaban nuestros buques, arrostrando a un tiempo el fuego de los contrarios y los peligros que ofrecen aquellas costas, habrá de considerársele como una acción brillante en que los jefes de la *Blanca* y la *Villa de Madrid,* han demostrado el valor y los conocimientos facultativos tradicionales en la marina española.

Posteriormente se ha dicho que el señor Méndez Núñez ha dispuesto que la *Blanca,* la *Resolución* y la *Numancia* se dirijan a Chile para bloquear y destruir los buques que se albergan en el puerto de Abatao, mientras el resto de la escuadra hace rumbo al Callao, donde se encuentran la *Esmeralda* con algunos otros buques peruanos y chilenos.

Si estas disposiciones son ciertas no dudamos que las primeras noticias que se reciban de aquellas remotas playas serán completamente satisfactorias.

No lo son tanto las que se reciben respecto a política extranjera, si hemos de tomar como moneda corriente el entusiasmo bélico de que se manifiestan poseídas las hojas alemanas. Nosotros hemos creído siempre y seguimos creyendo todavía, que las dos grandes potencias de la Confederación Germánica, objeto en la actualidad de la más honda preocupación en los círculos diplomáticos, se limitarán ahora como en otras ocasiones a desahogar su cólera en amenazas. No obstante, esta vez hacen el papel tan a lo vivo que de cuando en cuando aun a los más incrédulos nos asalta la duda, y no podemos menos de preguntarnos: ¿será posible la guerra entre Prusia y Austria? Una vez rotas las hostilidades entre estas dos poderosas naciones, seguramente el Gobierno de Víctor Manuel, empujado por el partido de acción, aprovecharía la coyuntura para distraer la atención de Roma encaminándola al Véneto. Enzarzada Italia, ¿a quién se oculta que Francia se vería arrastrada a mezclarse en el asunto, Y en cuanto a Inglaterra, ¿permanecería cruzada de brazos consintiendo voluntariamente en anularse a los ojos de Europa, ella que en otros tiempos ha llevado la batuta en el concierto de los intereses del mundo?

Al aceptar por un momento la posibilidad de esa guerra, la imaginación recorre rápidamente la línea de graves e inevitables conflictos y choques que serían su consecuencia, y el temor y la inquietud se apoderan del ánimo. Afortunadamente estas vacilaciones son pasajeras, y pronto volvemos a nuestra antigua opinión, que puede sintetizarse en esta frase, aunque vulpar por extremo gráfica: «No llegará la sangre al río». En efecto, los últimos despachos telegráficos anuncian que Austria ha enviado una nota a su antagonista, asegurándole que por su parte no se turbará la paz, y los Estados secundarios han dicho que entrarán en la lucha para combatir a aquella de las dos potencias de la cual parta la agresión.

Aunque todo ello no obsta para que prosigan los preparativos marciales, se fortifiquen las fronteras y hasta se designen los nombres de los generales que se han de poner a la cabeza de tales y cuales cuerpos de ejército en la campaña, bien podemos apartar la vista tranquilos de este asunto para fijarla en cosas de más entidad para nosotros, primero por tocarnos más de cerca, y segundo porque esperamos que serán más positivas.

Entre ellas debemos hablar en primer tér-

mino de la inauguración de los trabajos para construir el edificio destinado a Biblioteca Nacional y Museo, a los cuales se dará principio muy en breve. Cuando se verifique la ceremonia de colocar la primera piedra, ceremonia que ha de llevarse a efecto con solemnidad desusada, tendremos ocasión de ocuparnos de un proyecto tan importante para el decoro de las letras y las artes españolas, albergadas ambas en la actualidad en edificios insuficientes e indignos de su riqueza y su mérito. Por hoy nos limitaremos a felicitarnos de que, a pesar de las preocupaciones políticas, que suelen distraer más de lo necesario el ánimo de los gobernantes, no se haya puesto en olvido un proyecto que muchos dudaban que llegara a realizarse, y que, aun después de colocada la primera piedra, creemos que acerca de su terminación no faltarán incrédulos que repitan el *ver para creer* de Santo Tomás. ¡Se han colocado en España tantas primeras piedras, que todavía están aguardando la última, que la desconfianza en semejantes cuestiones suele ser compañera inseparable de la prudencia!

Y ahora que de arte nos ocupamos, a propósito del futuro Museo, parécenos igualmente ocasión de escribir algunas líneas acerca

de una exposición especial, para la que el señor ministro de Fomento ha concedido sitio a propósito. Un aficionado a antigüedades, que hace algunos años adquirió la propiedad del palacio fortaleza de Curiel, por compra hecha al señor duque de Osuna, posee varias curiosísimas pinturas en tabla, procedentes de aquella residencia real. Estas tablas, que representan la caza del león, del cocodrilo, del oso, del tigre y del jabalí, con otra porción de asuntos caprichosos y fantásticos, pueden servir de datos inestimables para la historia de la pintura, por remontarse a una grande antigüedad, ofreciendo al mismo tiempo ancho campo al estudio de las costumbres, los trajes y las armas de los siglos a que se refieren sus asuntos.

Los periódicos que se han ocupado de tan precioso hallazgo, hacen votos por que el Museo Nacional adquiera estas obras de arte. Nosotros esperaremos a que su dueño, aprovechando la oferta del marqués de la Vega de Armijo, las exponga en el local que se le ha concedido para este objeto, y después de examinarlas y de dar a nuestros lectores una idea de ellas, uniremos nuestra voz a la de los demás periódicos, para que, si son dignas de estima, no vayan, como tantas otras

han ido a enriquecer los museos de naciones extranjeras.

Por último, y entre las cosas notables de la pasada semana, hemos podido gozar del espectáculo de un eclipse total y visible de luna.—Un eclipse de luna dirán nuestros lectores no es cosa nueva ni que merezca llamar seriamente la atención de los curiosos. El almanaque viene lleno de anuncios de la misma índole.—Si embargo, al eclipse a que nos referimos han acompañado circunstancias tan extraordinarias, que bien merece el estudio particular con que le han observado los hombres científicos. Merced a la extraña revolución celeste que lo produjo, en el próximo mes pasado ha habido dos lunas llenas y en el presente habrá dos menguantes, cosa que según los cálculos astronómicos no ha sucedido tal vez desde la creación del mundo. Vean, pues, nuestros lectores, si el eclipse traía malicia y si merecía ser visto.

A los que por ignorancia o inadvertencia se les haya pasado la ocasión de observarlo les queda, sin embargo, un consuelo. Dentro de nueve mil y pico de años se repetirá la función, y de aquí a entonces tienen tiempo de sobra para estar prevenidos.

BARÓMETRO de la política llaman algunos a la Bolsa, y nunca más oportunamente que hoy se ha podido aplicar la frase. Ya en alza, ya en baja, ya vacilante, ya firme, sigue todas las oscilaciones de su inseparable compañera, y en este momento, sin duda por imitarla, está, como vulgarmente suele decirse, a *ver venir*.

Las cuestiones políticas, así dentro como fuera de nuestro país, han entrado en un período de expectación fecundo sólo en cálculos y esperanzas. La misión secreta del general Quesada; la expedición del señor Méndez Núñez y el futuro Banco Nacional, son materia más que suficiente para mantener vivos el interés y la ansiedad de los que se ocupan con predilección de estos asuntos. Esperemos a que el tiempo se encargue de resolver los problemas que cada cual plantea a su modo, para consignar su resultado positivo, y

mientras se mantienen en el nebuloso estado en que se encuentran, tratemos de buscar por otra parte asunto a nuestra periódica revista.

De la cuestión alemana, cuyo amenazador horizonte hizo temer por un momento a Europa que iba a estallar la tormenta, tampoco se tienen noticias que se puedan calificar de interesantes. Austria y Prusia han quitado la mano del pomo de sus espadas, llevándola al sombrero para saludarse coordialmente por medio de algunos despachos diplomáticos, y la pompa de jabón se ha deshecho. En los demás países también se mantienen *in statu quo* los asuntos políticos: fuerza será que aprovechemos esta especie de tregua para echar una ojeada sobre algunas cuestiones artísticas y literarias que en la actualidad se agitan entre nosotros.

Entre estas cuestiones, comienza a ser objeto de encontrados pareceres la del local destinado a España en la próxima Exposición Universal de París. Esperamos que en breve, personas ilustradas y competentes en la materia que se debate, favorecerán las columnas de *El Museo* con meditadas observaciones, hijas de un estudio detenido de la cuestión, hecho sobre el mismo terreno; pero

esto no obstará a que, sin entrar en todos sus detalles, digamos hoy algunas palabras acerca de ella. Bien porque la iniciativa oficial no ha sido suficientemente activa y poderosa, bien porque en la masa de nuestros artistas e industriales no ha penetrado lo bastante el convencimiento de su utilidad, es lo cierto que, en las exposiciones anteriores, España ha hecho un papel bastante desairado por no decir ridículo. Si el estado de nuestras artes, nuestra agricultura y nuestra industria fuera tan lastimoso y decadente que hiciera inútiles todos los esfuerzos del país por conservarse a una altura digna, nosotros seríamos los primeros a sentir en silencio, deplorando interiormente las causas de esa triste decadencia, a atenuar en lo posible el efecto producido en Europa por la exhibición de nuestro atraso, y aconsejar, por último, que se renunciase a figurar de ninguna manera al lado de las demás naciones, si no se podía hacer con cierto decoro.

Pero no es así: España, si no en la medida que los países que marchan a la cabeza de la civilización, tiene elementos bastantes para hacer ver que no permanece ajena del todo al movimiento de adelanto del siglo XIX: y su renaciente industria, sus artes, que en

poco tiempo han tomado un vuelo prodigioso, unidas a los productos de su fecundo suelo, pueden figurar dignamente en el concurso universal, modificando la equivocada idea que de nuestro país se tiene en el mundo.

Para conseguir tan satisfactorio resultado, es necesario que, combinándose los esfuerzos particulares con los de la administración, allanen los obstáculos y las preocupaciones de todo género, que muy especialmente se encuentran en un país que aún no ha adquirido la costumbre de vencerlos; es necesario que así en la elección como en la colocación de los objetos suplan el acierto y el buen gusto al número y la calidad; es necesario, en fin, que tratándose si no de competir, de colocarse al lado de naciones que, sobre la ventaja material que nos llevan, hacen un particular estudio del aparato teatral de la exhibición. y saben doblar el efecto de las cosas, colocándolas convenientemente, no vayamos a prescindir de estos requisitos tan importantes, cuando se ha de juzgar por la impresión, presentándonos como suele decirse *a la pata la llana* a formar un contraste lastimoso con las encantadoras coqueterías y las refinaciones de buen gusto de las artes y las industrias extranjeras.

La experiencia adquirida en otras exposiciones nos indujo a creer que algo había de remediarse en la que se prepara.

El movimiento y la animación que se hizo notar cuando se publicó la convocatoria parecía señal evidente de que poco a poco comenzaba a dársele a este asunto toda la importancia que merece; pero a medida que se acerca el plazo vemos ir apareciendo unas tras otras las mismas dificultades y reproducirse idénticas quejas.

La Administración se duele de que los particulares no secunden sus esfuerzos: los particulares, a su vez, dicen que la Administración se encoge de hombros a sus justas exigencias. En tanto el tiempo corre, el término se aproxima y mientras los otros países no descansan un punto en sus trabajos, rivalizando entre sí en actividad y celo, aquí marchan las cosas con una lentitud desesperante. Y no es éste, después de todo el mayor mal, sino que a las causas de desaliento y disgusto enumeradas ha venido a unirse últimamente la desconfianza de que el local que se nos destina sea bastante a satisfacer los deseos de los expositores españoles.

Noticias particulares recibidas de París dan por seguro que nuestra nación, peor repre-

sentada o menos exigente que las otras naciones, sólo ha podido obtener un reducido espacio, en el que apenas cabrían amontonados, como en un almacén, todos los productos y objetos que trata de enviar. Ignoramos hasta qué punto un disculpable sentimiento de amor propio nacional herido por las preferencias y ventajas concedidas a otros países menos importantes podrá haber exagerado el fondo de verdad que hay en el asunto; de todos modos, creemos que el Gobierno español debe gestionar vivamente para que se subsane el daño, pues de no conseguirlo, se justificarían las prevenciones de los que se retraen, se malograrían los esfuerzos de los que tratan de exponer, y el resultado del concurso sería en último término ponernos una vez más en evidencia a los ojos de Europa.

Al mismo tiempo que de este asunto, que como es natural preocupa ahora en primer lugar a los que se encuentran más directamente interesados en él, se vuelve a hablar de la exposición de los objetos traídos por la Comisión científica del Pacífico, como de un acontecimiento próximo a realizarse. Al efecto parece que los trabajos emprendidos en el jardín Botánico, donde ha de tener lugar, marchan rápidamente a su terminación, de modo

que, habiendo llegado ya al puerto de Barcelona setenta y dos cajones que componen la última remesa de los objetos que han de exponerse, el acto de la inauguración podrá celebrarse dentro de los días que restan del mes de abril.

Antes que los jardines del Botánico abran sus puertas a los inteligentes y curiosos atraídos por el interés de actualidad que inspira una exposición que parece que en cierto modo se relaciona con la guerra que España sostiene en estos momentos en América, habrán dejado de estar expuestas al público las interesantes tablas que, según dijimos en nuestra revista llamaban mucho la atención de los arqueólogos y aficionados a este género de antigüedades.

Las pinturas de estas tablas, que ya hemos tenido ocasión de examinar, son, según presumíamos, más dignas de estima como documento curioso para la historia del arte, que obras de mérito positivo. Las muestras del periódo a que pertenecen no son, sin embargo únicas, ni tan raras que antes de ahora no pudieran haberse estudiado. En Toledo, y en el friso del artesonado de estilo muzárabe de una de sus parroquias, hemos visto tableros con una ornamentación muy semejante

en la forma, y realzada asimismo con imágenes de caballeros y animales fantásticos, toscamente diseñadas con una línea obscura sobre los vivos colores del fondo. Si, como nosotros creemos conveniente, al Museo Nacional de pinturas se le imprime un carácter histórico, procurando reunir los bastantes cuadros españoles para dar una idea exacta de los principios, la marcha, el desenvolvimiento y las intermitencias de postración del arte en nuestro país, la adquisición de las tablas del castillo de Curiel, como recuerdo histórico y como página interesante de la época en que la pintura comenzaba tímidamente a ensayar sus primeros pasos, contribuyendo a la ornamentación de los artesonados del palacio, de los muros del templo y de las márgenes del libro, nos parece que sería de grande utilidad y verdadero interés.

En el momento en que el agio toma por su cuenta un asunto político, ya puede decirse que hay tela cortada. Poco importa que las hojas oficiales y los documentos diplomáticos se esfuercen por hacer la luz sobre el negocio, presentándolo bajo su verdadero punto de vista; los especuladores del miedo, cuya imaginación supera en fecundidad e invectiva a la de los novelistas más famosos, forjan a cada paso una nueva fábula, y, trasformando lo posible en probable, y lo probable en cierto, cuando ven que una cuestión explotable languidece y concluye la toman por su cuenta, y, aderezándola a su capricho, cada día la hacen aparecer bajo una nueva forma; cada día, por decirlo así, nos la sirven en diversa salsa.

Algo que se relacionase con las breves reflexiones que dejamos apuntadas podríamos decir respecto a lo que sucede en la actuali-

dad entre nosotros; pero como al revés de lo que aconseja el refrán, debemos ocuparnos más bien de la casa del vecino que de la propia, aplicaremos la observación a la política extranjera en general, y particularmente a la cuestión alemana ayer concluída, según el criterio de los periódicos y los personajes mejor informados, y hoy vuelta a sacar a la arena de la pública discusión bajo una forma inesperada, merced a los que tienen interés en que se prolongue por un tiempo indefinido. En una de nuestras revistas anteriores nos ocupamos de las notas cambiadas entre los Gabinetes de Viena y Berlín, en virtud de las cuales Austria y Prusia, que por un momento amenazaron envolver a Europa en una guerra terrible, después de darse todo género de satisfacciones aparecían completamente de acuerdo para remitir a la Dieta la decisión de sus diferencias y el arreglo de sus encontrados intereses.

Mientras duró el estado de tirantez entre las dos grandes potencias alemanas la Bolsa seguía todas las oscilaciones, ya favorables a la paz, ya precursoras de la guerra, significándose este movimiento de un modo más o menos sensible, según las relaciones financieras de cada país con los que iban a entrar en

la lucha. A río revuelto, ganancia de pescadores, dice el adagio. A bolsa vacilante, provecho de agiotistas, podemos repetir nosotros, y sólo así tendremos la explicación de la avidez con que todas las noticias referentes al asunto eran discutidas, comentadas y aun adornadas y corregidas entre los hombres de negocio. Arreglada la cuestión, cesaban las ocasiones de jugar con ventaja, y esto precisamente era lo que había sucedido. Pero he aquí que de la noche a la mañana se presenta bajo un punto de vista al mismo tiempo más temible y más probable. Según las afirmaciones de un periódico belga que se adelanta hasta a publicar el texto, Prusia e Italia acaban de celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Mr. de Bismark ayudará al Gabinete de Víctor Manuel a apoderarse del Veneto, y el rey Galantuomo, en cambio, prestará a Prusia su cooperación para realizar los planes de unidad alemana en provecho exclusivo del Gabinete de Berlín. La cosa es grave. Por fortuna para responder de la veracidad de esta trascendental negociación no se tienen más datos que un tratado *secreto*, que a los cuatro días de celebrarse un periódico belga comunica, *en secreto* también, a todos los círculos políticos de Europa. La noticia

pues, no ha surtido todo el efecto que debiera, si exceptuamos el punto en que tal vez se tenía más interés de que lo surtiese. El dinero es medroso y de su miedo nace la credulidad. Los valores públicos han oscilado, pronunciándose por un momento en baja en casi todas las Bolsas europeas y a estas horas estará ya dado el golpe. Cumplida su misión, la pavorosa noticia se desvanecerá como el humo, la esperanza y la paz volverá a renacer y hasta otra. Esta es la historia eterna, de la cual cada día aparece una edición, y que el vulgo nunca acaba de aprender de memoria.

Respecto a nuestros asuntos de Chile y el Perú, tampoco han faltado nuevas inverosímiles durante la semana; pero en esta cuestión la experiencia parece que nos ha prevenido un poco, y los inventores, desconcertados con algunos chascos, se limitan a cálculos y conjeturas. No por eso faltan quienes afectan saber mejor acaso que el mismo general Quesada el qué y el cómo de su misión, relatando punto por punto sus instrucciones secretas, como si el Gobierno antes de ponerlas en manos del jefe de marina hubiese tenido la amabilidad de dárselas a leer a media docena de curiosos.

Lo cierto del caso es que, aunque algo se

presume, nada se sabe, y si bien en uno de los correos próximos esperamos detalles del recibimiento que han hecho al *Huascar* y la *Independencia* los buques de nuestra escuadra que se habrán adelantado costesmente a darles bienvenida, y acaso se confirme también el brillante resultado de la expedición del señor Méndez Núñez a Chile, hasta que llegue la época sólo podemos confirmar las noticias que hacían subir a dos el número de buques inutilizados a los enemigos en el último combate, y que pintan con los colores más sombríos la situación financiera de Chile y el estado de sus plazas comerciales.

La política, pues, como ven nuestros lectores, sigue ofreciendo muy reducido campo a los que para apreciar su curso desean partir de bases seguras, o lo que es lo mismo, de noticias ciertas. Trasladándonos a otro terreno, se encuentran más fácilmente asuntos de qué ocuparnos.

La preciosa comedia de costumbres del señor Rubí, de cuyo estreno hicimos mérito en el número próximo pasado al ofrecer a nuestros suscriptores el retrato del autor, sigue llamando la atención del público, que todas las noches acude al afortunado coliseo de la plaza del Rey, al mismo tiempo que merece

las más lisonjeras apreciaciones por parte de los críticos que hasta ahora se han ocupado de ella.

El reducido espacio de que podemos disponer en una revista consagrada a tantos y tan diferentes asuntos, no nos permite hablar de esta notable producción con el detenimiento que reclama. No obstante, debemos consignar que, así por lo profundo del pensamiento del señor Rubí, que ha encontrado una fórmula sencilla para encarnarle, como por las bellezas literarias en que abunda, merece los unánimes aplausos que el público y la Prensa le tributan. ¡La sociedad marcha por un camino extraviado! He aquí el grito angustioso de los escritores moralistas en el libro y en la escena. Cada cual busca por su lado un vicio que estigmatizar, una costumbre perniciosa que corregir, una pasión poco noble que poner de relieve, una hipocresía a que arrancarle la careta. En la resolución del problema social que tenemos ante los ojos, la mayor parte se han limitado a atacar aisladamente algunos de los efectos, buscando el origen propio de la enfermedad especialísima que se proponían combatir en lo que más directamente tiene relación con ella.

El señor Rubí, buscando el principio mor-

boso generador de tantos males, el germen primero y único que luego se desarrolla tomando formas tan diferentes, ha encontrado el verdadero punto vulnerable de la cuestión. *La familia,* el hogar doméstico es el núcleo de la sociedad, de la gran familia humana; del hogar doméstico irradian a fuera todas las virtudes o los vicios, cuyos gérmenes se pueden extirpar o fecundar más fácilmente en el primer período de su desarrollo. En la comedia del señor Rubí, sencilla en la forma, pero profunda en la idea, se aborda y se resuelve esta inmensa cuestión. La verdad de los caracteres de sus personajes es tal, y tan acabado el estudio que de la escena hace el autor, que a todos nos parece conocerlos, que no hay apenas una idea iniciada en el discurso de la obra, que si no tan brillante y con una fórmula tan bella, no nos haya asaltado alguna vez la imaginación. La comedia del señor Rubí realiza el ideal del género.

Es propiamente un espejo en el que se refleja el interior de una familia, cuyas buenas y malas cualidades son harto comunes. Al público le basta ver aquella fiel imagen para reconocerse.

El legítimo triunfo del autor de esta nueva comedia ha venido a hacer patente una vez

más que tenemos autores dramáticos dignos sucesores de los que en otras épocas dieron tantos días de gloria al famoso teatro español. Faltános, sin embargo, elementos materiales para que la escena de nuestro país se coloque a la altura que le corresponde.

Entre estos elementos es uno, sin duda, la construcción de un edificio digno de albergar la musa dramática española. Los que la rinden culto se muestran estos días muy animados con el proyecto de un teatro nacional, que ha de levantarse en breve merced al esfuerzo de algunos particulares. La incansable y poderosa iniciativa de don Eduardo Asquerino ha vuelto a agitar este asunto. Son tantos los obstáculos que se oponen a una empresa de tanta magnitud, que no podemos menos de temer que en ésta, como en las anteriores tentativas, el proyecto de teatro Nacional no pase de la esfera de la ilusión. Sin embargo, hoy que todo se fía en el asunto al interés individual, acaso tenga mejor fin que cuando se apoyan en esas protecciones oficiales que todo lo entorpecen y esterilizan.

Como objeto de especulación, que no por eso dejaría de prestar un gran servicio al arte, posible será, pues, que el teatro Nacio-

nal llegue a construirse; pero aun después de construido, y contando con obras de verdadero mérito, queda un problema por resolver: ¿Y los actores?

Mientras éste y otros proyectos que han de dar mayor importancia a la escena dramática se realizan, la música, que de día en día cuenta con más numerosos adeptos, adelanta a grandes pasos en el camino del favor para con el público de la corte. Verdad es que con maestros tan inteligentes y activos como el señor Barbieri, y profesores tan admirables como los que secundan sus esfuerzos no es difícil propagar la afición por tan divino arte.

Sea cuestión de lujo o de moda, el espectáculo lírico ha echado tan profundas raíces entre nosotros, que su mantenimiento es al presente una necesidad artística de primer orden. Gracias a la influencia de la ópera italiana, el oído del público se ha educado poco a poco, preparándose su inteligencia a entrar de lleno en el dominio de la música sabia y profunda de los grandes maestros clásicos. Algunas fiestas musicales del Conservatorio y la sociedad de cuartetos, en sus deliciosas sesiones filarmónicas, iban preparando la

transición en un círculo privilegiado. Faltaba sólo dar un carácter más popular a estos conciertos, y he aquí lo que ha logrado el señor Barbieri en los que ha ofrecido en el Circo del Príncipe Alfonso.

SEGUN anunciamos, la ceremonia para colocar la primera piedra del edificio destinado a Biblioteca y Museos Nacionales se ha llevado a efecto con la brillantez y la animación que hacía presumir el general deseo de que se realizase pronto y de una manera digna un acto de tanta importancia para las artes y las letras españolas. En otro lugar de nuestro periódico. y acompañando al dibujo que la representa con todos sus detalles, damos noticias más circunstanciadas de esta ceremonia, que ha dejado un grato recuerdo en el ánimo de la multitud de personas notables en los círculos políticos, artísticos y literarios de la corte que acudieron a presenciarla.

Debiendo ocuparnos en la revista de otros asuntos, nos limitaremos a consignar aquí la satisfacción que este suceso ha producido en cuantos se interesan por los adelantos y las mejoras de nuestro país, en el cual. aunque

luchando siempre con obstáculos difíciles de vencer, el espíritu de progreso ni se desanima ni se detiene, y, si bien con lentitud en algunas ocasiones, sigue invariable el camino que ha de llevarnos a estado más próspero.

En medio de las preocupaciones políticas de cada vez más hondas, cuando las cuestiones de Hacienda comunmente circunscritas en la esfera de los grandes intereses son objeto hoy de la atención de todo el país, que aguarda verlas resueltas en una ansiosa espectativa, es verdaderamente maravilloso que no se apague el entusiasmo y la fe de los que esperan un porvenir más risueño y bonancible, y que no se echen al olvido los proyectos de reformas y mejoras cuya necesidad es tan generalmente sentida. Por más que la situación que atravesamos deba calificarse de difícil, naciones como la nuestra hallan en las mismas contrariedades motivo de redoblar sus esfuerzos y desplegar nueva energía, siendo a veces los obstáculos que detienen su marcha causas providenciales que las impulsan a persistir en la demanda con más ardientes bríos.

Al mismo tiempo que se colocaba la primera piedra del edificio que ha de prestar decoroso albergue a las letras y las artes es-

pañolas, ha vuelto a hablarse de la construcción del nuevo teatro donde los escritores dramáticos encontrarán escena digna de sus producciones. Y no son estos proyectos los únicos de que en la actualidad se ocupan la Prensa y las personas más directamente interesadas en llevarlos a cabo. También se trata de abordar una de las reformas que más han de contribuir a dar a la capital de España el aspecto de cultura y adelanto propio de una población moderna e importante. La construcción de un camposanto digno de Madrid, a que aludimos en las anteriores líneas, es, sin duda, una de las necesidades que más se sienten.

Después de haber visto los modelos de este género que ofrecen las demás capitales de Europa, en los cuales se esfuerza el arte, ayudado de la naturaleza, para realizar el ideal de esa última morada del hombre, llena de majestad imponente o de melancólica hermosura, causa verdadero disgusto traer a la memoria nuestros prosaicos y repugnantes cementerios, donde se empaquetan los cadáveres en nichos que recuerdan los cajones numerados del estante de una droguería.

Bueno es que, una vez puesta la primera piedra del cimiento, se prosiga con actividad la obra del magnífico edificio destinado a las

artes; bueno que se piense en la construcción de un nuevo teatro; que se trate del trazado de nuevos jardines del mejoramiento de ciertas localidades, hasta de levantar una nueva plaza de toros; pero, al mismo tiempo, no debe olvidarse que el planteamiento de un camposanto, sujeto a las condiciones artísticas e higiénicas puestas en práctica en otros grandes centros, o la reforma radical de los que hoy existen; es una de las obras que Madrid reclama con mayor urgencia, por ser el asunto en que se interesan el decoro de toda la población y el sentimiento particular de cada uno de sus habitantes.

Como es natural, mientras se han agitado estas cuestiones y proyectos la política ha permanecido estacionada, o más bien dicho, porque la política no ha ofrecido novedad alguna, estos proyectos han llegado a preocupar y a servir de tema a las conversaciones. La cuestión de Chile sigue en el mismo estado en que la dejamos en nuestra anterior revista. Las últimas noticias del Pacífico han dejado al público en esa ansiedad que deja el capítulo de un folletín interesante cuando se lee al pie: *la continuación en el próximo número*. De la exactitud con que se ha contado el desenlace de la expedición del brigadier

Méndez Núñez, del cual hubo algunas vagas noticias, y del resultado de la empresa confiada a la pericia y discreción del general Quesada debemos igualmente decir a nuestros lectores: *la continuación al próximo correo.*

En cambio, el telégrafo y las correspondencias extranjeras han traído la noticia primero, y algunos detalles después, del atentado contra la vida del emperador de Rusia. La persona que se arrojó a un acto tan atrevido se cree que no estaba en el cabal uso de sus facultades. Es un propietario a quien el decreto de emancipación de los siervos había traído pérdidas bastante considerables. Para consumar el crimen se aproximó al carruaje del emperador, y cuando le tuvo a tres pasos de distancia le hizo fuego con un revólver. Sin duda hubiera conseguido su objeto, si un agente de Policía que se encontraba inmediato no se hubiese arrojado sobre el culpable, sujetándole el brazo, y desviando por consiguiente, la dirección de la bala, que fué a clavarse en una pared próxima. Este suceso de que en la actualidad se ocupan todas las publicaciones extranjeras ha dado lugar a que algunas se detengan en los comentarios de un contraste que desde luego salta a la vista. Dos actos señalan, por decirlo así, el

reinado del actual emperador de Rusia. La durísima y cruel represión de Polonia y el decreto de emancipación de los siervos. El primero execrado por toda la Europa ha valido al emperador las más ardientes ovaciones de sus súbditos; el segundo, que no pudieron menos de aplaudir todos los países civilizados, le ha puesto a dos dedos de perecer a mano de uno de sus compatriotas. Indudablemente la Rusia no puede aún juzgarse con el criterio de las demás naciones.

Fuera de este suceso dramático, pero completamente ajeno a la política, poco o nada sabemos del exterior digno de ser referido. Como presumíamos en el tira y afloja de la cuestión alemana volvemos a encontrarnos en un período de esperanza en la paz: mañana seguramente tornarán a reaparecer los rumores de guerra, y así seguirá prolongándose el juego hasta que los que la siguen atentamente se aburran de una cuestión que se presenta con tantos ribetes de farsa.

En París, desde luego, cada vez hacen menos efecto las contradictorias noticias que cada día se reciben de Austria y Prusia, y en la actualidad todo el interés se concentra en los preparativos de la Exposición y en las acaloradas polémicas que suscita el nuevo li-

bro de Renan *La vida de los apóstoles.* En general la crítica encuentra la segunda parte de la obra del profesor de hebreo muy inferior en todos conceptos a la primera. Siempre se dudó que en *La vida de Jesús* hubiese completa buena fe por parte del autor; pero en la de los apóstoles es indudable que sólo se ha tratado de explotar el negocio editorial que resulta del ruido y del escándalo que producen ciertas arriesgadas teorías. Cualquiera que fuese el objeto que con ella se propuso Renan, *La vida de Jesús* se había hecho con más estudio; para producirla se había trabajado seriamente. La última producción es la segunda parte obligada de todas las obras que hacen fortuna y que, por lo tanto, le coge de medio a medio el dicho de Cervantes de que nunca segundas partes fueron buenas.

Entre nosotros no tardará mucho en agitarse la cuestión de este libro, pues los campeones de la Iglesia, así en Francia como en casi todos los países católicos, se disponen a librar una segunda batalla contra las teorías del ya famoso profesor de hebreo.

Entretanto aquí los círculos literarios sólo se ocupan de la nueva obra del señor Larra, titulada *En brazos de la muerte,* que tan li-

sonjera acogida ha merecido del inteligente y numeroso público que frecuenta el teatro del Príncipe.

El drama del señor Larra, en cuya ejecución se han distinguido Teodora Lamadrid y Valero, está lleno de escenas interesantes y de rasgos de sentimiento que justifican los calurosos aplausos con que el público premia todas las noches a su autor, llamándole repetidas veces a la escena.

De la crítica fría y severa del drama resultan algunas flaquezas de la fábula y falta de verdad en ciertos caracteres; pero el todo se encuentra revestido de una forma literaria tan poco vulgar y se trasluce en el discurso de la obra un conocimiento de los recursos de la escena, que no dudamos en colocarla al lado de las más populares que han brotado de la misma pluma a que se debe *La oración de la tarde* y otras no menos bellas producciones de nuestro teatro moderno.

PARA los poetas, la primavera es la estación de las flores y del amor: es la *gioventù de l'anno* si hemos de creer al Dante. El cielo se viste de azul, la tierra se cubre de verdura, el aire se llena de armonías, la cabeza de sueños, el corazón de deseos sin nombre: *Da sospiros la duegna que non ha esposo,* como observa Berceo. Todo germina, brota y se desenvuelve. Todo revela que la vitalidad toca de nuevo al misterioso punto del círculo en que gira renovando al pasar por él sus inagotables fuerzas. Esto era antiguamente, pero los modernos, como el protagonista de *El médico a palos,* «hemos arreglado las cosas de otro modo». Para los jugadores de Bolsa, para los augures del siglo XIX, la primavera es la época de las grandes combinaciones políticas, de las guerras y los cataclismos, la época, en fin, en que los geógrafos coronados rectifican el *mapa-mundi* con la punta de su

espada señalando con sangre a falta de otra pintura mejor la línea de los nuevos límites. Todo lo que la diplomocia incuba en el fondo de sus notas reservadas durante el invierno, germina, brota y florece al dulce influjo de los rayos de sol primaverales. No siempre la flor da fruto. No todo lo que se proyecta se realiza. Sin embargo, el almanaque político, sin temor de equivocarse puede dar de antemano para esta estación *nubes obscuras, aires de tempestad, aparato de tormenta.*

La primavera del 66 no había de ser menos que sus predecesoras, y al efecto nos ha dado el anual contingente de novedades con un serio conflicto en perspectiva. El prólogo de la función ha corrido de cuenta de las dos grandes potencias alemanas. El diálogo de Austria y Prusia comenzaba a hacerse pesado y a perder parte del interés; mas he aquí que con la Italia sale un nuevo personaje a la escena y asunto se complica. viniendo como de molde aquello del marqués de Caravaca:

«Es de enredo el argumento;
un embrollo de otro nace.»

El prólogo, pues, ha concluído. Comienza el

primer acto, sale Victor Manuel con luces de bengala y dice:

Ya sabréis, vasallos míos,
que habrá tres años y medio
que a pesar del Cuadrilátero
le hago el amor al Veneto, etc.

He aquí en resumen lo que viene a significar la escena representada por Italia; he aquí en compendio la noticia que al comenzar la semana última ha caído de las nubes como una bomba en medio de los círculos políticos, produciendo la estupefacción de los diplomáticos en agraz y una baja en los fondos públicos que juntarán la cabeza con los pies a más de un jugador optimista.

El caso no es para menos. El telégrafo al comunicar la nueva no se anduvo en perfiles. Nos acostamos tan tranquilos la víspera de la explosión, y al amanecer nos encontramos con esta friolera:

«Italia ha puesto en pie de guerra su ejército. Lamármora abandona el Poder a Ricasoli. Se ha llamado a Garibaldi, que acaso está ya en Florencia. Austria, por su parte, ha interrumpido el servicio de los caminos de hierro para el público, utilizándolos en el

transporte de materiales con destino a la campaña. Por lo pronto, ha concentrado en el Cuadrilátero 200.000 hombres.»

Los desconfiados se restregaban los ojos y volvían a leer el telegrama, creyendo que no lo habían entendido bien. Los crédulos, aguzando el oído y poniendo atención hacia la parte de Italia, pensaban oir el rumor del primer cañonazo disparado en la frontera de Lombardía. Unos y otros fijaron después la vista alternativamente en Prusia, Inglaterra y Francia.

Bismark se restregaba las manos de gusto y se daba palmadas en la frente repitiendo con Fígaro: *¡Che invenzione! ¡Che invenzione!*, mientras John Bull, aun no repuesto del chasco del bill reformador, miraba de reojo hacia las Tullerías, donde el águila imperial silbaba con cierto retintín y mejor que lo pudiera hacer un mirlo, el famoso aire:

No: no tendrás
nuestro Rhin alemán.

El conjunto ofrecía un verdadero *tableau*.

A juzgar por los preparativos, era de temer que después de una acción complicada al llegar el desenlace cada cual tiraría de un

girón del remendado imperio austriaco, cumpliéndose el refrán «el que de ajeno se viste...»

Por fortuna, en esta como en casi todas las ocasiones semejantes, la concisión *sui generis* del lenguaje telegráfico, omitiendo ciertas medias tintas que quitan la crudeza al color de los asuntos, hizo que la noticia pareciese más precisa y rotunda de lo que en realidad son los sucesos.

Pasado el primer repente, se ha ido diciendo que Lamármora no deja la presidencia del Consejo de ministros, que Garibaldi permanece en Caprera, que el Austria, en fin, no se decide a tomar la iniciativa, rompiendo las hostilidades, hostilidades que Italia por su parte duda asimismo en iniciar.

La obscura nube que cubrió el horizonte en Europa, se ha rasgado por algunos puntos, dejando ver a retazos el azul del cielo. ¿Pasará la tempestad de largo? ¡Quién sabe! Estas tormentas de verano son tan caprichosas. No obstante, debemos decir que si bien las primeras noticias han sido evidentemente exageradas, pues la cuestión se encuentra aún en el período de los armamentos y revistas, los planes y los cálculos, las impaciencias y las precauciones, no sería extraño que al fin

se formalizase, y una vez producida la primera chispa, el incendio se hiciese general a Europa. ¿Hasta qué punto pudieran envolvernos las eventualidades de una guerra de tanta importancia? He aquí una nueva cuestión nada fácil de resolver, pero en la que no entraremos estando como estamos en la creencia de que aún no es hora. Lo repetimos, el negocio está en flor todavía, acaso el sol de los primeros meses de estío madure el fruto; de aquí allá tiempo tenemos de ocuparnos de cosas más positivas y que nos atañen más de cerca.

Con las noticias de Chile, esta vez al menos, ha sucedido la contrario de lo que acontece con las de Italia. Las últimas a medida que se completan van decreciendo en interés, las primeras según llegan con más detalles adquieren mayor importancia. La segunda expedición de nuestros buques al puerto de Abatao tenía al país pendiente del desenvolvimiento de los sucesos de aquella lejana guerra. Tratábase de dar un golpe decisivo, tratábase de coronar dignamente la obra comenzada por los bravos marinos Topete y Alvar Gonzalo. Ya desde hace algunos días circulaban rumores vagos respecto al desenlace de este segundo episodio, rumores que hicieron nacer más de una lisonjera esperanza, que,

contra lo ordinario, se han visto superadas por la realidad.

En efecto: los jefes de las fragatas *Numancia* y *Resolución,* a los cuales estaba encomendada la honrosa tarea de acabar de lavar por completo hasta el más leve vestigio del ultraje inferido a nuestra bandera con el apresamiento de la *Covadonga,* han cumplido como buenos, añadiendo una nueva página de gloria a los brillantes anales de nuestra marina. Los restos de la escuadra chileno-peruana, que inútilmente habían buscado un refugio entre los bajíos y escollos de Abatao, han sido destruídos por los proyectiles de nuestros cañones: de los buques de que se componía, unos fueron echados a pique, otros constituyen la presa de guerra que como señal de triunfo han sacado la *Numancia* y la *Resolución* de las aguas de Chiloe.

El suceso, como es fácil de presumir, ha causado el mayor desaliento en las repúblicas enemigas. Hay desastres que toda la retórica oficial no basta a disfrazar a los ojos de los que sienten sus efectos. Otro incidente glorioso para nuestras armas ha venido a colmar la medida del abatimiento, aun entre los más exaltados partidarios de la guerra en Chile y el Perú.

Al regresar las fragatas españolas de su expedición, han apresado un buque de vapor, y con él, a más de los tripulantes, jefes y marinería, la no despreciable cantidad de seis o siete millones de reales. Ya hay para echar un remiendo, a costa del enemigo, a aquellos de nuestros barcos que hayan sufrido averías en la refriega. La veleta de la fortuna se ha vuelto del lado favorable a nuestras armas, y según la ya conocida frase, todo es empezar. Por lo pronto, el brigadier Méndez Núñez ha propuesto el canje de sus prisioneros de guerra por los de la *Covadonga*, amenazando si nuestros adversarios se niegan a él con bombardear a Valparaíso.

De las dos acciones en que estaba dividido el interés de la guerra para el público, una es ya conocida, la otra permanece aún oculta entre las sombras del misterio. Ya sabemos lo que han hecho las fuerzas al mando del brigadier Méndez Núñez. Resta una incógnita por despejar. ¿Qué es del general Quesada? Noticias recibidas de Río Janeiro anuncian que las fragatas *Huascar* e *Independencia* han tocado en las costas del Brasil, con dirección a Chile. Se había dicho que la misión secreta del general Quesada era salirles al encuentro antes de llegar a donde se en-

cuentran. Nosotros dudamos siempre que fuera esta precisamente la misión de nuestro entendido general de marina. ¿Si era secreta la misión cómo la habíamos de saber todo el mundo? El tiempo ha venido a justificar nuestras presunciones. Esperemos, pues, tranquilos el resultado de esta segunda parte, que como suele decirse, y aquí viene de molde, lo que fuere sonará.

Entretanto el aura de gloria que nos ha venido como un soplo vivificador de *allende el mar,* llega a propósito en la época en que el pueblo de Madrid conmemora el nombre de aquellos de sus heroicos hijos que fueron los primeros en derramar su sangre por la independencia de la patria. El Dos de Mayo ha sido fuente copiosa de sentimiento y de elocuencia. Como origen de sentimiento, permanece aún y seguirá siendo inagotable; como tema de hermosas frases, nuestros más respetados oradores, nuestros más inspirados poetas la han agotado. Antes de profanar tan augusto día con un ditirambo de troquel, nos limitaremos, pues, a sentir en silencio, que cuando todo se ha dicho, es sin duda alguna el discurso más elocuente. ¡El Dos de Mayo! ¿Por ventura, esta fecha no es por sí sola un himno? ¿A qué añadirle una sola palabra?

RARA vez a una semana, llena de acontecimientos notables, como la última, sucede otra igualmente fecunda en novedades y noticias de interés. Ahora, sin embargo, la regla ha tenido una excepción. Desde que el telégrafo dió la voz de alarma y la atención de las potencias europeas se reconcentró en el punto en que amenazaba estallar la tempestad, los alambres eléctricos prosiguen funcionando noche y día trayéndonos incesantemente nuevas a cual más extraordinarias e imprevistas. Las que se refieren al atentado contra la vida de Mr. de Bismark, son sin duda alguna las que más vivamente han llamado la atención del público. Hay momentos en la historia de los pueblos en que todo pende de la vida de un hombre. Mr. de Bismark, en quien la tenacidad suple al genio, ha logrado colocarse en esa situación. Su muerte hubiera indudablemente trastornado los pla-

nes políticos que vienen preparando desde algún tiempo atrás varias de las más importantes naciones y de las cuales es el alma y la vida el sagaz presidente del Gabinete prusiano. El revólver de un fanático ha estado a punto de romper de un balazo el nudo gordiano de la cuestión europea que toda la diplomacia del mundo no ha sido suficiente a desatar.

Verdaderamente parece que no vale la pena de estarse combinando meses y meses un plan gigantesco, de secarse la inteligencia y agotar todos los recursos de la astucia y el cálculo planteando un negocio, del cual lleva un quidan la resolución en el bolsillo. Por fortuna, y decimos por fortuna porque condenamos enérgicamente estos atentados, vengan de donde vinieren y cualquiera que sea la causa a que sus autores pretendan servir, de los cuatro disparos que ha sufrido Mr. de Bismark sólo uno le ha tocado, e hiriéndole tan levemente, que tuvo ánimo y fuerzas bastantes para apoderarse por su mano del asesino. La noticia del suceso, comunicada rápidamente por todos los círculos políticos, produjo la estupefacción y la alarma naturales. Nadie esperaba ni temía que un hecho de esta naturaleza viniese a trastornar el orden previsto

de los negocios, desviando y torciendo su curso. No obstante, pasado el susto, las cosas han vuelto a su primitivo sér y estado.

Otra de las noticias que también puede clasificarse entre las de mayor importancia, no tanto por lo que es en sí como por la significación que tiene, es la respuesta del Gabinete de Viena a las notas de Prusia e Italia. Austria indudablemente ha deseado evitar el conflicto en que se encuentra; su política y sus intereses se lo aconsejaban a una. A este fin ha conspirado por todos los medios posibles; sin embargo, ahora al proponerle las condiciones con que los Gobiernos de Berlín y Florencia procederían al desarme, las rechaza con altivez y se dispone a la guerra. Seguramente ha conocido que la cuestión no tiene arreglo probable, y como Francisco I en Pavía, quiere salvar el honor aunque lo pierda todo. Al conocerse la contestación de Austria, se ha hecho tan evidente la inminencia de la guerra, que no han faltado noticieros que anuncien la ruptura de las hostilidades por parte de los italianos. Otros han dicho que el ataque ha partido de las fuerzas austriacas. La verdad es que hasta el momento no hay noticias positivas ni en uno ni en otro sentido, y si bien es un hecho apresurado la or-

ganización de los voluntarios en Italia, el nombramiento de los generales que han de mandar las divisiones de Prusia y la formidable concentración de fuerzas austriacas en el cuadrilátero, todo permanece aún en ese estado de imponente calma que precede de cerca a las grandes tempestades. Las potencias que se aperciben a la lucha, como los héroes de Homero, se miden con la vista desde la cabeza al pie antes de trabar combate.

En los demás países la política se amolda a las circunstancias, sintiéndose en casi todos los tristes efectos de la situación que atravesamos Aunque una guerra nos lleve a la conquista de la civilización y de los derechos más preciados, mientras dura, hay que cubrir con un velo la estatua de la libertad. Y como quiera que los intervalos de fuerza suelen no venir mal a los gobernantes de ningún país, la mayor parte de ellos se apresuran a tomar con tiempo esta precaución. En Inglaterra, el partido conservador, que cree llegada la hora de dar la última y decisiva batalla a los radicales, después del combate a que dió lugar el bill de la reforma, se preparan a nuevas y más empeñadas luchas. En Francia, la frase sacramental de *el estado de Europa,* sirve de respuesta para los que piden

cierta latitud en los derechos políticos y la reducción del ejército. En España también se deja sentir la influencia de ese estado excepcional. La política, pues impera como reina absoluta en todos los círculos; en sus aras se consagran las primicias de todas las preocupaciones, a ella se deben las primeras frases de toda conversación. Obedeciendo al impulso general, nuestra revista no puede menos de pagarle a su vez un tributo en los anteriores párrafos. Por otra parte, las noticias de diferente índole han escaseado en los últimos días, ofreciéndosenos únicamente en lontananza. La fiesta de San Isidro, en cuya alegre romería da el pueblo de Madrid al olvido todos sus pesares y sus inquietudes, la exposición de los objetos traídos por la comisión científica de la América del Sur, y el certamen poético abierto por la Sociedad abolicionista española, darán en breve materia abundante para la revista semanal de nuestro periódico en cuanto se relaciona con las artes, la industria y las costumbres características del país, que son sus asuntos predilectos. En tanto, y mientras la *Gaceta* no nos proporciona datos fidedignos acerca de los últimos sucesos de nuestra guerra con Chile y el Perú, con que adicionan esta ligera reseña de ac-

tualidades, diremos algunas palabras sobre *música*, que aunque en algunas ocasiones y esta es una de ellas, todo ha de parecer *celestial*, fuerza es tomar las cosas según se van dando.

Respecto a música hemos tenido últimamente dos verdaderas novedades. El concierto del guitarrista señor Cano ha sido una, y la ejecución casi perfecta de una ópera en el teatro Real, la otra. Ambas suelen producirse muy de tarde en tarde. El reinado de la guitarra pasó. El atronador piano la ha relegado otra vez al dominio del pueblo, de donde salió hace años para enseñorearse momentáneamente de los salones. Algunos apasionados del característico y tradicional instrumento en que nuestras abuelas cantaron la *Atala* y *el Frondoso*, siguen en la creencia de que así es bueno para rasguear unas seguidillas como para tocar la sinfonía de *Guillermo Tell* de Rossini. Si alguien puede contribuir a que se mantenga esta ilusión, seguramente es un guitarrista tan consumado y hábil como el señor Cano.—«En sus manos, dicen sus admiradores, el instrumento que toca no parece una guitarra.» Y en efecto es así. Pero este elogio del artista es la condenación del instrumento: cuando se le ha vencido, cuando se le ha

dominado, todo lo más que se logra es que parezca lo que no es. A nuestro modo de ver, así como el piano, a pesar de las eminencias que en él han descollado, desempeña sus funciones más importantes llevando el compás de un cotillón o un wals polka en una reunión de familia, la guitarra, instrumento popular por excelencia, nunca suena mejor que en la noche, quejándose al pie de una ventana o prestando vida y movimiento con sus alegres tonos a lo que la gente de la bulla llama en Andalucía *un jaleo pobre.*

El concierto del señor Cano ha sido no obstante, una verdadera solemnidad filarmónica para sus entusiastas; por nuestra parte sólo deploramos que tanta constancia y tanto talento se empleen en tarea tan ingrata como querer dar idea con las seis cuerdas de un instrumento, aunque rico en armonías, pobrísimo en sonoridad, de los efectos de la música, escrita para orquesta.

¿Quién puede asegurarnos que tantas y tan bellísimas melodías de nuestro célebre Carnicer no duermen en el más profundo olvido, sólo por haberse escrito para guitarra?

La segunda novedad: la representación del *Trovador*, por Tamberlik, ha sido un nuevo y magnífico triunfo para este eminente artis-

ta. Sólo una ejecución perfecta ha podido conseguir que el público, primero, y nosotros, después coloquemos en el catálogo de las cosas notables y nuevas la representación de una ópera tan puro traída y llevada, que la silban los pilluelos y la repiten los organillos. El Teatro Real muere como el cisne entonando su mejor canto para despedirse del mundo. La empresa de los Elíseos, a la que antes se ofrecía el camino llano y agradable, tendrá que hacer bastante para luchar con este recuerdo.

La temporada filarmónica empezó con *La Africana* y acaba con la magnífica ejecución del *Trovador*, de la cual hablarán por mucho tiempo los *dilletantis* cortesanos. «*Comincia bene e finisce meglio*.» Esto decía Rosini a un músico que le preguntaba el secreto de sus triunfos. El Teatro Real, sin embargo, ha seguido la regla del preceptista, sin que por eso pueda asegurarse que los abonados se reunirán para costearle una corona de laurel a la empresa. ¡En el largo paréntesis que forman *la Africana* y *El Trovador* hemos asistido a tantas catástrofes!

BUEN principio ha tenido la semana última. ¡La ofensa hecha a nuestros valientes marinos con el apresamiento de la *Covadonga* está vengada! ¡La escuadra española ha bombardeado a Valparaíso! He aquí las frases que se han repetido con entusiasmo durante los primeros días por todo el país al llegar hasta sus más apartados rincones esta lisonjera noticia. Tiempo hacía que deseábamos comenzar la revista de una semana con esas frases. Tiempo hacía que en medio de los sinsabores que a cada paso ofrecen las dificultades de la política interior, esperábamos la compensación en una poca gloria adquirida por nuestras armas en aquellos países remotos.

Ha bastado que el Gobierno dejase al jefe de la escuadra española la libertad de obrar enérgicamente para que la guerra de un gran paso hacia su término. La firme persuasión

de que se podría concluir en un momento dado ha influído sin duda alguna en el exceso de consideraciones diplomáticas que vienen dificultando y entorpeciendo la resolución de este asunto desde que se planteó en el terreno de la fuerza. El acto de energía que hoy aplaudimos todos, llevado a efecto hace algunos meses hubiera dado a estas fechas resultados tanto o más ventajosos que los que han tocarse a consecuencia del bombardeo de Valparaíso. Sin embargo, más vale tarde que nunca. Puestos una vez en este camino, la marina española, cuya pericia y arrojo se han hecho evidentes, sabrá ganar el tiempo perdido, probando a los que todavía abriguen alguna duda respecto al particular que el no haber humillado antes a nuestros contrarios, tomándonos por nuestra mano la justicia y la reparación que nos niegan, ha sido más sobra de longanimidad y consideraciones que falta de valor y medios.

Transmitida a Europa la noticia de tan importante acontecimiento por medio de telegramas, carecemos aún de detalles. Se ha hablado de protestas por parte de los representantes de algunos países, y aun se ha llegado a decir que el de los Estados Unidos trató de impedir por medios materiales el bom-

bardeo de la ciudad. Respecto a lo primero, nada más natural que algunas de las potencias interesadas en conservar los intereses comerciales de sus súbditos tratasen de reproducir sus gestiones anteriores en este sentido; en cuanto a la protesta acompañada por las vías de hechos del representante de los Estados Unidos la creemos completamente inverosímil. Los enemigos de España, que no son pocos, incansables en su ímproba tarea de tejer falsedades, han querido tal vez empañar la alegría de nuestros compatriotas, presentándonos como resultado de la gallarda acción del señor Méndez Núñez la proximidad de un conflicto con una potencia marítima tan importante como la norteamericana. Pero su afán es inútil; ni sus artificiosas mentiras ni el amaño y la falta de buena fe de los documentos oficiales de las repúblicas enemigas conseguirán esta vez disminuir las proporciones del triunfo que han alcanzado nuestras armas. A los que tratan de suponer que se oponen grandes obstáculos a la prosecución de los planes del jefe de nuestra escuadra del Pacífico, responde el señor Méndez Núñez arrasando unos tras otros, todos los puertos importantes del litoral chileno para concluir su triunfal expedición posesionándose de las

islas Chinchas. A los que se empeñan en reducir la importancia del desastre de nuestros contrarios responderán los humeantes escombros de las fortificaciones y los edificios públicos de Valparaíso.

El golpe ha sido acaso tardío, pero cierto; según las noticias recibidas, se evalúa en veinte millones de pesos la pérdida material que han ocasionado nuestros proyectiles. Las fortificaciones han venido al suelo, la Aduana se ha desplomado, vastos almacenes han sido presa de las llamas.

Como el acontecimiento estaba previsto, la inmensa mayoría de sus habitantes habían abandonado la ciudad a la primera intimación del jefe de la escuadra española, y, por lo tanto, las desgracias personales han sido muchas menos que las que podría hacer presumir tan espantosa ruina.

¡Gran mes se presenta el mes de mayo! El almanaque parece que lo trata con cariñosa predilección, acumulando en sus días todo género de festividades cívicas y religiosas. El barómetro viene señalando desde que apareció un tiempo de verdadera primavera. Los sucesos se arreglan de modo que con cada fiesta parece que coincide una noticia del exterior agradable. Lástima que el metálico y nues-

tros asuntos interiores se empeñen, aquél escaseando y éstos enmarañándose, en que no tengamos dicha completa. Por fortuna o por desgracia, pues no acertaremos a decir si ésta es una buena o mala cualidad de nuestro carácter, entre nosotros las cosas se van tomando como van viniendo, y si a un día nublado y triste, lleno de preocupaciones, de inquietudes y de rumores alarmantes sucede otro espléndido y sereno, con un sol de oro en el fondo del cielo azul y un rayo de esperanza en el fondo del alma todo se olvida, todo se borra y no hay preocupación ni augurio infausto capaz de obscurecer un punto la alegría del momento.

Todas estas circunstancias parece que se han reunido por un acuerdo tácito, a fin de aligerar la atmósfera que a efectos de los acontecimientos políticos interiores y la pendiente y temerosa cuestión de Hacienda comenzaba a enrarecerse y a hacerse pesada. El pueblo de Madrid ha corrido, pues, este año con tanto o mas gozo que los anteriores a posesionarse de la tradicional pradera de San Isidro, desde la víspera del día en que la Iglesia conmemora a su santo patrono.

Hay en España multitud de romerías, ferias y fiestas populares de este género, céle-

bres y dignas de la celebridad que gozan. A unas da fama el santuario junto a cuyos muros se celebran; a otras la hermosura del sitio, el lujo desplegado en su adorno o la riqueza y el número de las cosas que en ellas son objeto de tráfico. La romería de San Isidro, en Madrid, careciendo de todos estos perfiles, conservándose en el estado de sencillez más primitivo, es, no obstante, la más renombrada, y merece serlo. El fondo no vale la pena; pero los personajes del cuadro son inmejorables. Una pradera monótona, al lado de un río enclenque: cuatro ribazos parduzcos, coronados de una mezquina ermita. He aquí la decoración del inmenso entremés, cuyos personajes necesitaríamos la pluma de don Ramón de la Cruz para trazarlos. Y aun así nuestra tarea quedaría incompleta. Podríamos tal vez pintar una escena, dar idea de un diálogo, dibujar un grupo, sorprender uno de los rasgos característicos de los actores; ¿pero cómo abarcar aquel conjunto abigarrado y ruidoso, donde entre la nube de polvo y del humo de las buñolerías ambulantes, van y vienen, pasan y tornan, se empujan, se codean, se revuelven y se confunden éstos a pie, aquéllos en desvencijados alquilones, los otros en jamelgos imposibles o en ómnibus de todas for-

mas, colores y tamaños una multitud compuesta de cientos de miles de personas, para quienes la romería del Santo Labrador constituye la más grande y hermosa fiesta del año? Los que han asistido a ella, por mucho que les digamos, encontrarán pálida la descripción; los que no la conocen sino de oídas mal podrán comprender lo que es la romería por nuestras palabras.

Al mismo tiempo que la fiesta de San Isidro llamaba a la multitud a las orillas del Manzanares, los jardines del Botánico abrieron sus puertas al público, inaugurándose la exposición de los objetos traídos del Pacífico por la expedición científica. No sin razón se suele decir que en Madrid hay gente para todo. En ciertas ocasiones parece, en efecto, que según se va necesitando va saliendo de debajo de las piedras. La pradera del Santo estuvo llena; los hermosos jardines en que tiene lugar la exposición no bastaban a contener las muchas personas que acudieron a visitarla el primer día. La exposición merece, en efecto ser vista, no sólo de los que aman la ciencia, sino de todos aquellos a quienes interesa, siquiera sea por sola curiosidad, cuanto se relaciona con los lejanos países en que sostenemos una dilatada y honrosa lucha.

No es una revista del género a que ésta pertenece el sitio oportuno para la descripción detallada y científica de los innumerables objetos curiosos expuestos en el Botánico, ni el espacio de que podemos disponer lo permite, ni aunque lo permitiese la tarea es cosa fácil para hecha con sólo una ligera visita al local en que se encuentran reunidos.

Sólo diremos que, así por lo delicioso del paraje, como por la riqueza y la novedad de los objetos y el buen gusto y la inteligencia de que se ha dado muestra al exhibirlos, la exposición puede colocarse desde luego en el número de las más curiosas y dignas de un pueblo ilustrado e inteligente de cuantas se han celebrado en la corte.

TIRO el diablo de la manta y se descubrió el pastel. El Gabinete de las Tullerías comienza a enseñar la punta de la oreja de sus propósitos. En el que podríamos llamar período álgido de la cuestión austro-prusiana; cuando el telégrafo nos transmitía despachos terroríficos; cuando las columnas de los periódicos extranjeros bastaban apenas a contener las noticias belicosas y las bruscas oscilaciones de los valores públicos anunciaban la proximidad de la catástrofe, indicamos, aunque ligeramente, en nuestra revista que no sería difícil que esta vez, como otras muchas, todo se redujese al amago del golpe. La intervención de Italia en el negocio y la presunta aquiescencia del emperador de los franceses dieron a la guerra un carácter de probabilidad, que cada día se pronunciaba más con los anuncios de grandes y trascendentales combinaciones preparadas de antemano, y de

las cuales tenía a su cargo la dirección el jefe del vecino imperio, a medida de cuya voluntad se desenvolvían los sucesos que habían de traerle por último a la codiciada posesión de las que han dado en llamarse fronteras naturales de la Francia.

Todo parecía dispuesto para comenzar; todo estaba hábilmente previsto; los hombres políticos y las publicaciones más graves discutian apenas las probabilidades de la guerra, ocupándose en primer término de su resultado. Nosotros, a despecho de la general evidencia, aunque con intervalos de pasajeras dudas, seguíamos no obstante guardando un resto de desconfianza. Como el apóstol incrédulo, necesitábamos ver para creer. Teníamos al Austria, a la Prusia y la Italia, respectivamente, armadas y prontas a acometerse; pero necesitábamos oir el primer cañonazo.

Hace cerca de un mes que la Europa entera escucha con atención, esperando inútilmente oir ese primer cañonazo, y en el intervalo la diplomacia ha echado a volar la frase «Congreso europeo». Nuestra incredulidad no era del todo infundada.

El Congreso europeo de soberanos es el sueño favorito de Napoleón, la corona de sus planes. Hace años que la idea se cierne en la

atmósfera de la diplomacia sobre todos los grandes sucesos que ocurren. ¿Quién sabe si el aparato bélico desplegado en Europa en las circunstancias presentes, y el haber traído los sucesos hasta el punto en que se encuentran no habrá sido otra cosa que un ardid para empujar a los países que aún se oponen a su celebración hacia ese famoso Congreso de soberanos verdadera panacea de los males que nos afligen en concepto del que lo ha concebido?

De todos modos la cuestión es indudable que acaba de entrar en un nuevo período. El discurso de Thiers pronunciado últimamente en la Cámara legislativa, desvaneciendo todo género de ilusiones acerca de soñados aumentos de territorio, que aún caso de verificarse traerían como resultado la unidad alemana fatal a la política francesa, ha acabado de resfriar el espíritu público entre nuestros convecinos de allende el Pirineo. entre los que ya tenía la guerra pocos entusiastas. La misma Italia parece que no responde al llamamiento patriótico con todo el entusiasmo que debía esperarse. Aunque vago, se siente en el moderno reino el presentimiento de alguna catástrofe oculta entre las sombras del porvenir. Hasta ha llegado a aventurarse la idea

de que Napoleón, arrepentido de su obra, busca medios indirectos de deshacerla. Para nosotros la más segura garantía de la paz es la desconfianza que respectivamente abrigan unas para con otras las potencias de primer orden. La diplomacia ha perdido la pista; los Gabinetes europeos se sienten inquietos y recelosos ante la presencia de esa esfinge que oculta tenazmente su enigma y que se llama Napoleón. Ahora mejor que nunca podría aplicarse a la situación actual de Europa el título de la célebre comedia de Tirso: *Entre bobos anda el juego.*

Mientras por el Viejo Mundo las cuestiones oscilan a un lado y otro sin salir del mismo sitio, como la péndola de un reloj, en el Nuevo marchan nuestros negocios viento en popa, y según todas las probabilidades pronto la Mala del Pacífico nos traerá noticia de la excursión de la escuadra, que al mando del señor Méndez Núñez, se dirigía a la fecha de los últimos partes a recorrer, hostilizándolos, todos los puertos de alguna importancia de las repúblicas enemigas.

Apenas se ha entrado en el verdadero período de acción y de energía, la cuestión de Chile y el Perú se ha presentado bajo una nueva faz. En punto a derecho internacional,

por más lamentable que esto sea, aún necesitan las reclamaciones más justas de la acentuación de algunos cañonazos para que se las entiendan bien. En tanto que nos hemos mantenido en el límite de las contemporizaciones, todo el mundo parecía negarnos la razón, todo el mundo se conceptuaba con derecho para añadir una dificultad más a las muchas con que luchábamos sin resultado en este asunto. A la luz de los fuertes incendiados de Valparaíso, las potencias neutrales han visto al fin las cosas más claras, y si seguimos aportando al debate razones del calibre de las bombas arrojadas a la ciudad enemiga, hasta los mismos chilenos y peruanos acabarán por conceder que tenemos sobrada razón. Ocupándose la Cámara inglesa recientemente de los asuntos del Pacífico, aunque tarde, se ha visto precisada a hacer justicia a nuestra patria. En su seno se han levantado hombres distinguidos por su talento y su posición oficial para pagar un merecido tributo de elogios a la conducta de nuestros valientes marinos, y particularmente del jefe que los guía. El señor Méndez, en quien desde luego colocó el país sus más lisonjeras esperanzas, y que por las cualidades de carácter, de entendimiento y de energía de que antes de ahora

ha dado pruebas parecía llamado desde luego a desempeñar un papel brillante en esta ocasión, ha respondido a la confianza que en él depositó el Gobierno confiriéndole tan elevado cargo, y ha sacado airosas las predicciones de los que le auguraban un porvenir glorioso. El público testimonio de la Cámara inglesa, que rara vez se excede en el elogio de las demás naciones, y la casi unánime aprobación de las publicaciones extranjeras, acordes en alabar la prudencia, la energía y la generosidad del jefe de la escuadra española y de los valientes marinos que están a sus órdenes deben llenarnos de legítimo orgullo.

A propósito de esta cuestión se refiere un diálogo que merece ser conocido. Parece que al cumplirse el término señalado por el señor Méndez Núñez para proceder al bombardeo se presentó en su cámara el comodoro americano, con objeto de hacer una última tentativa a favor del arreglo. Perdida la esperanza de conseguirlo, y no encontrando razones válidas que oponer a las que aducía el jefe de nuestras fuerzas navales en apoyo de su conducta, exclamó en tono interrogativo, después de un corto momento de pausa: «Y si en el acto de ir a romper el fuego me interpusiese yo entre la ciudad y la escuadra española,

¿qué haría usted?» Méndez Núñez, sin sorprenderse, a pesar de lo inesperado de la pregunta le contestó con gran sencillez: «Comenzaría por echarlo a usted a pique y luego cumpliría las órdenes de mi Gobierno.» Ignoramos hasta qué punto el diálogo es auténtico; pero de lo que no podrá caber duda a ninguna de las personas que tienen idea del temple de uno de los interlocutores, es de su verosimilitud. Fuera de estos detalles, de la sesión de la Cámara inglesa y de los despachos telegráficos que se refieren a los proyectos de celebración de un Congreso europeo, nada encontramos en las hojas extranjeras que naturalmente deba ocupar un sitio en nuestra periódica revista, si exceptuamos las noticias que se refieren a la Exposición de Pinturas que acaba de abrir sus salones al público en París.

Ya hacía tiempo que las publicaciones relativas al arte que ven la luz en Francia se habían ocupado del excesivo rigor de que daba muestras el Jurado al recibir o rechazar los cuadros destinados a esta Exposición. La lamentable desgracia de un artista de mérito que puso fin a su existencia al saber que había sido rechazada su obra y las vivas discusiones a que ha dado lugar entre escritores de

arte distinguidos las inflexibles decisiones del Jurado, contribuían a excitar la curiosidad y el interés que naturalmente despierta una solemnidad de este género. A juzgar por los antecedentes, la Exposición de 1866 prometía ser una de las más escogidas y brillantes. Si hemos de dar crédito a las ligeras noticias que hasta ahora hemos podido recibir, las obras, en efecto, responden por su originalidad y por su mérito a la idea que ha presidido a los acuerdos del Jurado el cual, juzgando demasiado corto el número de premios que han de distribuirse, se propuso que la admisión constituyese por sí sola una recompensa. Teniendo en cuenta estas circunstancias, hemos visto con verdadera satisfacción que en el número de los que han logrado esta señalada muestra de aprecio, se encuentran muchos de nuestros compatriotas, a los cuales felicitamos sinceramente. Ya que por dentro las cosas no anden tan bien como todos desearíamos bueno es que en el exterior procuremos ayudar la reacción favorable a España que poco a poco comienza a hacerse, la cual acabará de completarse cuando de un modo o de otro se logre inspirar en cuestiones financieras la confianza que ha tiempo tenemos perdida.

En tanto que los partidos y los hombres políticos disputan acaloradamente los medios que han de conducirnos a este resultado, las cosas siguen su acostumbrado curso en la coronada villa, donde en medio de las mayores preocupaciones siempre queda un resto de buen humor para templar lo agrio con lo dulce.

Las empresas dramáticas que terminan en este mes sus tareas, han tratado de dejar buenos recuerdos en el público, dándole a conocer al despedirse algunas obras de mérito de reputados escritores. El Circo, poniendo en escena la comedia del señor Coupigny, titulada *La paja en el ojo ajeno,* se muestra hasta el fin incansable en su tarea de ofrecer obras nuevas a sus favorecedores. *La paja en el ojo ajeno,* sin pretensiones de trascendental, es una comedia agradable por la sencillez de su fábula y los rasgos felices con que están delineados algunos de sus caracteres; estas condiciones de la obra, unidas a una ejecución esmerada, han conseguido llamar al público por espacio de muchas noches al teatro de la plazuela del Rey.

La comedia *Bienaventurados los que lloran,* al mismo tiempo que proporciona un nuevo y legítimo triunfo a su autor, el señor Larra, y

a los actores que la interpretan, sigue manteniendo reunida en el teatro del Príncipe una escogida concurrencia de las damas más elegantes y bellas de la corte, que después de haber colmado de aplausos a Tamberlik en su última representación dada a favor de los pobres, se disponen (si el tiempo lo permite) a trasladar sus reales a los Campos Elíseos, que abren esta semana las puertas del teatro Rossini con *Roberto il diavolo.*

TENEMOS un pie en el dintel del verano y a las revoluciones atmosféricas siguen no importándoles un ardite los preceptos del almanaque. Y lo peor de todo es que si hemos de dar crédito al ya famoso astrónomo zaragozano, hay temporal para unos pocos días. Sólo una cosa nos consuela y nos mueve a dar crédito al antiguo adagio, que asegura que no hay mal que no venga para bien.

Si al comenzar hoy por segunda vez nuestra revista no pudiéramos hablar del tiempo, ¿con qué asunto hilvanaríamos a última hora estos veinte renglones, a fin de no dejarla decapitada? El tiempo viene siendo, desde la antigüedad más remota, el gran recurso para los que no saben qué decir, o no pueden decir lo que saben. No hay tema más manoseado, pero ni más socorrido.

Démosle, pues, gracias porque nos proporciona el modo de llenar un hueco, y ya que

respecto a los asuntos interiores no nos dejan ni repetir a la tarde lo que a todo el mundo dice por la mañana la *Gaceta*, mudemos de conversación y torzamos el rumbo.

Fijando desde luego la vista en lo que sucede en otros países, diremos que cuantas noticias se reciben del exterior vienen a justificar otro de los rumores políticos que comenzaron a adquirir consistencia cuando escribíamos la última revista. La idea de un Congreso, echada a volar en el punto en que Austria e Italia tenían ya levantado el brazo para descargarse un furibundo golpe, ha logrado hacer prosélitos, y las potencias interesadas en la cuestión, a semejanza del famoso vizcaíno de Cervantes, se han quedado con el brazo en alto esperando a otro capítulo la continuación de la historia.

Las tres naciones neutrales Francia, Inglaterra y Rusia, tomando la iniciativa en el asunto se han puesto de acuerdo para redactar los preliminares del Congreso, que bajo el nombre de Conferencia habrá de celebrarse muy en breve. Los Gabinetes de Austria, Italia y Prusia parece que han adoptado la idea en principio, y sólo se trata ahora de la actitud en que cada cual ha de esperar *l'ardua sentenza*. Si el Congreso cuaja, ¡qué

triunfo para la diplomacia tan de capa caída de algunos años a esta parte! A nuestro modo de ver, el Congreso se llevará a efecto, se hablará mucho, se pondrá un puntal para que el equilibrio se mantenga un poco, no resultando de todo ello más que un nuevo arañazo a los tratados de 1815. La obra colosal de toda la Europa coaligada contra el tío va desapareciendo poco a poco merced a la perseverancia del sobrino. Cada Congreso es una brecha que se abre; en cada Conferencia se le da un asalto. Víctor Hugo dice en su última novela que el secreto de todos los grandes triunfos está en esta palabra de una antigua divisa española: *Perseverando*. Napoleón acabará por demostrarnos que, al menos en política, es más seguro desatar que cortar, y, por consiguiente no importa lo mismo.

Respecto a Europa, y durante algunos meses, podemos considerarnos libres de todo género de conflicto creado por la guerra. En América, si hemos de juzgar por las noticias particulares que se reciben del Pacífico, tampoco ha de prolongarse mucho la cuestión que por medio de las armas ventilamos en la actualidad con algunas de sus repúblicas.

El bombardeo de Valparaíso, sobre el cual cada día tenemos nuevos e interesantes por-

menores, ha causado en Chile un efecto moral indescriptible. Bien fuese resultado de una absurda confianza, bien efecto de promesas aventuradas, que luego no han podido cumplirse, los chilenos así creían en que la escuadra española había de saludar sus poblaciones a balazos como en los milagros de Mahoma. La nueva del bombardeo ha caído como un jarro de agua fría sobre el entusiasmo de los más ardientes en su odio contra España, y ha sido necesario para contener una pública manifestación de disgusto, poner en juego todos los recursos de un Gobierno y de una situación de cosas que fundan su existencia en la prolongación de la lucha.

Por el pronto, la escuadra chileno-peruana sigue escondida en el puerto de Huite, viendo, como suele decirse, los toros desde el andamio. Huite es un puerto que no tiene más entrada que un canal estrecho y peligroso, inaccesible a buques de alto porte y defendido naturalmente por los bajíos y rocas que dificultan su navegación. Pero a la prudente escuadra enemiga no le han parecido bastante estas defensas y *por si fortis* ha ocurrido a la seguridad personal de sus tripulaciones con las siguientes frioleras. A la boca del canal se ha colocado un fuerte con bate-

rías de cañones rayados de 120, más lejos un buque lleno de pólvora para hacerlo volar a la aproximación de nuestras fuerzas y por si la explosión del buque no diese resultado, aguardan un poco más allá dos de esas infernales máquinas submarinas, llamadas torpedos; con estos aprestos de defensa, cuya retaguardia forman varias cadenas tendidas, otro buque cargado de materias inflamables y un segundo y último fuerte con baterías de cañones de un calibre desmesurado, parece que el jefe de la escuadra enemiga se siente un poco tranquilo aguardando el fin de los sucesos. ¡Lástima de dinero empleado en semejante marina! ¿Y eran esos los bravos con que contaba la república chilena para el combate naval, que en un ridículo cartel de desafío propuso su presidente al señor Méndez Núñez?

No obstante, los más exaltados del partido de la guerra se agarran, como suele decirse, de un ascua ardiendo, y todavía fundan un resto de esperanza en el arribo de las fragatas *Huascar* e *Independencia;* pero estos buques a lo que parece no se dan gran prisa por llegar a su destino. Entretenidos en hacer fácil presa de pequeñas embarcaciones mercantes, entre las cuales ha habido alguna

a cuyo capitán le han quitado hasta el reloj, encuentran más cómodo proseguir poco a poco su itinerario y ensayarse en este género de proezas que exponerse a dar de manos a boca con el señor Méndez Núñez, del cual seguramente no esperan un cordial recibimiento.

Entretanto que los chilenos aguardan a sus salvadores, que como el Mambrú de la canción no saben cuándo llegarán, si por la Navidad o la Pascua, el jefe de nuestra escuadra se coloca frente al Callao, donde habrá dado ya principio la segunda parte del drama representado en Valparaíso.

Aguardando nuevas del Callao, cuyo ataque es de presumir pondrá término a la cuestión chileno-peruana, y en el corto espacio que nos dejan libres las preocupaciones políticas, siguen entre nosotros agitándose asuntos de diversa índole, aunque encaminados todos a remediar el estado financiero del país. Puestas sobre el tapete las cuestiones de economías, el Estado y los particulares, grandes y pequeños, ricos y pobres, cada cual por su lado procura dar una pronta solución al problema que se encierra en estos dos términos: «gastar menos y ganar más», y como es de presumir, se ha comenzado por lo que parece más fácil, esto es, por cerrar el bolsillo.

Ha dicho, no sabemos quién, y lo repite todo el mundo, que los extremos se tocan, y nunca como ahora viene de molde la observación. Tan mal hemos de vernos gastando más de lo que cada cual tiene, como metiéndonos el último duro en el bolsillo y poniéndole la mano encima. Bueno es que se piense en disminuir los gastos, pero sin que se olvide que la prosperidad estriba en el aumento de los productos. Por eso notamos con gusto que en medio de los generales pujos de economía, que concluirán por hacer de el *Gran Tacaño* el tipo del hombre modelo, hay quienes piensan todavía en acometer grandes empresas, como la que en la actualidad se agita, destinada a llevar a cabo la colonización de los terrenos yermos de España.

Esta empresa, que si se realiza ha de dar grandes resultados a los que la acometan, cuenta ya con mil familias de pequeños propietarios alemanes, los cuales se trasladarán a nuestro país, trayendo además del producto de la venta de sus bienes, ganado vacuno escogido entre las mejores razas, instrumentos de labranza perfeccionados y modernos y máquinas para establecer nuevas industrias. Lo mismo para la construcción de las habitaciones tales como pequeñas aldeas, granjas y

alquerías, que para las plantaciones y el cultivo, se adoptarán los adelantos ensayados ya con admirable resultado en las grandes colonizaciones que actualmente se llevan a cabo en otros países.

Con el anuncio de la próxima realización de este pensamiento que viene preparándose de largo tiempo atrás, los preparativos para una junta extraordinaria en que se han de repartir los premios que la Sociedad abolicionista señala a la mejor poesía alusiva al objeto que sus asociados se proponen, y la celebración de la fiesta del *Corpus*, que, como de costumbre, ha llevado una multitud de forasteros a los puntos que con más pompa se celebra, concluye la historia de la última semana del mes de mayo, que, a juzgar por lo sucedido más bien que mes de las flores, deberíamos llamar mes de las lluvias y las fiestas.

Hemos conseguido un triunfo. Querer dar idea del entusiasmo y el interés que han despertado en el país las últimas noticias recibidas del Pacífico, sería desear un imposible. Durante los últimos días de la semana las más ardientes cuestiones, los más importantes asuntos políticos se han pospuesto a las infinitas versiones y comentarios con que el deseo y la esperanza adornan los breves partes telegráficos que nos dieron las nuevas.

¿Qué ha sucedido en el Callao? He aquí la pregunta estereotipada en todos los labios en el momento en que escribimos estas líneas, y a la que solo contesta el telégrafo con su desesperante concisión.

Verdad es que la fantasía no se detiene en barras, y lo que no ve lo presume, y lo que no acierta a presumir lo inventa. Merced a este procedimiento, no faltan detalles en algunas publicaciones, y noticiero hay que

relata lo acontecido con más pormenores que si hubiese presenciado la acción desde el tope de la *Numancia*. De estas relaciones prematuras debe desconfiarse siempre. Tomando por base la verdad conocida, cada cual le presta la forma que mejor conviene a sus intereses o sus simpatías. Hasta el momento sólo puede decirse que el jefe de nuestra escuadra comienza a justificar la hermosa frase que pronunció contestando a los agentes diplomáticos de las potencias neutrales: *Más quiere España honra sin barcos, que barcos sin honra.*

Fácil hubiera sido al señor Méndez Núñez, después del bombardeo de Valparaíso, continuar arrasando las poblaciones de las costas chilenas y peruanas que contaban con pocos medios de defensa; fácil le hubiera sido igualmente posesionarse desde luego de las Chinchas, asegurando la indemnización de guerra al mismo tiempo que proporcionaba a la escuadra un punto de reposo; pero ni el rehuir el peligro es propio de hombres de su temple, ni cuadra al carácter de la cuestión que sostenemos con aquellas repúblicas, atender a los intereses materiales antes que al de la honra.

El Perú había acumulado todos sus medios

de defensa en el Callao; allí estaba, por decirlo así, el corazón de la liga, allí los únicos que resguardados por las formidables fortificaciones se atreverían a defenderse: un deber de honor obligaba a nuestros valientes marinos a ir allí en busca de esa honra que España desea, aunque para adquirirla tuviésemos que perder algún barco.

En efecto: nuestros buques han sufrido considerables averías; alguno de ellos, dicen que se ha inutilizado, pero la gloria de la jornada pertenece a los españoles. Cualquiera que sea en definitiva el éxito del ataque, cuyos pormenores oficiales ignoramos, podemos repetir las palabras que a este propósito ha dicho en el Congreso un diputado de la oposición: *Vencidos o vencedores, nuestros valientes marinos merecen el aplauso de sus compatriotas.* Basta detenerse un momento a considerar la magnitud de la empresa para comprender el mérito de los que la han acometido.

Aprovechándose del intervalo de paz debido al último convenio que se celebró con el Perú este viene trabajando activamente hace mucho tiempo en completar las fortificaciones de la más importante de sus plazas marítimas. Ingenieros y material de guerra

trazas de las nuevas defensas y cañones para artillarlas, todo se debe a extranjeros, norteamericanos en su mayoría, más duchos y avezados en este linaje de cosas que nuestros enemigos. El Callao al presentarse enfrente nuestra escuadra ofrecía un aspecto formidable, contándose en las baterías de tierra hasta cien cañones artillados, muchos de ellos del enorme calibre de 450. Méndez Núñez con sólo dos buques blindados apenas fuertes lo bastante para sufrir el empuje de tan monstruosos proyectiles, con algunas otras embarcaciones de madera, y no contando sino con bocas de fuego de menor calibre, ha bombardeado el Callao por espacio de cuatro horas. Por razón del alcance de sus cañones, la escuadra española debió estar situada durante el combate a menos de medio tiro de las baterías peruanas, sufriendo un horroroso fuego, al que contestaron incendiando parte de la población, desmontando un fuerte y causándoles a los enemigos gran número de víctimas, entre las que se hallan el ministro de la Guerra y algunos otros jefes conocidos.

Tan satisfactorios resultados no han podido lograrse sin que nuestros buques sufrieran averías de alguna consideración. Precisamente en el peligro que ofrecía la lucha consiste

la gloria que nuestros marinos han alcanzado en la jornada. En los primeros partes se indicó que tres de los buques de madera se habían visto forzados a retirarse del teatro de la acción, después de haber desmontado varios fuertes, haber volado un polvorín y causado grandes destrozos en la ciudad, quedando la *Numancia* para responder al fuego de dos baterías blindadas, únicas que pudieron resistir al empuje de nuestros cañones.

También se dijo que entre los varios oficiales españoles heridos, lo estaban de gravedad el comandante de la *Resolución,* y levemente el señor Méndez Núñez. Respecto al segundo, otros partes recibidos a última hora desmienten la noticia y lo presentan disponiéndose a reiterar su ataque contra el Callao, desde donde marchará a posesionarse de las islas Chinchas, en las cuales esperará el resultado de la guerra.

Según lo habíamos previsto, la cuestión de España con Chile y Perú se aproxima al desenlace, y la segunda parte del bombardeo del Callao le servirá de epílogo. Todo conspira a que así suceda. El *Huascar* y la *Independencia,* magníficos barcos en los cuales fundaban la postrer esperanza, han sufrido deterioros que imposibilitan su uso, por falta de pericia

en su comandantes. Los torpedos, que fabricados en San Francisco de California, habían de servir para destruir cobardemente nuestra marina, han estallado al tiempo de hacer el transbordo, causando innumerables víctimas entre las que se cuenta el comisionado de las repúblicas. Hasta se han enajenado el resto de simpatías que las potencias neutrales pudieran conservar hacia la causa del Perú y de Chile, merced a la conducta usada con los españoles residentes en aquellos países, conducta a todas luces cruel e indigna de una nación que se estima en algo y de la que la humanidad y el propio respeto no nos permiten usar represalias.

Como indicamos al comenzar la revista, los más graves asuntos interiores han palidecido, perdiendo parte de su importancia, ante las noticias que del exterior trae el telégrafo. Aún aguardamos llenos de impaciente ansiedad los detalles del bombardeo del Callao, cuando el termómetro nos anuncia una nueva y brusca variación en la atmósfera política de Europa. ¡La Conferencia ha hecho fiasco! He aquí el doloroso lamento de la diplomacia contristada que ha venido a sacar a los pueblos del dulce éxtasis ocasionado por las ilusiones de la paz. Vuelta a resonar el parche

herido, vuelta a rasgar los aires con el clamor de la trompetería, vuelta a asustarse unos a otros con el espectáculo de formidables aprestos. Nuevos nombramientos de jefes, nuevas marchas y contramarchas de tropas, nuevas combinaciones estratégicas. La palabra alada vuela por los hilos telegráficos y da en algunos instantes la vuelta a Europa diciendo: «La lucha es segura, el conflicto inminente, mañana se declara la guerra.» Pero llega ese mañana precedido de tantos temores y todo continúa lo mismo, y sigue otro no menos acompañado de ansiedades, y las cosas prosiguen en idéntico ser, y dan ganas, por último, de exclamar con Quevedo: *¡Tanto mañana y nunca mañanamos!*

No obstante, ahora, como suele decirse, va de veras. El estado en que se encuentran las cosas no permite más dilaciones: la cuerda del arco no puede continuar tendida, es preciso aflojar a o concluir de disparar la saeta. Acaso cuando estas líneas lleguen a manos de nuestros lectores, los cañones del Austria habrán dado la señal del combate, tal vez la revista siguiente no baste a contener la sumaria relación de los altos hechos ocurridos en la semana próxima. En todos los círculos políticos, en todas las publicaciones importantes,

se habla ya de la guerra como de cosa segura. Esta conformidad de pareceres nos intimida y nos retrae de expresar libremente una vaga creencia propia, sin fundamento, irrazonable si se quiere, pero que si tuviésemos la energía de Galileo, nos haría exclamar al mismo tiempo que damos cuenta del verdadero estado de la cuestión: *é pur si muove*, o lo que es lo mismo a pesar de tantos aprestos, aún no hemos oído el primer cañonazo.

Correspondencias muy autorizadas aseguran que inspeccionando el jefe del vecino imperio los colosales trabajos para la futura Exposición Universal, ha dirigido a los obreros y a las personas agrupadas en torno suyo estas significativas frases: «Trabajad, trabajad con fe, que la Exposición se llevará a efecto pronto, y en medio de la paz de Europa.»

Este es un dato.

Al mismo tiempo que Napoleón pronuncia estas palabras, proyecta un empréstito de 500 millones de francos, y se susurra que en la contingencia de una ruptura con Austria, se pondrá al frente del ejército de la frontera del Rhin.

Ahora, con estos antecedentes, ate usted cabos a la política del momento.

Fuera de las noticias que dejamos apuntadas, y que son los ejes sobre que gira la conversación en todos los círculos, la publicación extranjera no ofrece ningún asunto de interés. Aunque saliendo de la política, quisiéramos buscar entre nosotros algunas novedades con qué amenizar nuestro trabajo, tampoco lo encontraríamos hoy.

Si la revista de *El Museo* ha de ser un espejo fiel de la fisonomía de la semana, cuyos sucesos y preocupaciones culminantes trata de condenar en algunos párrafos, por fuerza ha de reflejar en esta ocasión las dos solas cuestiones que han monopolizado el interés público. La cuestión italiana y nuestros asuntos del Pacífico.

QUISIÉRAMOS poder dar idea a nuestros lectores del afán y el creciente interés con que se reciben y comentan las noticias del Pacífico, pues sólo así lograríamos que se reflejasen en nuestra revista el movimiento y la entusiasta agitación de la semana última.

Como se pudo presumir, atendida la procedencia de los primeros detalles que se recibieron en Europa, los sucesos del Callao han sido más brillantes y menos costosos para España que lo que prudentemente debía esperarse de una tan arriesgada y difícil empresa.

La lectura de los partes oficiales ha dado ocasión en ambas Cámaras a escenas de entusiasmo imposibles de describir. Suspendidas por un momento las más empeñadas y ardientes discusiones, depuestas en aras del patriotismo y de un elevado sentimiento de orgullo nacional las diferencias políticas que

los separan, los representantes del país se han mostrado unánimes en su deseo de significar la admiración que en todos produce la conducta de nuestra valiente escuadra del Pacífico y del esforzado jefe que la dirige.

Varias son las proposiciones que con este objeto se han presentado en los cuerpos colegisladores, dando lugar a que algunos de nuestros hombres políticos más caracterizados pronunciasen breves y elocuentes discursos que el público que ocupaba las tribunas acogió a su vez con significativas muestras de aplauso.

En las provincias, si hemos de juzgar por los partes telegráficos que continuamente se reciben, también han producido inmensa sensación tan satisfactorias nuevas. Las corporaciones municipales se apresuran a felicitar a los valientes marinos españoles por su comportamiento en el Callao; en algunos puntos la alegría popular se ha manifestado por medio de ruidosas y públicas aclamaciones. Verdaderamente el suceso tiene más importancia de la que a primera vista se le concedió.

El triunfo de España sobre las repúblicas aliadas del Perú y Chile marca el principio de una era de prosperidad y de gloria para nuestro país, que difícilmente podrán des-

conocer sus más tenaces detractores. Tener buques no es tener marina, suele decirse, no sin falta de razón. Si los ejércitos de tierra no se improvisan, el personal apto para las luchas de los mares mucho menos. El ejemplo de las fragatas *Huascar* e *Independencia*, magníficos buques blindados adquiridos por el Perú a fuerza de los mayores sacrificios, y que, sin embargo, les son casi inútiles por falta de gente práctica que los dirijan, viene a confirmar la opinión general sobre este asunto. Rotas por un momento las gloriosas tradiciones de nuestra marina nacional, por el miserable estado a que vino en época no muy lejana, no sólo en las apartadas regiones donde sostenemos la guerra, sino en los países que más exacta noticia podrían tener de nuestras cosas, dudábase aún que fuera una verdad su restablecimiento.

Unos construídos en nuestros arsenales, otros en los de Francia e Inglaterra, poco a poco iba poblándose el mar con buques en cuyos altos mástiles ondeaba la bandera española. De año en año la estadística arrojaba un sensible aumento en las fuerzas navales del país, que caído al más inconcebible estado de postración, había ocupado no obstante uno de los primeros puestos entre las potencias que se

llamaban dueñas del Océano. Pero tener buques no es tener marina, seguían diciendo los que ven con disgusto a España levantarse gradualmente a la altura a que está llamada por sus condiciones, por su posición y su historia. Los esforzados campeones de la honra nacional que a las órdenes del bizarro y entendido jefe señor Méndez Núñez lavan en estos momentos con sangre enemiga el ultraje inferido a su bandera, están dando con su conducta y sus heroicos hechos cumplida respuesta a los que persisten en abrigar semejantes dudas.

El sufrimiento y la constancia, que hacen sobrellevar con alegría y entusiasmo las más duras fatigas de tan rudo y trabajoso ejercicio; la pericia y el saber, que le dan el dominio del temible elemento en que vive; la serenidad y el valor, que prestan ánimo para arriesgarse en las más difíciles empresas. He aquí las grandes cualidades que constituyen un buen marino.

De todas y de cada una de ellas han hecho alarde nuestros hermanos a los ojos del mundo. La *Numancia,* resolviendo el problema náutico planteado a propósito de la dificultad de conducir una embarcación blindada a tan remotas regiones, y la *Blanca* y la *Villa de*

Madrid, maniobrando bajo el fuego de los cañones enemigos y con la sola ayuda de la carta marina por entre los peligrosos bajíos y escollos del puerto de Abatao, en Chile, han dado una prueba irrefutable de su práctica y sus grandes conocimientos.

En el rescate de la barca *Heredia,* hecho por una goleta en medio de un puerto enemigo, a la presencia de sus buques y de sus fuertes; en el combate de Chile, el bombardeo de Valparaíso, y, por último, el ataque del Callao, donde desdeñando todo género de ventajas, han arrostrado nuestros marinos durante un día entero los disparos de más de setenta cañones monstruos, hasta lograr apagar sus fuegos, echar a pique los monitores y destruir gran parte de la ciudad, han ofrecido el más notable ejemplo de valor y arrojo.

Durante cuatro años consecutivos de estar en pie de guerra, cuatro años de sufrimientos y privaciones, en cuyo transcurso han carecido a veces de lo más necesario, teniendo que recurrir al ingenio, a un trabajo ímprobo y una habilidad prodigiosa para reparar todos los desperfectos y averías propios de tan larga y peligrosa navegación, han hecho por último evidentes las prendas de carácter que

les adornan, la admirable disciplina a que se sujetan y la satisfacción y el entusiasmo con que saben sobrellevar los más rudos trabajos por servir a la patria, que funda en ellos su esperanza y su orgullo.

Esta justicia, que no han podido menos de hacerles los hombres y las publicaciones más notables del extranjero, rectificará debidamente la errónea idea que acerca de nuestra verdadera significación se quiere hacer valer por los enemigos de las glorias de España. Tenemos, pues, buques y tenemos marina, porque nuestras costas dan de sobra gente de mar avezada a sus luchas, y contamos con bravos y entendidos oficiales que los dirijan. Esto es lo que importaba demostrar y esto es lo que hemos demostrado en la primera ocasión en que nuestra escuadra ha podido hacerlo.

He aquí la razón por qué nosotros damos a los sucesos del Callao grande importancia, y encontramos justificadas las muestras de alegría y de entusiasmo con que el país acoge las nuevas que se relacionan con el mismo asunto. Es, por otra parte, tan raro ver acordes en un punto todos los deseos, los votos y las esperanzas de las diferentes fracciones políticas en que nos encontramos subdividi-

dos; se presentan tan escasas coyunturas de recordar que por cima de nuestras pequeñas discordias, nuestras luchas de intereses, de vanidad o de preocupación, hay un alto sentimiento de patriotismo, que en ocasiones solemnes se sobrepone a todo y todo lo une y lo armoniza para el logro de la idea nacional, que aunque la guerra que sostenemos en aquellas distantes regiones sólo sirviese para fortificar estos lazos comunes de amor a la patria, levantando siquiera por momentos, el espíritu público y apartándole de mezquinas luchas, podríamos dar por bien y gloriosamente empleados los costosos sacrificios y la generosa y noble sangre que nos cuesta.

¡Sirva de consuelo a los que lloran sensibles pérdidas el tributo de admiración con que sus conciudadanos premian el heroico comportamiento de las víctimas, y la idea de que esa sangre no se ha ofrecido en holocausto ante el mezquino altar de los personales intereses de partido, sino ante el ara santa de la patria que se apresta a recompensar sus hechos y a perpetuar su memoria!

Embebidos durante la semana última en analizar, comentar y discutir las noticias del Callao la cuestión de la guerra austro-prusoitaliana nos ha preocupado poco. Verdad es

que la cuestión no adelanta mucho, y, no adelantando, le sucede lo que a las situaciones muy críticas y tirantes en la escena: que en prolongándolas más de lo justo pierden todo su interés, y acaban por aburrir a los espectadores. Y eso que movimientos, marchas y contramarchas diplomáticas y guerreras de importantes personajes no han faltado en estos días. Por el pronto, Austria y Prusia han retirado respectivamente sus embajadores de las cortes de Viena y Berlín; Garibaldi ha salido de Caprera y recorre triunfalmente las ciudades de Italia, reclutando voluntarios, mientras que el general Manteuffeld, jefe de las fuerzas prusianas, resuelve por sí y ante sí la peliaguda cuestión origen de tantos conflictos, estableciendo un nuevo Gobierno en los ducados hosteinenses. Pero el suceso que reclama para sí los honores del interés y la atención de Europa en todo este asunto es la lectura de la carta que Napoleón ha dirigido a su ministro de Negocios Extranjeros, y de la cual éste ha dado conocimiento a la Cámara legislativa.

A vueltas de frases ambiguas que nadie ha podido explicarse de una manera satisfactoria, Napoleón declara en ella que uno de sus intereses permanentes, o mejor dicho uno de

los compromisos de honor de la Francia, es mantener el edificio cuyos cimientos se amasaron con la sangre de Solferino y Magenta.

El párrafo en que se alude a la cuestión vital en estos significativos términos es el alma de la carta, y constituyen todo lo que pudiéramos llamar el busilis del negocio. Respecto a si quiere o no quiere las fronteras del Rhin, el hábil diplomático de las Tullerías arma un enredo de frases, que, como en otro documento por el estilo no nos proporcione la solución, no hay quien acierte a descifrar la charada.

Reasumiendo: en una de las semanas anteriores dejamos apuntando los cañones de las partes contendientes. Durante esta última se han encendido las mechas. ¿Dispararán en la próxima? Mucho lo dudamos todavía.

Entre tanto la clausura de los teatros y los continuos fiascos que los artistas y el temporal, puestos en combinación para echar a pique la empresa de los Campos Elíseos, proporcionan al público, nos impiden entretener a nuestros lectores con noticias más agradables y ligeras.

AUNQUE preocupados por los acontecimientos que han tenido lugar a nuestra vista, poco a poco, y a medida que la calma y la confianza se restablecen, vuelve a fijarse la atención en el teatro de la guerra, donde, una vez rotas las hostilidades, los sucesos se precipitan y desenvuelven con la rapidez propia de una lucha para la que vienen preparándose de largo tiempo atrás las naciones contendientes.

Las primeras noticias recibidas de Alemania hicieron creer que la guerra tomaría grandes proporciones en la frontera de Prusia antes de comenzar en Italia. Los partes telegráficos dando cuenta detallada de los movimientos estratégicos llevados a cabo por las fuerzas de uno y otro país en combinación con los contingentes federales, presentaron como inminente el encuentro de dos grandes cuerpos de ejército a la vista de Franc-

fort. Parecía natural que el de Víctor Manuel, acampado a la orilla del Mincio, aguardase el resultado de una acción decisiva para tomar la actitud más conveniente: ofensiva o defensiva, según lo requiriesen las circunstancias. Algunos movimientos imprevistos de las fuerzas prusianas, que después de amagar a Francfort cambiaron aparentemente de plan, hicieron perder la pista a los observadores, mientras el telégrafo, comunicando noticias sueltas de marchas y contramarchas parciales, de amagos de ataque y defensa, de escaramuzas sin importancia o de encuentros dudosos, vino a completar la confusión y la vaguedad en que se presentaban envueltas las operaciones militares desde el primer encuentro.

En esta situación las cosas, la atención volvió a fijarse en el cuadrilátero de donde se había apartado en la espectativa de los acontecimientos que se preparaban hacia el Norte. El ejército italiano había pasado el Mincio. Apenas se comunicó esta nueva al resto de Europa, el interés creció de punto. La posición de los italianos con Mantua y Verona al frente y el Mincio a la espalda les ofrecía una desventaja notable. Sin duda alguna en este movimiento podía observarse la falta de

prudencia propia de la exaltación y el entusiasmo de soldados que ansiaban medir sus armas con el enemigo. Los austriacos, que tal vez contaban con aquella imprudencia, sacaron ventaja de su posición, y protegidos por las fortalezas de Peschiera, Mantua y Verona rechazaron la acometida, obligando a Víctor Manuel a repasar el Mincio.

La situación de las cosas ha vuelto, pues, a su primitvo estado; pero en Italia ha producido muy mal efecto el desgraciado éxito de esta primera tentativa.

Acerca de la verdaderas proporciones de la derrota de los italianos se ha hablado en muy diferente sentido. Un parte telegráfico, mal interpretado, hacía subir a 25.000 el número de los prisioneros hechos por las fuerzas austriacas en la batalla de Verona. Tan considerable número de prisioneros sólo podía comprenderse suponiendo que la batalla había sido un verdadero desastre para el cuerpo de ejército mandado por Víctor Manuel. Casi se conceptuaba imposible que éste hubiera podido repasar el Mincio si la derrota alcanzaba tan espantosas proporciones.

A medida que se van obteniendo más pormenores se restablece la verdad de los hechos, y hoy puede asegurarse que, aunque en

este primer encuentro el irreflexivo ardor de los italianos ha recibido una lección que no deben desaprovechar para lo sucesivo las consecuencias materiales de su pérdida son mucho menos importantes de lo que se creía.

La batalla, según los despachos últimamente recibidos, se empeñó a la vista de Brescia y Verona, llevando en el principio los italianos la mejor parte. Al mismo tiempo que numerosas fuerzas de la caballería de Víctor Manuel arrollaban la vanguardia austriaca en la llanura, los cañones italianos batían en brecha a Peschiera, intentando un asalto. En este estado se mantuvo la acción un día: al siguiente los austriacos, desplegando una formidable línea de batalla que se apoyaba por los extremos en sus amenazadoras fortificaciones, emprendieron un movimiento de ataque lento, pero irresistible, ante el cual sus enemigos se vieron en la precisión de retroceder, aunque ordenadamente.

En este momento fué cuando los jefes italianos debieron comprender la imprudencia de dejar el Mincio a sus espaldas. Estrechados entre la línea contraria y la orilla del río, lo que debió limitarse a una retirada estratégica se convirtió a última hora en derrota, pronunciándose ésta en una de los cuerpos

que los otros no pudieron proteger, desenvolviéndose en terreno conveniente. La serenidad y el arrojo de los jefes impidió que las pérdidas fuesen mayores, contribuyendo a que el grueso de las fuerzas repasasen en orden el río. No obstante, los austriacos, aunque tuvieron que sufrir muchas pérdidas, lograron hacer 2.500 prisioneros, apoderándose de algunos cañones, y causar muchas bajas en el ejército italiano, que cuenta entre sus heridos al príncipe Amadeo y a varios oficiales generales.

Antes que la noticia de este contratiempo haya labrado en el ánimo de los que se interesan por la causa de Italia, se cree que las fuerzas navales del mismo país habrán compensado la derrota de Verona con el bombardeo de Trieste, a cuyo efecto ha salido en la misma dirección una armada poderosa.

En cuanto a los austriacos, fuertes en sus atrincheramientos del cuadrilátero, no parecen dispuestos a abandonar sus ventajosas posiciones para ofrecer la revancha a sus contrarios del otro lado del Mincio, y escogiendo nuevo teatro para la guerra concentran fuerzas sobre Milán, que, según creemos, está llamada a ofrecer uno de los más notables y sangrientos episodios de la lucha.

A juzgar por lo que encontramos en los periódicos extranjeros, el aspecto de los negocios de la guerra preocupa hondamente a casi todos los países, particularmente a la Francia, cuyo jefe no sabemos si sentirá o se alegrará de que los sucesos le presenten coyuntura favorable para terciar en la cuestión.

Mientras por Europa se complican los asuntos políticos y el horizonte se carga de vapores caliginosos, las correspondencias recibidas de América presentan nuestros negocios en aquel continente bajo un punto de vista favorable.

Las últimas proezas de nuestros valientes marinos en el Callao parece que han causado gran impresión en las repúblicas hostiles a España, aumentando el prestigio de nuestra bandera y levantándola a la altura que le corresponde. En los Estados Unidos pierden terreno los agentes del Perú y de Chile que trataron de formar atmósfera contra España.

Las repúblicas que han permanecido hasta ahora neutrales, y aun algunas de las comprometidas a favor de nuestros enemigos se niegan a cooperar a la guerra.

La falta de apoyo material en estos países, falta que no compensan sus estériles protestas de simpatía, unidas al grave estado eco-

nómico en que se encuentran, van apagando gradualmente el entusiasmo de peruanos y chilenos, hasta el punto que no sería imposible diesen algunos pasos en favor de la paz antes que una nueva excursión de nuestras fuerzas marítimas acabase de arruinar su comercio, asolando por completo sus costas.

Menos lisonjeras que éstas son las nuevas que tenemos acerca del terrible azote que el año último castigó algunas de nuestras poblaciones, y que se temió volviese a caer sobre nosotros al llegar el verano. El delegado español en las conferencias sanitarias de Constantinopla ha participado al Gobierno que el cólera comienza a hacer estragos en todo el Egipto, y muy particularmente en Alejandría, desde donde en las anteriores invasiones ha partido para recorrer el litoral del Mediterráneo. Prevenido a tiempo el Gobierno, se han adoptado las medidas convenientes para libertar nuestras costas de su contagio, declarando sucias las patentes de aquella procedencia, a pesar de que las autoridades egipcias, atendiendo antes al provecho de sus intereses materiales que al bien de la humanidad siguen expidiéndolas limpias a los buques surtos en las aguas del más importante de sus puertos. Afirmada en las

conferencias sanitarias la opinión de que el único medio de preservar los pueblos de la maléfica influencia de esta enfermedad terrible es redoblar la vigilancia de las costas y adoptar las más eficaces prevenciones, esperamos confiadamente en que, amaestrados por la experiencia, y protegidos por las leyes especiales sobre la materia, que deberán aplicarse con el mayor rigorismo, lograremos libertar a nuestro país de la calamidad que nuevamente amenaza a Europa. En la confianza de que sucederá así, y que poco a poco lograremos vencer todas las dificultades, así interiores como exteriores con que en este momento lucha España, no creemos aventurado predecir que el verano que con tan mal pie entra, concluirá ofreciéndonos la realidad de un estado de cosas más próspero y risueño que el presente.

Con la confianza que renace, con la calma que se restablece y la inquietud de los ánimos que gradualmente se disipa, volverán sin duda alguna a ofrecer atractivo las cuestiones que se rozan con las letras, las artes y la industria, momentáneamente relegadas al olvido ante el doloroso interés que despiertan tristes y deplorables acontecimientos.

SEGUN las noticias que se reciben de América, chilenos y peruanos tratan de disimular su derrota, encubriéndola con las apariencias del triunfo. A este fin, en Valparaíso se ha abierto una suscripción para regalar una espada de honor al dictador Prado y en el Callao se disponen fiestas públicas y banquetes nacionales en celebración de la victoria. El expediente, aunque original, no surte todo el efecto apetecido. Acaso entre el vulgo las alharacas de los gobernantes logren ofuscar la opinión, cubriendo de flores la profunda sima en que yacen sepultados el crédito y la prosperidad de ambas repúblicas. Entre las gentes sensatas, contando en este número muchos de los que al principio se mostraron decididos partidarios de la guerra, comienza a operarse una gran reacción, que no por ser más silenciosa será menos fuerte. Es tal el desorden que reina en aquellos paí-

ses, tal la paralización de la industria, ya de por sí escasa las pérdidas del comercio y el abatimiento de los ánimos, que no sería de extrañar que al volver nuestros buques a comenzar la segunda parte de la guerra, un movimiento insurreccional preparado por las clases conservadoras e ilustradas, derrocase el actual orden de cosas, creando un Gobierno favorable al arreglo de la paz con honrosas condiciones. Si se confirman los rumores que han circulado en estos últimos días acerca del abandono o la pérdida de sus dos famosos buques el *Huascar* y la *Independencia,* el partido de los que creen más razonable transigir que sostener una lucha imposible, saldrá poco a poco del retraimiento a que le condena la presión de las turbas fascinadas con el simulacro de triunfo que representan sus gobernantes.

Algunos periódicos extranjeros, coincidiendo con las noticias de varias correspondencias particulares, aseguraron no ha mucho que al llegar al Estrecho cuya difícil navegación ofrecía serios obstáculos a los jefes del *Huascar* y la *Independencia,* desalentadas las tripulaciones con las nuevas del bombardeo del Callao, se negaron a pasar adelante, sublevándose por último y abandonando los bu-

ques en aquellas peligrosas costas, sin dotación suficiente para proseguir su rumbo. Más tarde, refiriéndose a noticias llegadas a la Habana por el vapor *Liberti* y comunicadas a la Península en el paquete-correo, se ha vuelto a dar por segura la pérdida de estos buques, última esperanza de nuestros enemigos, aunque explicándola de diverso modo. Según la versión más reciente, las cuatro fragatas españolas que al dividirse nuestra escuadra se dirigían a Valparaíso al mando de Topete encontraron al *Huascar* y la *Independencia* a la entrada del Estrecho.

Después de un combate sangriento y en el cual nuestros valientes marinos habían experimentado algunas bajas y perdido la *Almansa,* el bravo comandante de las fuerzas españolas se apoderó de los dos temibles monitores peruanos, enarbolando en ellos el pabellón rojo y amarillo.

Esta es en resumen la historia de los sucesos tal como los presentan las noticias objeto hoy de comentarios en diferentes periódicos. La experiencia nos ha enseñado a ser cautos respecto a noticias cuya adulteración depende a veces de un espíritu de optimismo exagerado o de una hostilidad sistemática. No obstante, sin dar entero crédito a las que

dejamos consignadas, debemos decir que el suceso no es tan extraño que no estuviese previsto por algunos. Conocido el rumbo de las fuerzas españolas y peruanas, parecía inevitable un encuentro, y en el caso de tener éste lugar, es casi seguro que el animoso comandante Topete, que tanto se ha distinguido en la expedición de Chile y el bombardeo del Callao, habrá trabado un combate, que si ha obtenido el éxito que afirman, corona dignamente la obra de nuestras valientes marinos en aquellos países.

Extraña a algunos la vaguedad y las apariencias de contradicción que se encuentran en las noticias referentes a los sucesos que dejamos relatados, pues mientras unas presentan los buques enemigos abandonados de la mayor parte de su tripulación y tal vez encallados en alguno de los peligrosos bajíos del Estrecho, otros nos los pintan combatiendo vigorosamente contra las cuatro fragatas españolas y no rindiéndose sino después de una sangrienta lucha. Por lo que a nosotros toca no nos admiran estas confusiones y falta de precisión en los despachos telegráficos y aun en las comunicaciones más serias, y a los que les pasman, el ejemplo de lo que sucede con la guerra que tenemos, puede de-

cirse que a la puerta de casa podría curarles de espanto.

Las proporciones de la lucha entre Austria, Italia y Prusia, lucha en la cual se presume han de mezclarse otras naciones poderosas, ha despertado tan vivo interés en Europa, que particularmente en París es el objeto de todos los cálculos y las discusiones de los círculos políticos. La industria, que en aquella capital vive al acecho de las ocasiones y explota de una manera prodigiosa todos los acontecimientos, ha puesto de moda unos nuevos mapas del teatro de la guerra, ingeniosamente dispuestos para poder seguir y comprender el curso de las operaciones militares: alfileres con cabezas de diverso color sirven para marcar la situación que respectivamente ocupan los ejércitos, hay al margen casillas para señalar el número de muertos, heridos y prisioneros en las batallas; cuadros de los recursos con que cada país cuenta; reunen por fin estos mapas todas las condiciones precisas para ayudar a la inteligencia y claridad de los hechos. No obstante, así como el emperador Carlos V no logró nunca que los relojes que se entretenía en armar en su retiro de Yuste dieran la hora a un tiempo, aún no se ha logrado que el mapa de los partidarios de

Austria marque los mismos movimientos y sus alfileres señalen los mismos puntos que el de los entusiastas de Italia. Si se suman los muertos, discusión; si se comparan los heridos, polémica; si se trata de precisar las pérdidas o ventajas de ambas partes, no hay modo de entenderse. Y todos llevan razón. No hay más diferencia sino que unos creen artículo de fe los despachos de Viena, y los otros se atienen a las noticias de Florencia y Berlín. Merced a este sistema de ocultaciones o de exageración, de que puede hacerse un cargo a los dos países, y a haberse mezclado en el asunto a más del interés político el de los especuladores, hemos estado completamente a obscuras al comenzar las hostilidades en Alemania respecto al verdadero estado de la guerra.

Poco a poco y restando de unas y otras noticias en diverso sentido para encontrar la verdad, se comenzó a comprender que lo que Austria había adelantado en el cuadrilátero lo iba perdiendo con mucho en la Silesia. En vano se aferraban aún sus más decididos admiradores, haciendo la relación de las pérdidas de los prusianos, y cuestionando sobre si el desenlace de esta o aquella acción fué retirada o derrota. La prueba más evidente de

que perdía terreno era que iba desalojando sus posesiones, y que a pesar de los esfuerzos de Benedek para impedirlo los ejércitos del Elba y de Silesia lograron reunirse. Cuán importante era la realización de este movimiento estratégico para la causa de Prusia lo daba a entender la tenacidad con que los austriacos se oponían, y lo ha demostrado por último más a las claras las consecuencias de la concentración de estas fuerzas poderosas. La batalla de Koeniggraetz, última de que nos ha dado cuenta el telégrafo, ha sido en efecto la más terrible de cuantas han ocurrido hasta ahora, y su resultado completamente adverso para el Austria. Si hemos de dar crédito a las comunicaciones de París, Benedek no oculta la importancia del desastre que ha costado a su ejército pérdidas inmensas.

Mientras la guerra se presenta bajo una faz imprevista al Norte, el ejército italiano, después de repasar el Mincio, aguarda a la defensiva que el Gabinete de Florencia adopte un nuevo plan de campaña, y Garibaldi, en combinación con Cialdini, avanza por el Tirol para dejarse caer cuando menos se le espere sobre algún punto importante después de levantar las poblaciones en favor de su causa.

Tal es a grandes rasgos el cuadro de la situación actual de la guerra, cuyo resultado no puede aún preverse, por más que la balanza parezca inclinarse del lado de la Prusia.

Fuera de las noticias que se relacionan con este asunto, poco o nada podemos decir hoy a nuestros lectores, por más que en lontananza se dibujen algunos sucesos pertenecientes a otro orden de cosas más agradables sino de tan grande interés. El tiempo, que, como suele decirse, es buen pagador, comienza a proporcionarnos la parte de calor que corresponde al verano presente, en la idea sin duda de prolongar los rigores hasta diciembre, ya que para dar principio ha aguardado a julio. Las personas más conocidas de la sociedad han salido a provincias o se disponen a salir muy en breve. Los teatros se han cerrado y los Campos Elíseos no se abren. La perspectiva que ofrece Madrid a los que se deciden a soportar en él la temporada de calor que nos aguarda, preciso es confesar que no es de las más seductoras.

Después de terminada nuestra revista, nos ha sorprendido el telégrafo con una noticia en extremo importante. Las sucesivas derro-

tas experimentadas por el ejército al mando del general Benedek, han determinado al emperador de Austria a ceder el Veneto a Napoleón, conviniendo con las ideas emitidas por este soberano en la carta que el ministro de Negocios Extranjeros dió a conocer en la Cámara legislativa francesa.

El emperador Napoleón se ha dirigido a los reyes de Prusia e Italia con objeto de acordar un armisticio. Del armisticio saldrá regularmente un Congreso, y la idea que tanto tiempo hace acaricia el César francés se verá realizada al cabo.

El inesperado desenlace de esta cuestión, trae a nuestra memoria las palabras que Napoleón dirigió no ha mucho a los trabajadores del Campo de Marte, animándoles a proseguir en sus trabajos preparatorios de la Exposición Universal.—Trabajad, trabajad con fe, dijo; que la Exposición ha de celebrarse a su debido tiempo y en medio de la paz de Europa.

La profecía lleva camino de cumplirse.

E P I L O G O

VALERIANO BECQUER

En este libro, lámpara fervorosa encendida en memoria del poeta de las *rimas,* queremos dedicar un recuerdo a su hermano Valeriano, su compañero en románticas peregrinaciones de arte, y como él, perseguido por la fatalidad.

El 13 de Octubre pasado fué el cincuenta y dos aniversario de su muerte. Cincuenta y dos años de doloroso olvido, de desconsoladora indiferencia, y mientras fueron y son ensalzados muchos que no pasaron del límite de lo mediocre, Valeriano Becquer, continúa obscurecido, sin que sea estudiada su obra, recogidos sus dibujos, sus apuntes, perdidos entre las páginas de viejas revistas, de algunas de las cuales ya no quedarán ejemplares.

No es bastante que el Museo de Arte Moderno guarde en sus salas media docena escasa de sus lienzos. Valeriano Becquer, que

supo poner en sus lápices y en su pincel un soplo de divinidad, se merece algo más, mucho más de lo que por él hicieron los hombres de su patria y de su tiempo.

¡Pobre y genial pintor! La fatalidad puso un beso sobre tu frente. Primero la miseria, el dolor de la lucha; después, cuando disipada la negra noche, empiezas a sentir las caricias de la gloria y la vida empieza a ser fácil, es la muerte la que te sale al paso; después de la muerte, el olvido.

Valeriano Becquer nació en Sevilla el año 1834. Muerto su padre y sin más recursos para defender su vida que lo que el trabajo le produjese, a él se dedicó bajo la dirección de su tío Joaquín pintor que en aquel tiempo gozaba de bastante fama. En Sevilla pasaron los años de su juventud y en ella quedaron sus primeras obras. El año 1861 viene a Madrid, donde su hermano Gustavo, casi desconocido aún, luchaba por abrirse paso.

En Madrid le espera la miseria—¡triste suerte de los artistas!—, la implacable miseria, que trunca sus esperanzas, que le despierta de sus sueños. El 1864 marchan los dos hermanos al monasterio de Veruela, donde Gustavo escribe las inmortales *Cartas*

desde mi celda, y Valeriano se dedica, infatigable, a pintar las costumbres populares. De su estancia en el vetusto monasterio son algunos de sus cuadros de más genial inspiración. Después, y siempre acompañado de su hermano, del que nunca se separó ya, recorre los más escondidos rincones de España, estudiando tipos, costumbres, y de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, va recogiendo momentos, trozos de vida, girones de luz, que más tarde eternizará en sus cuadros: «*Las carretas de los Pinares*», «*La Vendimia*», «*El Leñador*», «*La romería de Sansoles*».

Una pensión de diez mil reales y lo que a Gustavo le daban en *El Contemporáneo* es toda la fortuna de los dos hermanos. Después empieza a dibujar para *El Museo Universal,* que el popular editor Gaspar y Roig publicaba entonces. Sus dibujos de esta época, como casi todos los que salieron de su lápiz, son de costumbres populares.

Y otra vez la miseria empezaba a obscurecer el horizonte. Llega la revolución de Septiembre. Valeriano pierde la pensión y Gustavo queda cesante en el empleo oficial que desempeñaba. Y otra vez la lucha, la abrumadora lucha, el tormento de cada día, de cada hora. Pero esta racha de infortunio dura

poco. Don Eduardo Gasset y Artime fundó *La Ilustración de Madrid,* de cuya dirección se encargó Gustavo y en la que Valeriano dejó las huellas más profundas de su genio. En ella se publicaron «*El Pordiosero*», «*Una calle de Toledo*», «*Tipos de Soria*», «*Tipos Vascos*» y muchos más, que bastarían para inmortalizarle.

La Ilustración de Madrid fué la redención de los dos hermanos. Casi habían ya olvidado las pasadas privaciones y los días de lucha y de tristeza, y en su casita de las afueras de Madrid, rodeados de los hijos del poeta, trabajan sin descanso, hacen proyectos, empiezan a sentir la caricia de la felicidad. Pero como la fatalidad los perseguía, esta felicidad duró poco. Ahora no era la miseria la que salía a su paso y a la que tantas veces vencieron; era algo peor, algo a lo que no podía vencer su esfuerzo: era la muerte.

En Septiembre del año 70 muere Valeriano; el 22 de Diciembre del mismo año el alma de Gustavo traspasa los límites de la eterna noche.

Una tarde gris, anuncio del cercano otoño, es enterrado en el cementerio de San Lorenzo, Valeriano Becquer. Un grupo de artistas y escritores forman el fúnebre cortejo. En-

tre ellos están Rodríguez Correa, Casado del Alisal, Pradilla, Fernan-Flor. Hay en sus rostros un gesto de melancolía.

Cincuenta y dos años han pasado. La obra de Valeriano Becquer, como las *rimas* y las *Leyendas* de su hermano Gustavo, venció al tiempo y no morirá nunca; pero es necesario hacer algo más, mucho más. Los dibujos en los que recogió el alma de la España desconocida, sus pueblos, sus aldeas, no deben perderse en las amarillentas páginas de viejos periódicos. Hay que pedir para la memoria y la obra del genial pintor un poco más de luz y un poco menos de indiferencia.

F. I. F.

I N D I C E

	Págs.
Prólogo	7
I.—Rimas	15
II.—La feria de Sevilla	23
III.—La Semana Santa en Toledo	41
IV.—El Monasterio de Veruela	55
V.—El Monasterio de Veruela. (Enterramiento del Fundador y sus hijos)	61
VI.—Desde mi celda	67
VII.—La voz del silencio	73
VIII.—Estatua de Santa Teresa	79
IX.—Revistas Contemporáneas	85
X.— » »	93
XI.— » »	103
XII.— » »	113
XIII.— » »	123
XIV.— » »	133

Págs.

XV.—Revistas Contemporáneas..... 141
XVI.— » » 151
XVII.— » » 161
XVIII.— » » 171
XIX.— » » 179
XX.— » » 189
XXI.— » » 197
XXII.— » » 215
XXIII.— » » 223
XXIV.— » » 233
XXV.— » » 241
XXVI.— » » 251
XXVII.— » » 261
XXVIII.— » » 269
Epílogo 281

188266

LS.
B3985p

Author Becquer, Gustavo Adolfo

Title Paginas desconocidas. Vol.2

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU